

cia rehusarla, porque no apareció su momia. Como el Licenciado Polo de Ondegardo tampoco halló la de Yá-huar Huájaj, y los indios, con verdad o por cautela, negaron que se hubiera descubierto la de Lloque Yupanqui, tendremos en virtud de tan fútil razonamiento que desconocer la efectividad de estos dos soberanos, comprobada por tantos otros testimonios. Ni es menos endeble el argumento que alega Latcham, consistente en el apelativo de Ayar, que aquí acepta que signifique difunto. Dice que, si existieron los jefes de las tribus o clanes, hubieron de morir antes de establecerse en el Cuzco, ya que allí se les calificó de fallecidos. De donde se derivaría con tan buena lógica que ningún muerto vivió jamás en el mismo lugar en que tal se le declara. Latcham deshace todavía más tan singular razón con la etimología que asigna al nombre incaico de Mayta, propio del cuarto soberano y de muchísimos orejones en todos los tiempos del imperio, pues lo deduce de bulto o imagen; y así, razonando en estricta analogía, habría que declarar imaginarios a todos los Maytas. Es un extremo chistoso de la extraviada y dogmática hipercrítica que infestó y asoló la historia a fines del siglo pasado y a principios del presente. No es tampoco argumento contra la efectividad de los Ayares, que se les simbolizara en piedras sagradas, como las *pururaucas*, porque recordar y representar finados por monumentos de piedra, es uso constante desde las primeras culturas neolíticas (*dólmenes* y *menhires*), hasta los mausoleos contemporáneos, sin que esto arguya la irrealidad del personaje rememorado; y porque la creencia en la conversión de hombres en piedras y viceversa, es superstición totémica muy extendida, verbigracia las *churingas* australianos y los usos de los *laches* en Nueva Granada. Según Avendaño, todos los pueblos del Tahuantinsuyu conservaban el recuerdo y el culto local de su fundador, al que calificaban de *marcálloj*. ¿Porqué habrá que establecer una monstruosa ex-

cepción de olvido o incertidumbre para el que fundó la mayor ciudad y el más glorioso imperio de todo el Perú antiguo? Ni es conjetura desdeñable la observación de lucir el hijo segundogénito de Manco, el que no heredó el curacazgo sino la cofradía o panaca gentilicia, el nombre de Chima, sinónimo probabilísimo del totem paterno porque equivale al ave solar y augural *inti* o *mallco*, protectora de Manco Cápac y su tribu.

Esto nos lleva como por la mano al problema de la filiación paterna incaica, de la agnación o uterinidad de sus ayillos, que Latcham ha resuelto en el último sentido, contrariando la opinión tradicional y las más explícitas palabras de los cronistas antiguos, desde Cieza y Betanzos, hasta Sarmiento, Garcilaso y Cobo. Latcham opina que la parentela fue matrilineal en todo el Perú, salvo los últimos tiempos de los Incas; y atribuye la revolución patriarcalista y agnaticia, que juzga en suma frustada, a los soberanos Pachacútej y Túpaj Yupanqui. El Sr. Ricardo E. Latcham está influído en demasía por los antiguos etnólogos Mac Lennan, Lubbock y Morgan, y los modernos Levy-Bruhl y Durkheim. Cree como ellos, sin atender a las refutaciones de Starcke, en el mismo siglo XIX, que la promiscuidad primitiva ha sido universal y ha determinado dondequiera la exclusiva parentela materna. Es un adepto del evolucionismo unilateral y monótono, que pervirtió y esterilizó la Sociología positiva, contra la cual reaccionaba yo casi instintivamente desde mi juventud, alentado por los libros de Tarde. Sólo los llamados reaccionarios estamos a tono con las actuales direcciones científicas. La Etnología contemporánea rechaza el concepto evolucionista, simple, primario y mezquino de los procesos sociales. La historia de la humanidad no es tan uniforme; y así como en el transformismo vegetal y animal se han desacreditado los rígidos árboles genealógicos de las especies, que trazaron los antiguos darwinis-

tas, así en las sociedades se admite que los tipos son diversos, y que suelen coexistir en grandes áreas la descendencia matrilineal con la paterna, y la endogamia con la exogamia. Buena prueba de ello es cabalmente el Perú prehispano. Los primitivos escritores nos atestiguan, como el Padre Las Casas, que los costeños o yungas, en especial los *tallanas* y *huancavilcas*, heredaban por línea femenil lo que es una prueba más, dicho sea de paso, de su parentesco con los chibchas. Los collas mostraban muchas huellas y resabios de lo mismo, y es muy explicable, conocida la libertad sexual de que entre ellos gozaban las solteras. La promiscuidad femenil necesariamente produce, en todos los lugares y las épocas, por la incertedumbre de la paternidad, la filiación materna. Pero es Gómara muy terminante al reconocer la herencia agnaticia entre los incas, y los otros autores confirman rotundamente el dato. Ni es probable que fuera sólo entre los incas, como parece indicarlo el texto de Gómara. Tello ha descubierto en Ancash genealogías puramente patrilineales. En Chavín, las estatuas más adornadas son las masculinas. En la alfarería de muy numerosas provincias, aparecen las mujeres acatando y reverenciado a los varones. El tipo de cultura a la que pertenecieron las mas de las naciones serranas, y especialmente la incaica, trae consigo el régimen patriarcal, con poligamia para los jefes y potentados. Los agricultores y pastores superiores practican casi siempre la primogenitura por línea paterna, con la superposición de sus clases y federaciones políticas, y dentro de su teocracia absoluta, moderada apenas por el consejo de los ancianos o mayores de las tribus, denominados entre los quechuas *púrij*. En todas las grandes monarquías conquistadoras, hasta en las negras de Dahomey y Achanti, se notan estas correspondencias. Los cultos varoniles de Huiracocha y del Sol, predominantes en el Perú incaico, disponen, por natural influencia, para el sistema paternal en las familias.

Muchos de los ejemplos que trae Latham son de impertinencia manifiesta: se refieren a regiones como las de los pieles rojas, y los indios de Urabá, Bogotá y Chile, que no se hallaban en el mismo nivel cultural que los genuinos incaicos. No menos inconducentes son algunas de las observaciones que presenta. La palabra *panaca*, derivada de *pana*, hermana, no supone en su aplicación la exclusividad o prodominio de la filiación materna, porque, a más de sus varias acepciones, hay que atender que ha sufrido, como casi todos los vocablos, la variación por la ley que ciertos alemanes llaman heterogénesis de los fines y que hace tan engañosa toda superficial etimología. En latín, *nepos* quiere decir a la vez nieto o sobrino; y procediendo a la manera de Latham, podría deducirse de allí que los romanos históricos no distinguían a los hermanos de los hijos, a los colaterales de los descendientes, no obstante estar demostrado su sistema patriarcal. La diversidad de apelaciones entre los hermanos para la lengua quechua (*huauqui*, *pana*, *tura* y *ñaña*), según el sexo del que habla y el referido, y la de los hijos legítimos, naturales y adoptivos, de varón o de mujer, no tienen tampoco el carácter excepcional en el Perú ni en América que han querido ver algunos, ni son indicios de absoluta uterinidad, porque precisamente suponen la coexistencia de ambos sistemas de parentesco, el varonil y el femenino, y porque se advierten en lenguas europeas como la vasconce.

La vida de las sociedades primitivas, menos atareadas que las actuales y muy propicias a la invención verbal, desarrolla los varios términos de parentesco, sin que tal proliferación de nombres esté indisolublemente unida al sistema de filiación matrilineal. Los griegos homéricos distinguían, entre las cuñadas, las *einateres*, mujeres respectivas de varios hermanos, y las *galoi*, vínculo de una hermana con la mujer del hermano. La primera corresponde, por la gradación eufónica del griego al latín, a las *janitri-*

ces romanas, mencionadas arcaicamente en el Digesto. Matices de parentela que se han perdido en las simplificaciones modernas, pero que subsistían dentro del evidente régimen patriarcal y agnaticio de helenos e itálicos. En sentido contrario, la generalización de los títulos quechuas o aymaras de *mama*, *taita*, *tata*, *auqui*, a todos los ancianos y ancianas del pueblo, no envuelve la inestabilidad de los vínculos paternos y la presunción de la promiscuidad. Hartos estamos de oír en España llamar a los aldeanos viejos de ambos sexos abuelos y tíos por todo el vecindario, y sería absurdo atribuir tal costumbre a un vestigio de hetairismo. Los quechuas pueden atestiguar su arraigado concepto de familia patriarcal, además de los textos de los cronistas, con el vocablo *pibui*, que se aplica tanto al hijo como a la esposa legítima. La colocación del apelativo o título materno junto con el paterno o antes de él, no es prueba concluyente de predominar la uterinidad, como se ve por la práctica de muchas naciones modernas (España, Portugal e Inglaterra) Y es evidente que, dentro de la parentela paterna, no heredan siempre los hombres, porque en determinados casos puede heredar la mujer por preferencia de grado y línea, como ocurría en los antiguos mayorazgos castellanos. Ni el apellido paterno deja de sufrir intermisiones, aún dentro de la familia paterna, como en la Edad Media española, cuando venían a ser sólo nietos y bisnietos los que reproducían el patronímico del ascendiente. A estas observaciones del sentido común, conviene agregar que entre los salvajes y bárbaros el totem es con frecuencia individual, y por eso no se hereda de continuo su nombre; y que el totem del grupo no proporciona siempre la denominación de todos los del clan, sino la del jefe o los principales. Latcham no ha tenido en cuenta nada de esto. Su estudio muy débilmente argumentado, está compuesto con gran desorden e incoherencia. Llega en una ocasión, (pág. 56, *Orígenes de los Incas*

y sus *ayllus*), a denominar prima de un soberano a la que era hija del padre de éste en mujer de diferente estirpe. Ha hecho tal batiburrillo, que finalmente declara falsas todas las panacas incaicas, porque no llevan los nombres de los Incas sus fundadores, que hubieron de ser en su sistema hermanos uterinos de las pallas que encabezaban dichas estirpes. Se ha obstinado en no comprender que los referidos ayllos se componían, según todas las autoridades conocidas, de descendencias computadas por la línea paterna, y que sus designaciones no eran patronímicas sino a menudo simbólicas o locales. El Inca soberano, que abandonaba su nombre totémico para asumir otro oficial y ritual, encargaba la panaca de sus descendientes, no al heredero del trono, sino a un hijo segundogénito o pospuesto. Así lo dicen todos los historiadores primitivos de los Incas. Si rechazamos sus testimonios, y pretendemos reemplazarlos con arbitrarias conjeturas y fantasías individuales, queda destruída de raíz la posibilidad de una historia o una etnografía incaica. Al examinar los ayllos incaicos nos sorprende la persistencia de los apelativos paternos. A mediados del siglo XVI, según las Informaciones de Toledo, los de la panaca Chima tenían como pariente mayor, al indio noble llamado D. Juan Huarhua Chima, sin duda en recuerdo del hijo segundo de Manco llamado Chima, que estableció aquella panaca. Entre los descendientes de Mayta Cápac figuran Usca Mayta y Cuca Mayta. Los vátagos de los Incas Pachacútej Yupanqui y Huiracocha Yupanqui se llamaban en sucesivas generaciones Muyna Yupanqui. En el ayllu de Túpaj Yupanqui ostentaban varios el heredado título de Túpaj. Lo mismo ocurría entre los orejones secundarios. Así, el ayllu de Sahuasiray (tampus) estaba regido por el pariente mayor D. Martín Mayta Sahuasiray. Y para que se vea que la filiación paterna no se limitaba a los Incas, según creyó Gomara, leemos que infinidad de curacas de todo

el Perú heredaban los nombres de sus antepasados paternos. Lo comprueba el caso de Huamán Poma de Ayala, el recién descubierto cronista, y lo corroboran las tantas veces citadas Informaciones de Toledo. Por ejemplo, en la de Jauja, el curaca D. Alonso Puma Hualla era hijo de *Huamanchi Hualla*, nieto de Sajsa Huaman y bisnieto de Apu Hualla. Aquí está presente lo que apuntamos sobre la sucesión alternada de los apellidos paternos, como en los castellanos medievales. El curaca D. Diego Rucana de Hurinhuanca, era hijo y nieto de otros del apellido Rucana. Puma era nieto de un Puma; Huaman de Huamanga, hijo de Astur y nieto de Huaman Astu. D. Diego Antihuallpa, gobernador de Antisuyu, era nieto de Purum *Huallpa Sujsu*. Los que no continúan los apellidos del padre o del abuelo, declaran, no obstante, su filiación paterna y que por ella heredaron sus curacazgos. Con la poligamia existente, es claro que tenían que variar los nombres de los muy numerosos hijos, para evitar confusiones; pero siempre se advierte el retorno a los apellidos del tronco paterno. En el ayllu imperial de Yáhuar Huájaj, llamado *Aucalli Panaca*, uno de los parientes mayores, al tiempo de Virrey Toledo, se llamaba D. Gonzalo Páucar Aucalli, porque el hijo mayor de Yahuar Huájaj excluido del trono y encargado de la panaca o cofradía, se llamó Páucar. En vista de todos estos datos, hay que concluir que entre los Incas, y entre los quechuas generalmente, existió la filiación paterna, con preferencia a la materna, la cual era tenida en cuenta de manera accesoria. Cuando los incas relataban sus leyendas, ponían en primer término a los héroes varones; y esto a tal punto que, hablando de la prueba de las tierras con la estaca de oro para fundar el Cuzco, los orejones declarantes corrigieron el texto de Navamuel y de Sarmiento, para atribuir la fundación a Manco Cápac ante todo (Sarmiento, edición Berlín, 1906, cap. 13, pág. 38). El predominio del sistema patriarcal

fué una de las superioridades más evidentes de los incas y los quechuas en el antiguo Perú; y por la solidez tribal que establecía, quizá la mayor razón de sus victorias, de la rapidez de sus conquistas y de la dilatación de su imperio.

VI

SUCESION DE LOS INCAS

Llegamos hoy a la historia que llamaremos *externa* de los Incas, a su número, sucesión y hechos. Es asunto indeciso, de bastante vaguedad y perplejidad, lleno de leyendas y fábulas, y poco menos difícil que las obscuras disquisiciones arqueológicas de que hasta ahora he tratado. Entramos de la prehistoria a la protohistoria; y aunque la incertidumbre cronológica no es tanta como en el período anterior, nos movemos aún entre la niebla de las ficciones, en plena historia leyendaria, de tradiciones primitivas, redactadas de modo tardío, y alteradas en varias fuentes y en discrepantes cronistas. Tales reparos convienen a todos los cronistas incaicos, lo mismo a los primordiales, reputados por más fidedignos, como son Cieza y Betanzos, que al último y más literario, Garcilaso, tan maltratado y zaherido por la crítica de fines del siglo XIX. Es natural que todos adolezcan de los mismos defectos esenciales, porque éstos nacen de la propia materia, insegura y fluída. Sólo cabe en ella la conjetura verosímil, comparando los diversos testimonios y sujetándolos a minuciosa depuración histórica, con un rigor de criterio que no podía exigirse a los escritores de los siglos XVI y XVII. Fundándome sobre tales consideraciones, comparé a Garcilaso, en un estudio biográfico que le dediqué hace veinte años, con el ingenuo historiador griego Herodoto. El agudo peruanista francés Baudin se sorprende, no sin

cierta ironía, por esta comparación. Dejemos de lado matices estéticos, y atendamos a lo esencial. Garcilaso, que es tan superior en forma y talento a los demás análisis indígenas (verbigracia a Santa Cruz Pachacuti y Huaman Poma), como es Herodoto a los logógrafos, obtiene en su veracidad la misma rehabilitación relativa y considerable que Herodoto ha logrado con la descifración de las antigüedades egipcia y oriental, cuyas leyendas relató de buena fe. Pero las rectificaciones a nuestro paisano carecen de la exactitud ceñida y absoluta que permiten en la antigua historia del Oriente los revelados jeroglíficos. Entre nosotros, o no los hubo, o son escasísimos y hasta ahora indescifrables. Nos hallamos reducidos al testimonio muy indirecto de las pinturas que vió Ondegardo y a que el Padre Acosta se refiere; y a la comparación y expurgación de las leyendas discordantes, traídas por tan dispares cronistas. Los quipus apuntaban fechas, estadísticas y relatos muy someros; pero las narraciones históricas extensas constaban en cantares a modo de romances o *epos*, y los poetas o compositores solían ser los mismos quipocamayos o colegas de ellos. La historia así tenía que ser enfática, hiperbólica, fantaseada. A esta exigencia de los tiempos primitivos, en que es ley constante que la memorias nacionales se expresan en cantos populares o litúrgicos, venía a sumarse en el Perú otra más grave deformación: eran cantos oficiales, sometidos a la censura de un régimen despótico, propenso como el que más a la adulación para con los monarcas recientes, y a la falsificación o el olvido para con los remotos. Era costumbre obligatoria que cada Inca reinante tuviera, en su corte y aun en las capitales de las mayores provincias, quipocamayos y poetas o *harahuis*, que conservaran el recuerdo de sus hechos y los publicaran, después de su muerte, en las mayores festividades. Se entendía prohibido que el Inca se enterara de lo que sobre él componían; pero es muy pro-

bable, con el carácter del gobierno, que se infringiera a menudo tal prohibición y que los monarcas vivos fueran también ensalzados. Cuando el soberano moría, se sometía su reinado a una especie de juicio póstumo, semejante al faraónico. Predominaba de seguro en el fallo la influencia del sucesor, que a veces fué hijo descontento o hermano rebelde, y en alguna ocasión, como Inca Roca, cabeza de una nueva dinastía y de una tribu rival. Cuando el juicio era desfavorable, se condenaban a preterición o a rebaja de alabanzas las hazañas del difunto. A más de estas calidades, tan desfavorables a la exactitud, tenían que alterarse los cantares históricos, que por la discrepancia de los cronistas españoles aparecen contradictorios, por las mismas razones generales que en la imaginación popular favorecen la alteración de las leyendas y la transferencia de los hechos vetustos a los personajes recientes, más vivos en el recuerdo de poetas y oyentes. Lo que ocurrió en Caldea con Sargón, que ha acumulado en sí las proezas de sus antecesores, lo que en la Edad Media hizo que Carlomagno y Federico Barbarroja, Brunequilda y el Rey Arturo se beneficiaran de las previas gestas de las tradiciones arcaicas, determinó también en el Perú la confusión o identificación entre los reinados de Inca Huiracocha e Inca Pachacútej, la duplicación de las mismas conquistas atribuidas a sucesivos monarcas, la repetición por ejemplo en el cantar de Huayna Cápac de muchas de las campañas de su padre Túpaj Yupánqui. Como los Incas, especialmente los últimos, visitaban de continuo sus territorios, resolviendos los conflictos de jurisdicción, apasiguando los desórdenes y redondeando las conquistas incompletas y asentando las anteriores, los lisonjeros quipocamayos declaraban que los reyes últimos habían sometido a los curacas que no hacían sino confirmar en su vasallaje, y que habían agregado al imperio los territorios ya antiguos que se limitaban a recorrer y vigilar.

Todo esto se trasluce por las duplicaciones y contradicciones en los cantares, ostensibles con sobrada frecuencia, pues los Incas regularizaron mejor la administración y la economía que nó la historia. Imaginemos la vida política de un país conocida sólo a través de los comunicados de su gobierno y de las versiones del periodismo oficial. El resultado será inexactísimo, de parcialidad y exageraciones clamorosas. Pero todavía lo será más si los régimenes o períodos gubernativos se conocen por el juicio que los sucesores de ellos, naturales o forzados, legítimos o ilegítimos, expresen. La flaqueza humana hace que gobernantes y funcionarios inculquen por sistema sus propios méritos muy abultados; y que depriman o eclipsen los de sus predecesores. Procurarán hacer creer que la prosperidad y las grandezas arrancan sólo de la dominación propia, o de los suyos muy próximos. Disfrazarán como triunfos las calamidades y derrotas, encubrirán los trastornos y las usurpaciones, y presentarán como sucesión legítima y hereditaria lo que en realidad ha sido subversión violenta y sangrientos conflictos revolucionarios. Tanto empeño se puso en borrar el rastro de éstos que en 1572 Sarmiento de Gamboa, aprovechando las informaciones de numerosísimos indios nobles, ordenadas por el Virrey D. Francisco de Toledo, y el Padre Cobo algunos decenios más tarde, utilizando las noticias de Ondegardo y las del Príncipe D. Alonso Túpaj, nieto de Huayna Cápac, no alcanzaron ni uno ni otro a descubrir en la clasificación de los Incas entre los linajes de Hurin Cuzco y Hanan Cuzco la indudable substitución de la primera dinastía incaica por la segunda. La desnaturalización y estrago de las memorias de los Hurin Cuzco hubo de aumentar cuando Huáscar, en la contienda contra Atahualpa, se mostró partidario de ellos y fué vencido; y todos los quipos históricos consta que padecieron extraordinario menoscabo y casi total ruina cuando los generales atahualpistas se de-

dicaron, como lo atestiguan las Informaciones de Vaca de Castro, a destruir los cordeles o anales incaicos, y a exterminar a los quipocamayos. Pretendían los de Atahualpa que todo comenzara desde la exaltación de su soberano; y esta pasión demoledora, que se nos antoja un lejano antecedente de nuestras Patrias Nuevas, causó el mayor y más irremediable daño en la tradición incaica, muy poco antes de la conquista española. Con ello se acabaron naturalmente de confundirse las tradiciones, por más que desde el Gobernador Vaca de Castro hacia 1543 se ordenaran y levantarán informaciones cuidadosas, reuniendo con trabajo a los escasos quipocamayos que sobrevivían y que vagaban ocultos desde Atahualpa por los campos y las punas. Se tradujeron sus dichos por especiales intérpretes abonados asistidos de los conquistadores más expertos en las lenguas indígenas. Siete años después de las Informaciones de Vaca de Castro, daba cima a su crónica Pedro Cieza de León, consultándola con príncipes cuzqueños y orejones y revisando la narración los Oidores Bravo de Saravia y D. Hernando de Santillán, muy peritos ambos en antigüedades indias. Desde 1570 reunió nuevas y más extensas informaciones D. Francisco de Toledo. Sobre todas éstas y sobre los demás cronistas podemos levantar con muchas posibilidades nuestras conjeturas acerca de la historia de los Incas.

El primer problema que en ella se nos ofrece es el tocante a la época de la expansión incaica, si las conquistas de los Incas se iniciaron metódica y evolutivamente desde la primera dinastía, o si fueron la inesperada y rápida consecuencia del rechazo de los Chancas en el Cuzco. La teoría tradicional, sostenida por Garcilaso, la que tiene por apoyo las Informaciones de Vaca de Castro y de los relatos últimamente conocidos de Huaman Poma de Ayala, es la de las conquistas casi ininterrumpidas a partir de los primeros soberanos. Los apasionados críticos

de fines de siglo XIX y de los comienzos del actual, llevándose por el sentido literal de Cieza y Betanzos, por el Padre Las Casas y el resumen de las Informaciones de Toledo que compuso Sarmiento de Gamboa preconizaron la teoría de la fulminante difusión del poder de los Incas, lo que yo llamo el *súbito milagro*, la expansión rapidísima bajo Pachacútej y Túpaj Yupanqui. Aceptando sin crítica ciertas afirmaciones de los autores que he citado, sostienen que antes de Pachacútej los Incas no señoreaban sino un minúsculo distrito, de tres a seis leguas, a la redonda del Cuzco, y que de golpe, en sólo dos generaciones, llegaron a constituir el enorme imperio. La erudición no exime del sentido común y la lógica; y como en esta historia incaica, leyendaria y tradicional, no hay documentos de plena probanza, basta en mi concepto que una hipótesis sea tan rara e improbable como la que acabo de exponer, para que desde luego la apartemos. Meditemos un instante en las imposibilidades que encierra, y sirvámonos para ello de significativos ejemplos contemporáneos. Pretender que de pronto reducidas tribus que ocupaban un territorio mínimo, se alzaran con el dominio de tan gran parte del continente sudamericano, es como pretender que el Perú y el Ecuador actuales, con su debilidad y pequeñez, emprendieran y logaran en época brevísima conquistar toda la América o el mundo entero. Ni cabe argüir con analogías de lo que ocurrió en ciertos imperios antiguos y despóticos dominados instantáneamente por pequeñas hordas que se substituyeron a los dominadores absolutos. El Tahuantinsuyu se componía entonces de muy numerosas confederaciones, de una infinidad de curacazgos y señoríos, así en la Sierra como en la Costa. Por sus vastos y aislados territorios, la propia aspereza de sus sierras y la dificultad del tránsito de sus desiertos, han debido de requerir esas naciones para ser dominadas y aun sólo penetradas por eficaces campañas guerreras, el transcurso de varias gene-

raciones y el esfuerzo de muchos millares de soldados. Roma no ganó el mundo mediterráneo sino al cabo de tres siglos de guerras constantes. Felipe Augusto preparó los caminos de Luis XIV y de Napoleón. Prusia comenzó su aprendizaje de anexiones desde el Gran Elector; y Federico II, fué, con secular intervalo, el precursor de Moltke. A más de estos argumentos de observación racional, hay testimonios abundantes que confirman que así ocurrió en efecto con la supremacía incaica. La interpretación de los en apariencia contradictorios no se ha hecho con exactitud ni sagacidad. Por ejemplo, hay peruanistas contemporáneos que citan en apoyo de la disparatada teoría de la expansión repentina y milagrosa la autenticidad de las recordadas Informaciones de Vaca de Castro. Basta abrirlas y leerlas para comprobar que atribuyen considerables conquistas al segundo Inca Sinchi Roca, al quinto Cápac Yupanqui, al séptimo Yahuar Huaca y al octavo Huiracocha. Con lo cual resulta palmario que las Informaciones de Vaca de Castro, lejos de impugnar aquí el sistema garcilacista lo corroboran de manera explícita, con toda su preferente credibilidad. Las citas de Ondegardo no son tampoco terminantes. En un pasaje se limita a decir que hacía trescientos cincuenta o cuatrocientos años del momento que escribía (1570, más o menos), los Incas no eran señores sino de los alledaños del Cuzco, lo cual no quiere decir que después se quedarán inmóviles, en esos tres o cuatro siglos, y no ensancharan paulatinamente sus dominios. En otro pasaje de su *Relación de los Fueros*, reimpressa en Lima en la colección Urteaga el año de 1916, página 50, parece reconocer la muy antigua expansión de los dominios incaicos por el lado del Collao o Vilcanota. En la misma relación (pág. 90 de la colección citada) declara muy terminantemente Ondegardo la antigüedad cuatricentenaria de muchas conquistas de los Incas. Dice a la letra: "A lo que ellos se acuerdan ha más

de 400 años que los sujetó". (XVIII). En todo caso, lo que dice en la siguiente página muestra el muy poco o nulo interés que ponía en esclarecer este punto el Licenciado. A él le importaban mucho más las instituciones incaicas que no la cronología de los hechos políticos. Cuanto a las aserciones categóricas de Sarmiento, hay que atender a que el Virrey Toledo y sus funcionarios, al levantar las informaciones que dicho cronista compendia, tenían el propósito muy preconcebido de justificar a toda costa la dominación española, no sólo con los innegables beneficios que aportó, sino procurando alegar la tiranía y la muy reciente usurpación de los Incas. Este interesado propósito quita mucha autoridad a los resúmenes de Sarmiento, porque indujo a solicitar e inclinar en determinado sentido los dichos de los declarantes indios cuya inexactitud en este punto fundamental se ve muy de manifiesto. Hay así informaciones en que dicen los indios nobles y ancianos que Túpaj Yupanqui fue el primer conquistador, pero que en muchas partes no hizo sino recuperar las provincias sublevadas, *ya anexadas al territorio incaico por su padre Pachacútej*. Se ve cómo procuraban encajar en los últimos reinados lo que sabían o vehementemente sospechaban provenir de los anteriores. Menudean en las Informaciones mencionadas contradicciones semejantes, que debemos suponer voluntarias y deliberadas las más, aun cuando es natural en pueblos bárbaros la limitación de los recuerdos históricos a los personales, faltando explícitos documentos. Son versiones incompatibles e incoherentes, como las que extrañaban y desesperaban al propio Cieza, las que fatigaban en tan grande extremo a Juan de Betanzos, según el pondera en su Proemio, y las que se advierten aún en algunos pasajes de las primigenias Informaciones de Vaca de Castro. Concretándome aquí a las famosas de D. Francisco de Toledo, he de repetir que por mucho que reconozca y proclame los méritos de la colonización espa-

ñola, no he de llegar hoy, en esta serena tarea histórica, a cooperar sin discernimiento en las miras circunstanciales del Virrey y sus auxiliares, ni a admitir sin riguroso examen las tendenciosas declaraciones debidas a la pusilanimidad y el servilismo habituales en los indios.

Aunque procuro poner en guardia a los estudiosos contra los prejuicios y las ruinas del siglo XIX, sería excesivo y contraproducente rechazar el concepto de la evolución gradual, tan abonado por todas las ciencias y que tiene cumplida aplicación en este problema de la génesis del imperio incaico y del orden de sus conquistas. Hace ya más de treinta años que propuse distinguir en la historia incaica dos períodos: el de la confederación, bajo la dinastía de los Hurin Cuzco, y el de la centralización monárquica o imperio absoluto, que se afirma cuando menos desde el tercer soberano de los Hanan Cuzco. No hay que exagerar tampoco el contraste entre ambos regímenes, para no caer en el cómico desatino de un moderno peruanista que define al imperio incaico como *una república confederada de aylllos libres*, lo que es la caricatura más carnavalesca de aquella época que la ausencia de sentido histórico puede engendrar. Califiqué yo con alguna impropiedad al primer período de época feudal. Esto ha de entenderse con su cuenta y razón, y con mero alcance metafórico. El feudalismo propiamente dicho estriba en requisitos de complicadas jerarquías, determinadas prestaciones militares y de otros servicios, ceremonias de homenajes, y confusión entre las funciones políticas y la propiedad privada. No se han presentado íntegra y cabalmente sino en la Edad Media occidental europea, y con aproximación apenas en una edad de la historia japonesa y en otras rarísimas ocasiones del pasado oriental. Si no tuviéramos presente lo dicho, caeríamos en la gruesa confusión que hace a nuestros izquierdistas denominar feudal el sistema de nuestras encomiendas españolas coloniales. Yo llamé feudalismo

de manera vaga y figurada al primer período incaico de la confederación inca y quechua, el de los curacas vasallos autónomos, en el mismo sentido con que pueden calificarse de feudales la organización de las primeras dinastías chinas y egipcias, la federación aquella de los tiempos homéricos, o las alianzas estables de los cacique mejicanos y de los muiscas de Cundinamarca.

Otra rectificación que debo hacer a mis antiguas hipótesis es la tocante a mis dudas, expresadas en 1906, sobre la efectiva personalidad de Manco Cápac y Sinchi Roca. Para resolver dificultades cronológicas y ampliar los reinados de los Incas, que vienen demasiado largos en relación con la antigüedad que se les asigna, me inclinaba yo, en mis ensayos juveniles, a desdoblar o multiplicar a los dos primeros jefes incas, y suponer varios sucesivos englobados en ellos por la leyenda. Pero la fijeza y concordancia de los ayillos imperiales o *panacas*, de las estatuas y de las momias correspondientes, y el testimonio de las pinturas y de los tapices, vistos por algunos cronistas, me hacen ser ahora más cauto en esta hipótesis, y retirarla por falta de indicios. No faltan razones para creer que algunos monarcas han sido suprimidos de la línea oficial o *capacuna*, como son los casos de Tarco Huaman, Urco y Amaru Yupanqui. Mas esto ocurre en edad posterior, y para Incas que han gobernado muy breve período, y probablemente en calidad de asociados al trono por sus padres reinantes. Como ya lo apunté en lecciones pasadas, la figura de Manco, tal como aparece en Sarmiento de Gamboa y otros atendibles cronistas, no presta asidero para el escepticismo radical, ni menos para la negación categórica, que fué el sistema de González de la Rosa. Ya he explicado que ni el nombre, ni el culto, ni los hechos de Manco son de un epónimo. Y lo mismo ha de decirse aún con mayor fuerza de su heredero Sinchi Roja. Tienen ambos la misma consistencia histórica que Tenuchtzin y

Acamapitzin, los dos primeros reyes de la ciudad de Méjico, y de Sahuanmachica, el primero de los caciques bogotanos.

Contra el presuntuoso pirronismo histórico de los siglos XVIII y XIX, que negaba la realidad de todos los fundadores, recordemos los escarmientos de la historia y la arqueología modernísimas. Hasta en la época reciente de Maspero y de Krall se suponían quiméricas las dos primeras dinastías egipcias, las tinitas de Manetón, pero las excavaciones de Abydos y Negadah han venido a probar su existencia. Lo mismo ha ocurrido con los reyes caldeos, y con las leyendas cretenses y troyanas. Y en la más conocida historia europea occidental, hasta hace poco el gran historiador Héctor Pais, siguiendo para los primeros tiempos romanos las huellas de Beaufort, Niebuhr y otros demoleedores sistemáticos, atribuía la importancia y edificación del Capitolio a los tiempos republicanos, posteriores a la invasión de los galos, tratando con desdén de ilusorios y míticos los recuerdos de la edad regia. Y ha tenido que desdecirse, sin embargo, porque las excavaciones en el Capitolio han evidenciado la exactitud de muchos de aquellos recuerdos. No sigamos tan equivocada senda en los estudios incaicos. Aceptemos el dato tradicional cuando no hay argumentos de peso en contrario, y antes existen presunciones razonables en su apoyo. La fundación de la ciudad del Cuzco fué un suceso muy memorable, rodeado de ritos y de ceremonias religiosas "consultando los agüeros y mirando las estrellas, en nombre del Sol y de Huiracocha", con sacrificios y conjuros sacerdotales, como los orejones se lo explicaron a Cieza. No ha tenido por qué olvidarse el nombre del fundador o *marcayoj*, que encabezaba la emigración del clan predominante. Es mala filosofía histórica, arbitraria y perniciosa, la de suprimir por capricho o alarde de ingenio la intervención consciente de los hombres en los acontecimientos mayores, la de

imaginar que los pueblos se mueven sin caudillos y por sí solos, que las ciudades se fundan por instinto ciego de muchedumbres, como los panales de las abejas o las cabinas de los castores; así como es errada crítica literaria, hoy al parecer definitivamente superada, la de imaginar que las epopeyas se redactan sin poetas y los libros capitales se producen acumulativamente, sin que sus redactores se den cuenta de ello, con sonambulismo inexplicable o animalidad tenebrosa. No hay que desterrar de la historia la individualidad, la voluntad y la reflexión; porque es apagar toda luz, y rendirse a la ignorancia y al acaso.

VII

PRIMEROS INCAS DE LA DINASTIA DE HURIN CUZCO

Después de esta involuntaria ausencia de dos semanas, conviene que recapitule y concrete las observaciones que apunté en mi última lección. Es forzoso que incurra en ciertas repeticiones, y lo hago deliberadamente porque me importa precisar las ideas y defender mis puntos de vista contra objeciones probables.

Dije que acerca de la conquista de los Incas y la dilatación de su imperio, se enfrentan dos teorías contrarias: la del que llamé estupendo prodigio, la repentina expansión de un país minúsculo que en dos o tres generaciones se ensancha hasta abarcar enormes territorios; y la tradicional y verosímil, que no es sólo de Garcilaso, y que reconoce la continua y paulatina propagación por guerras porfiadas y largas campañas, bajo muchos reinados sucesivos. Se apoya la primera en Cieza, Betanzos y otros analistas, y en las Informaciones de Toledo compendias por Sarmiento de Gamboa. Puede afirmarse que los

términos en que se plantea son inaceptables por angustiosos e irracionales, pues amontona las más importantes adquisiciones no más que en dos soberanos, Pachacútey y Túpaj Yupanqui, negando la obra de los anteriores y quedándole a Huayna Cápac la tarea secundaria de redondear las fronteras. Sin reparar en tales imposibilidades, la ha seguido hace poco el americanista francés Beuchat y la han adoptado en nuestros países los historiógrafos Latcham y Urteaga. Este último, en sus *Notas a dos tratados de Ondegardo (Del linaje de los Incas y Relación del 26 de Junio de 1571)*, la acredita con el testimonio de las Informaciones de Vaca de Castro, que sostiene precisamente lo opuesto. En cuanto a Beuchat y su popularizado manual de arqueología americana, debo advertir que, si bien estudió con detención y, en lo poco que se me alcanza, me parece que con tino, las antigüedades mejicanas y mayas, de otro lado lo que nos incumbe, o sea la porción relativa al Perú indígena, es de inexactitud y superficialidad clamorosa, y el somero capítulo que dedica a la historia de los Incas adolece de evidentes y mayúsculos errores. Apenas hay párrafo de él que no contenga equivocaciones flagrantes. Se ha inspirado de preferencia en Martens y en Middendorff, sin discernir sus noticias; e interpreta peor los textos de Cieza de León y de Garcilaso.

La escuela de la difusión repentina, sea cuales fueren sus mantenedores, tiene contra sí una razón *a priori*, de verosimilitud y buen sentido, porque no es concebible que en período tan corto improvisara una tan pequeña y quieta nación, como ellos pretenden, los recursos materiales y el estado de ánimo bastantes a avasallar gran parte del continente sudamericano. Tiene además en contra numerosos datos de los primitivos historiadores, comenzando por las tan mal alegadas Informaciones de Vaca de Castro y terminando por la racional interpretación de mu-

chos cronistas que he de leer aquí, aunque parezca tarea prolija, porque es indispensable rebatir el vacío lugar común de la coincidencia de las mejores autoridades en favor de las súbitas conquistas incaicas. Y por último, no olvidemos el argumento de las analogías, que no deja de tener cierto peso en estos estudios como en todos, pues la historia peruana no es algo excepcional y monstruoso, que se exima de las leyes generales y constantes en el desarrollo de las sociedades humanas.

En egiptología, hasta hace pocos años, privaba una doctrina semejante a la que aun hoy predomina sobre los Incas: creían casi todos, con J. de Morgan por ejemplo, que los egipcios no iniciaron sus grandes conquistas hasta la XVIII dinastía, después de la expulsión de los hicsos, la cual guarda cierta proporcionalidad, en nuestra sucinta historia incaica, con la invasión de los chancas al Cuzco. Hoy está perfectamente averiguado que, a pesar de la decantada índole pacífica de los antiguos egipcios, no sólo ocuparon la Libia, la Nubia, los oasis mayores y la península del Senaí desde las primeras dinastías, desde los inmediatos sucesores de Menes, sino que ya un faraón de la V, Sahurá o Sahurí (el Sefrés de Manetón), recorrió vencedor las comarcas de Siria y asedió en ellas ciudades como la de Nedía o Netia, hacia el año 2600 a.C., anticipándose cuando menos en un siglo a las gloriosas expediciones de Pepi I, que no son tampoco para olvidadas. De igual modo, no son de rechazar en conjunto las conquistas de Roma en el Lacio y la Etruria meridional, durante los primeros tiempos republicanos y hasta en los leyendarios de la edad regia, ni la de los tecpanecas y aztecas fuera del valle de Méjico a mediados y fines del siglo XIV. Para explicar la naturaleza de las primordiales guerras incaicas y las diferencias de la constitución social en las dinastías de Hurin Cuzco y Hanan Cuzco, tales como aparecen de los analistas, emití hace mucho la hi-

pótesis de la época semifeudal o de la confederación inca y quechua, que antecedió al imperio. Ya lo expresé en mi lección anterior. Quiero insistir en que nada hay de extraño e insólito en esas hipótesis. Corresponde a un momento igual en todas las sociedades de tipo semejante, al ciclo señorial de las primeras monarquías conquistadoras. Tenemos que acudir a comparaciones con la historia de otros pueblos; y es frívola y absurda la opinión que desdeña el eficaz procedimiento auxiliar de las analogías, porque sin ellas se imposibilita el estudio científico de la historia, y conocer es siempre en el fondo comparar. Forma correspondiente a la que he denominado federativa o cuasi feudal en la primera dinastía incaica, es la que se presenta en las agrupaciones antiquísimas del Elám, en la jerarquía de los *patesis* caldeos, en los *nomarcas* egipcias que sustentan a las dinastías faraónicas de la V a la XIII, en las ligas de los aqueos homéricos y de los arcaicos régulos latinos, y por fin las confederaciones predominantes en el Anáhuac y entre los mayas. La historia china de la dinastía de Cheu, todo el período que en aquella va del siglo VIII hasta el IV a.C., nos ofrece mucho más: un verdadero y genuino feudalismo, en perfecto paralelo con los posteriores europeos y japoneses, con escala de títulos hereditarios, ceremonias de investidura y homenaje, clasificación de vasallos altos y medianos y valvasores, confusión entre la propiedad territorial y la soberanía, prestaciones materiales, obligación de asistencia personal y de servicio militar, y distinción entre los feudos y los alodios. Este cabal feudalismo no se halla por cierto sino en varias naciones de Asia y Europa, pero la graduada subordinación de caciques a jefes de guerra o emperadores en el seno de federaciones conquistadoras, no es insólita en las mayores culturas americanas indígenas; y por esta semejanza esencial he podido apellidar semifeudalismo la época del naciente poderío incaico. No se trata de conjetu-

ras caprichosas, sino de un estado social atestiguado por numerosos textos, de los cuales alegué algunos en mi primer estudio sobre Garcilaso y sus *Comentarios* y he de citar otros en el presente curso.

Al tratar de esta obscura edad y de sus vagas tradiciones quiero insistir en un punto de crítica histórica. Los hechos de los primeros soberanos han tendido a olvidarse o a acumularse en los reinados posteriores, no sin dejar indicios que nos permiten a veces restituirlos casi con certeza a los originarios. Este fenómeno, tan común en todas las barbaries, se debe, a más de la adulación incontrastable en los regímenes despóticos, a la debilidad de las mentes primitivas, que en ausencia o escasez de la escritura no pueden retener la tradición sino aproximándola a generaciones contiguas, transfiriéndola a personajes que interesen por su actualidad o vecindad. El Egipto, al cual es inevitable acudir en busca de parangones, porque es el estado más parecido al incaico, poseía sistemas gráficos que frisaban en lo perfecto y una organización política de mucha mayor fijeza y duración que el Perú de los Incas. No obstante esas indudables ventajas, y la mayor rigidez de su ritual y protocolo, descubrimos en sus documentos las mismas duplicaciones que en nuestro pasado indígena. Así, las hazañas atribuidas al Faraón Seti II de la XIX dinastía, en el canto de triunfo consignado en un papiro del British Museum no son sino la complaciente adjudicación y la traslación ostensible de las de su antecesor Menefé II. Estas falaces repeticiones se hallan también en la antigua historia romana, y reciben en ella de los eruditos el apelativo de *geminaciones*. Las grandes estirpes patricias conservaban los elogios familiares, llamados *laudationes fúnebres* y lamentaciones o *naeniae*, cantos plañideros en que se enumeraban las virtudes y excelencias de los antepasados, compuestos para sus exequias y fiestas periódicas, como en los banquetes de las panacas

cuzqueñas a las momias de los soberanos sus progenitores. Y lo mismo que en el Cuzco y primitiva china, en Roma los poemas gentilicios no tenían escrúpulo para añadirse y asimilarse los loores correspondientes a extraños o a más remotos abuelos, como ya lo advierten Cicerón y Tito Livio con sagacidad notable. Lo propio que en las canciones de gesta de la Edad Media el Rey Teodorico toma rasgos de Atila, Carlomagno hereda a Arturo, y los cruzados repiten proezas de los Doce Pares, aunque éstos sean otras veces los reflejos fabulosos de aquéllos.

Por lo que toca a la cronología incaica, hay que rechazar la fantástica longevidad de sus monarcas, no ya únicamente en los increíbles cómputos de Montesinos y en los de Sarmiento, eco dócil e irrazonado de las infantiles ponderaciones de los indios declarantes ante los funcionarios del Virrey Toledo, sino en los más circunspectos cronistas y hasta en el resumen de los quipocamayos de Vaca de Castro, pues por término medio vendrían a corresponder a cada Inca, en la mínima apreciación de esos testigos, cuarenta años de reinado, lo que no se complace en manera alguna con el curso habitual de los sucesos, ni con las revoluciones, abdicaciones y muertes violentas que no faltan del todo en los anales de los emperadores cuzqueños. Hay que reducir a razonables términos esos desmesurados períodos, como lo hacen hoy también en sus respectivas materias los egiptólogos y los mejicanistas.

La antigüedad de los Incas es sí, muy a las claras, bastante mayor que la de los reyes aztecas. En mis primeras lecciones he expresado que Centro América y Méjico fueron los focos originales de nuestras culturas indígenas, y que en aquel primer período nos llevan una preeminencia impugnada en vano por las ilusiones de nuestros arqueólogos connacionales. Pero viniendo ya a la última edad autóctona, a las civilizaciones imperiales herederas de las

culturas anteriores y que preceden a la conquista española, el Perú incaico recupera la primacía en el tiempo respecto a la última hegemonía del Anáhuac o sea Méjico Tenochtitlan. El Perú de los Incas lo supera en años, por lo menos en dos siglos, y en organización centralizada y unificadora. Así lo reconocieron los historiadores castellanos, como el Padre Acosta y el Padre Córdoba, que a la letra declaran las ventajas del Anáhuac en grandezas palaciegas y cortesanas y las del Perú de los Incas en duración de su monarquía, amplitud y buen régimen de provincias conquistadas, y en sistema político y concentración de gobierno. Desde entonces los dos países mostraban, por encima de sus semejanzas, hondas divergencias características y esenciales. Al paso que en Méjico era electivo el poder, ya el Perú de la primera dinastía incaica propendió a la sucesión directa, aunque siempre, y sobre todo en los primeros tiempos, estaba contrarrestada por la designación que hacía el soberano del hijo más capaz o más acepto y por confirmación del consejo de los orejones. En el Perú no se advierte la separación que en Méjico existía entre el jefe de guerra (tlacatecuhtli) y el civil o magistrado (cihuacohuatli). Por eso creo inaceptable y extravagante la observación de Latcham sobre Inca Roja, el primer monarca Hanan Cuzco, en quien se imagina distinguir el tránsito de la supremacía militar a la civil y el establecimiento de un régimen hereditario (*Los Incas y sus orígenes*, pág. 294). La unión indiferenciada de los mandos civil y bélico en manos del Inca o Sapallan Inca, y la tendencia a que el incazgo se perpetuara en uno de los hijos o hermanos del antecesor, se advierten ya en los soberanos Hurin Cuzcos, si hemos de atender a los precisos e incontrovertibles testimonios de los cronistas, fuera de los cuales no queda sino la mayor arbitrariedad conjetural, que imposibilitaría toda sólida y valedera indagación histórica. Esta concentración del poder supremo en el Perú incaico ex-

plica el mayor ámbito y continuidad de las conquistas y la asimilación casi total de las regiones anexadas. Nunca, ni en sus más tenues comienzos, fue la dominación incaica una especie de república federativa, una aglomeración libre de muchos ayllos o comunidades agrupadas espontáneamente, como por inexplicable y monstruosa ofuscación ha llegado a insinuarlo uno de nuestros distinguidos peruanistas contemporáneos. Hubo siempre, desde los más remotos orígenes, coacción, jerarquía, subordinación forzosa y clarísima propensión a la autocracia. Incomprensible e inútil será la historia incaica para quien no atine a descubrir tan saltantes y evidentes notas de ella. Hay que ver los hechos y respetar los documentos.

Una de las autoridades más alegadas en tono de conflatión triunfal de la antigüedad de las conquistas incaicas, es la del Licenciado Polo de Ondegardo, especialmente su opúsculo sobre los fueros de los indios, fechado en 1571. Leamos el pasaje pertinente para darnos cuenta de su alcance y sentido. Dice así: "No hay *memoria bastante* cuándo señoriaron por este mismo camino hasta la laguna de Vilcanota, que es adonde empieza el Collao, y salen de aquella lagunilla dos poderosos ríos, que uno vierte a la mano del norte y otro a la del sur... Mucho tiempo pasó que los Ingas no conquistaron más de hasta allí; digo mucho en el tiempo de este Inga que venció los changas, e luego el sucesor empezó a conquistar por esta parte, e aun nunca estuvieron pacíficas aquellas provincias hasta el tiempo de Topa Inga Yupanqui. Aunque en el registro de los Ingas muy por extenso hallamos memoria, también cada provincia tiene registros de la victoria, guerras e castigos de su tierra. Si *importara* algo pudiéramos muy bien *colegir* el tiempo que había que cada una estaba pacífica debajo de la sujeción del Inga. *Pero esto no importa para lo que se pretende*, pues basta tener averiguado que estos Ingas señorearon por violencia e guerra,

y el tiempo que ha que empesaron su conquista... Y ausí toda dificultad que hubo fue el conquistar aquellas comarcas del Cuzco, e ayudóles en gran manera a mi parecer que ninguna provincia les pretendió inquietar a ellos en su tierra, sino que se contentaban con que los dejasen en la suya; porque de esto no hay memoria en sus registros ni en los de los otros". Antes había dicho "Este mismo tiempo, que no se puede extender a cuatrocientos años, debe de haber que empezaron a señorear e conquistar en aquellas comarcas del Cuzco, y según parece por sus registros, algunas veces fueron desbaratados; e aunque Andahuaylas está treinta leguas del Cuzco, no la sujetaron ni pusieron debajo de su dominio hasta el tiempo de Pachacúti Inga. Por esa otra parte del Cuzco hacia el camino de Collasuyo, también hay memoria cuando los canas y canches fueron con los ingas a la guerra, pagados por amistad, e no por vía de señorío, que fue en aquella misma batalla que venció Pachacúti Inga contra el señor de los chancas". Véase como es débil, ambiguo y contradictorio el texto capital que se nos opone. En él se palpan la escasa importancia que le concedía al asunto Ondegardo, su perplejidad sobre las noticias de los quipos y cantares, la confusión entre el dominio absoluto y de paz definitiva con las primeras guerras e intervenciones, y entre la confederación por vía de amistad y por vía de señorío. Repetiré que más abajo agrega, muy determinadamente: "Considero que por lo menos a lo que ellos se acuerdan, ha más de 400 años que los sujetó y puso aquella orden" (XIX). Para diferenciar éstas, que en rigor discrepan por los matices entre alianza y vasallaje, hay otro texto importantísimo en Cobo, que he citado hace mucho tiempo y al que no se le ha otorgado la merecida atención: "Los señoríos y caciques de los pueblos vecinos al Cuzco no estaban sujetos a los Incas, pero tenían paz y confederación con ellos de tiempos muy antiguos... Por donde, pues-

to caso que el señorío de los Incas se extendía ya a provincias distantes del Cuzco muchas leguas, todavía no les reconocían vasallaje los sobredichos caciques sus vecinos” (Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. XI). Aceptando la existencia de la confederación o estado semifeudal en el período de los Hurin Cuzcos y aún de los primeros Hanan Cuzcos, se disipa la contradicción entre regiones confederadas y conquistadas, porque es palmario que las expediciones comunes de los aliados no impedían entonces las exenciones de la potestad imperial absoluta y las disenciones internas como en la federación predominante del Anáhuac las lejanas conquistas en las comarcas mistecas y huastecas no atajaban la subsistencia de autonomía y antagonismos en el propio valle de Méjico.

Siguiendo paso a paso a nuestros cronistas más abonados, vemos cómo desde el segundo Inca, Sinchi Roja, coexisten, con las alianzas y conexiones de tribus vecinas, los recuerdos de campañas o expediciones en comarcas lejanas, sobre todo hacia el sur, en el Collao. Ya el referido pasaje de Ondegardo, al hablar de los canas y canchis, permite suponerlo; pero en muchos otros autores, y ciertamente que no sólo en Garcilaso, como hay el prurito repetirlo, hallamos vestigios tradicionales de dichas conquistas arcaicas. El resumen de las Informaciones de Vaca de Castro, una de las fuentes más antiguas y fidedignas, dice que el segundo Inca, Sinchi Roja, “comenzó a conquistar y señorear por armas y guerra hasta treinta leguas del Cuzco”, y que llegó “a la provincia de Andahuaylas, y por la parte del Collao al puerto de Vilcanota, que lo defendían canas y canchis”. El Padre Cobo nos relata que “visitó a sus vasallos, los cuales estaban ya muy ensanchados y engrandecidos, y mandó que se extendiesen alrededor del Cuzco, por los altos, que hasta este tiempo no habían querido entrar en tierras apartadas. Dió licencia para que cuantos quisiesen se avecindasen en las tierras so-

bre dichas, así los naturales como los forasteros, *porque ya le pareció que convenía dilatar los términos de su reino*". Contiene estos ímpetus conquistadores su madre Mama Huaca; mas al fin Sinchi Roja "hombre de tanto valor, consiguió viniesen a ver a su hijo Lloque Yupanqui de algunas provincias apartadas del Cuzco, y a todos los señores y principales les daba joyas y ropas, de que estaban muy contentos; y asimismo tuvo manera de nombrar en algunos pueblos caciques que gobernasen, cuando sabía que no tenía señor natural o no tal que pudiese administrarla, y para esto decía que el Sol su padre le había dado poder a él y a todos sus descendientes. Visto esto, algunos principales venían a pedirle el señorío del pueblo donde eran naturales, o por vía de merced o de confirmación del cacicazgo que ya poseían. Barruntando por estas cosas que habían de venir los Incas a señorearse de toda la tierra, procuraban muchas provincias su amistad y alianza, y para conseguirla enviaban muchos presentes de oro, plata y ropa". (*Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. V). Cualquiera ve aquí de manifiesto los progresos y la regularización de una liga feudal, con la investidura y el homenaje de los curacazgos mediante el tributo de los súbditos y el acostumbrado retorno de presentes por el soberano.

Los cronistas indígenas, que no debieron conocer la analogía tradición consignada por Garcilaso, convienen en el ensanche del señorío incaico desde Sinchi Roja. Juan Santa Cruz Pachacuti, vocero de las memorias de canas y canchis, dice de aquel segundo monarca: "no entendió mucho en cosas de guerras", mas "de todas las provincias, desde Chacamarca (en el Collao) y desde los Angaraes, le dieron presentes; y como quería hacer conquistas, les enviaba sus capitanes. Fue hombre altivo y sacrificaba con sangre humana". Todos estos rasgos se apartan del tipo convencional de curaca obscuro y pacífico, en que

los partidarios de la quietud de los primitivos Incas vienen a darse la mano y coincidir con lo más falso del sistema garcilasista, del cual disienten en apariencia, compartiendo su esencial error de apreciación. No niego yo que la extrema dilatación de los dominios e influencia del segundo Inca hasta la lejana provincia de Angaraes en el norte, sea una exageración de las muchas contenidas en el relato de Pachacuti, y una contaminación o confusión muy probable con los hechos atribuibles al semihomónimo Inca Roja, el primero de los Hanan Cuzcos. Pero sea como quiera, importa retener en todo caso el eco tradicional de sus empresas bélicas, siquiera no hayan sido tan dilatadas como esta leyenda lo afirma.

Otro escritor puramente indígena, el recién exhumado Huaman Poma de Ayala, da a los dominios de Sinchi Roja, como términos propios, desde Jaquijahuana en la pampa de Anta hasta Quiquijana en dirección a Canchis; pero al mismo tiempo le atribuye expediciones muchos más dilatadas contra los canas, canchis collas, puquinas, collaguas y contisuyos. Dice a la letra: "Ganó todo Collasuyo, Hatuncolla, Puquinacolla, Pacajes, Quispillajta, Pomacanchi, Hatuncunti, Collaguacunti". Se trata aquí sin duda de un confuso eco de las campañas de todos los confederados contra enemigos de raza, presuntos invasores al sur y al suroeste, collas y collaguas. Son contiendas de fronteras entre dos federaciones de tribus. Del propio modo la noticia de haber matado Sinchi Roja al verdadero Inca legítimo puede tener el verídico fondo de un conflicto con el jefe anterior de la liga incaica, bien fuera el curaca, de los maras, o de los tampus, chilques o acos, pues el mismo Santa Cruz Pachacuti asevera que Sinchi Roja "conquistó a todos los orejones" y que sus dos hijos y capitanes llamados Túpaj Amaru y Huari Titu, "conquistaron a los chilques, ecos, cahuinas y tampus", o sea vencieron a las tribus rivales en el prodominio de la fe-

deración' "Las demás provincias, agrega, se resistían bravamente y no lo dejaban entrar". Reparemos en que Garcilaso, si bien niega que Sinchi Roja moviera guerra, conviene con los anteriores en que redujo a su señorío a los puquinas y canchis hasta Chucara, y atestigua que muchos pretendían que llevó sus expediciones más allá de Cacha hasta Asillo, Huancaney Pucará en pleno Collao, y a la colindante región boscosa de Carabaya en los Andes. Todo lo cual nos está demostrando la verdad y persistencia de la tradición sobre lo remoto de sus influencias y ganancias por el sur.

Gutiérrez de Santa Clara, por su lado consigna: "Sinchi Roja salió muy valiente y esforzado capitán; y tuvo algunas guerras con los curacas de los que su padre había conquistado, que se le habían rebelado". El cronista jesuita Padre Anello Oliva, que pretende reproducir las versiones del quipocamayó Catari, es de observar que, por muy estragadas u observadas que éstas se hallen, corrobora a su manera lo que los cronistas antes citados dicen, pues atribuye a Shínchi Roja empresas por el lado del Collao, el Desaguadero y los Charcas.

Hasta en Cieza, que como Sarmiento niega toda actividad externa a Sinchi Roja, hallamos un indicio muy significativo, por más que se reduzca al ámbito de la ciudad del Cuzco. Refiere como vino a habitar a ella, en calidad de confederado de Sinchi Roja el curaca de Sañu, Sútej Huaman. Su nombre nos descubre que pertenecía a la poderosa nación de los tampus, hermana y émula de los incas. Tenemos un nuevo caso de sinoecismo, que recuerda al del sabino Apio Claudio o Atius Clausus, que fue a avecindarse en Roma con sus parientes y vasallos, o la fundación de Tlatelulco, la ciudad vecina y gemela de Tenochtitlán en el Anáhuac. De Sútej Huaman y sus compañeros se derivan los orígenes del barrio de Hanan Cuzco y uno de sus principales ayllos.

Desde los leyendarios tiempos de Sinchi Roja comparando y acendrando las partículas históricas que las tradiciones aportan, podemos rastrear como los Incas, a la par que combatían contra sus vecinos alienígenas, reñían unas veces y otras se confederaban con las tribus hermanas y afines. Así vamos barruntando y adivinando, en medio de las dificultades e incertidumbres de esta época crepuscular, el organismo de la federación de los orejones, que procuro descubrir y patentizar.

VIII

ULTIMOS INCAS DE LA DINASTIA DE HURIN CUZCO.— PRINCIPIOS DE LA DE HANAN CUZCO

Llegamos al reinado de Lloque Yupanqui, el tercer Inca cuzqueño. Comprendo que para mi auditorio ha de ser árido y molesto, de verdadero cansancio, este prolijo análisis, este examen tan al por menor de una época leyendaria, y por consiguiente brumosa, de particularidades inciertísimas. Pero en mi afán de inquirir con toda solitud y paciencia, y sacar a luz lo que haya de probable en las leyendas incaicas, de reconstruir y depurar nuestra primitiva historia, en cuanto a las fuerzas me alcance, me ajusto celosamente a la obligación de la exactitud, a las necesarias reglas de la disciplina histórica, y satisfago también lo que pide el amor patrio, el cual no se reduce sólo a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y culto por todos los que nos antecedieron en este suelo, a la comunidad de tradición territorial; y para vigorizar y ennoblecer lo presente se empeña en resucitar lo arcaico mediante aquella ansia piadosa de vida y continuidad que inspiro a los renovadores de las diversas historias nacionales en el pasado siglo.

Con este espíritu prosigamos en la indagación de los rastros que subsisten sobre aquellas remotas épocas, que son el amanecer de la nacionalidad peruana.

Dícese que Lloque Yupanqui no era el primogénito de Sinchi Roja, sino Manco Sapaca, quien excluído del trono fue el sacerdote supremo del Sol y jefe de la panaca o gentilidad denominada Raurahua. El nombre del pospuesto es muy significativo de tal circunstancia, porque se compone de la raíz *sapa*, que quiere decir aparte o de lado, y de la partícula explicativa *ca*. Hubo de ser personaje de cuenta pues las Informaciones de Vaca de Castro y la Miscelánea de Cabello Balboa lo mencionan, aunque esta última fuente lo califica de incapaz y no le atribuye sino actividades de casamentero, lo propio que Sarmiento. Las mismas Informaciones de Vaca de Castro lo tienen por hijo menor, probable versión acomodaticia y oficial. En el capítulo segundo de Cabello Balboa (edición publicada por Ternaux-Compans), se lee que era hijo de la Coya o mujer legítima, por que el mayor era Lloque Yupanqui, lo que no ha obstado para que Latcham con muy poca fidelidad asegure que este autor coincide con Sarmiento sobre la premogenitura de Sapaca (*Los Incas, sus orígenes y sus aylllos*, p. 281). En verdad el único impugnador de ella es Sarmiento, que agrega: "y no declaran los indios si fue Lloque nombrado por el padre, por donde pienso yo que no, pues tampoco lo fue por los naturales ni aprobados por ellos". Su visible empeño de acumular usurpaciones y tiranías en el linaje incaico, lo refuta el mismo Sarmiento de manera involuntaria en los renglones siguientes, al reconocer que fue elegido" con favor de los aylllos legionarios", o asamblea guerrera de los orejones, procedimiento usual en esta primera época incaica.

Otra consecuencia sacamos de tales noticias, al parecer insignificantes; y que al llevar el nieto de Manco Cápac, (y con gran probabilidad nieto primogénito) el

mismo nombre que el indicado como su abuelo y fundador, queda confirmada la filiación del propio Latcham relativa a que en estos principios de la dinastía de Hurin Cuzco, elegían al monarca las matronas del ayllu. No hay fundamentos sólidos para dicha tesis. Ni las actividades emigratorias y bélicas de las esposas de Manco Cápac, ni lo que cuenta Cieza de haber intervenido una mujer de Hanan Cuzco en aconsejar la proclamación del Inca Huiracocha (*Señorío*, cap. XXXVIII), ni menos las estragadísimas fábulas de Montesinos sobre Mama Cihuaco, la consejera de su hijo Inca Roja, autorizan por sí a trastornar el claro sentido de las tradiciones y de los precisos testimonios, y a convertir en formal derecho de elección, lo que ahí no pasa de influencia o ascendiente indirecto, como se halla en todos los tiempos y especialmente en las monarquías poligámicas y despóticas. Consta en cambio la proclamación por el consejo o milicia de los orejones. Excederse de lo que dicen o permiten suponer las fuentes históricas es afirmar lo que no se sabe, y es en consecuencia una ficción o imaginación caprichosa. Todo esto proviene en Latcham de persistir en la creencia inflexible del necesario matriarcado, siguiendo a Mac Lenan y Bachofen. La etnología prueba hoy que no es fatal en todos los pueblos la fase del matriarcado; así como los arios y semitas, no la presentan, por muy lejos que en su indagación se remonte, así en América nuestros incas muestran desde sus comienzos el patriarcalismo, al revés de otras naciones del Perú, según en anteriores lecciones lo expuse. Con ello se comprueba la clase de cultura avanzada que en el Perú representaban los Incas. Su mitología solar corresponde a su filiación paterna, con mucha mayor cohesión que en el Egipto faraónico, tan semejante en otros aspectos, pues en el imperio incaico no descubrimos reinas por derecho propio como las hubo en el antiguo Egipto.

El título de Yupanqui aplicado al de Lloque contradice la inactividad guerrera que muchos cronistas le imputan. Significa literalmente *contarás*, y atendiendo a su cabal sentido, quiere decir *memorable, digno de recordarse y celebrarse*. Si hubiera sido tan pacífico y obscuro, no tendría este renombre explicación. El mismo Betanzos (*suma y narración*, cap. IX) declara que los primeros Incas tenían por viejísimo uso hereditario, pisar insignias, trofeos y prisioneros, costumbre igual a la de los Faraones y los soberanos asirios, y que demuestra de manera incontrovertible su belicosidad y ánimo conquistador.

Las Informaciones de Vaca de Castro afirma de Lloque Yupanqui: "No aumentó, porque en su tiempo tuvo *muchas rebeliones de los que habían heredado y el señorío en punto de perderse*. Harto hizo en sustentar lo heredado. "De modo que cuando menos guerreó empeñosamente en contiendas civiles. Juan Santa Cruz Pachacuti sostiene que las suyas" no fueron conquistas como las de su abuelo; pero que al cabo de su vejez, para dar espanto a sus enemigos, *hizo ejércitos de guerra*". No es de dudar que empleara en algo estos ejércitos. Agrega que "visitó sus provincias", las cuales es de suponer que se extendieran a algo más que las cercanías del Cuzco, pues de otro modo no habría sido empresa digna de mención recorrerlas. Otro autor indio, Huaman Poma de Ayala, concreta que redujo a los maras (entre Anta y el valle del Urubamba), vengando en su curaca el Inca Tocay Cápac el agravio que éste había inferido a Sinchi Roja. De aquí se deduce que el jefe de los maras se intitulaba Inca por pertenecer a la confederación, y usaba asimismo la denominación de Cápac que no es por cierto un nombre totémico derivado de *capa* (gavilán en aymara), como afirma Latcham, sino el calificativo usual y tradicional quechua en los grandes curacas o jefes de guerra. Huaman Poma denigra a Lloque Yupanqui como "inaccesible a sus súbditos, mal

inclinado y para poco"; pero reconoce que por medio de sus hijos, como el Inca Cusi Huananchiri y el Inca Mayta Cápac, que le sirvieron de capitanes, conquistó a los indios acos, maras y pinahuas, todo en relativa cercanía del Cuzco. Cabello Balboa le atribuye la sumisión del curaca de Huaro, que está a seis leguas del Cuzco, de los ayaracachis (entre los cuales se comprendían los del ayllu Hanan de Chahuin Cuzco), los quiliscachis, tampus y yucayes. Vemos como se va extendiendo el radio, dentro de lo que fue poco después la gran confederación inca-quechua. Los propios ensanches le atribuye Sarmiento. Cobo (Libro XII, cap. VI) escribe que Lloque Yupanqui "cuando entró a gobernar, puso en plática que había de ser *señor de todos los pueblos en contorno del Cuzco*, y señaló hombres principales para que en esto le ayudasen como capitanes y oficiales de los ejércitos y que se le apareció el Sol en figura del Inca Manco Cápac su abuelo, para alentarle en sus empresas, y que pusiera por obra lo comenzado". Que en efecto sujetó a los del valle de Huaro y sus poderosos señores, a los ayarmancas de Tambocunca y a los quilliscachis, y en fin, lo que es muy de notar, "vinieron a visitarle de muchas provincias y naciones, nunca vistas en tiempo de su padre y abuelo". Esta afirmación hace menos improbable la afirmación de Garcilaso, que extiende las expediciones de Lloque Yupanqui por el sur en Canas y el Collao. Bien mirado, lo de los canas y canchis es probabilísimo, no ya únicamente por lo que aseveran las Informaciones de Vaca de Castro sobre las contiendas e influencias del antecesor Sinchi Roja, sino por lo que atestiguan Cieza y Ondegardo de la inmemorial confederación de los incas con canas y canchis, que fueron los mayores y más fieles auxiliares en los sucesivos tiempos del Inca Huiracocha. Los canas, como se lee en el mismo Cieza, no se ceñían a la provincia que hoy lleva su nombre, sino que se extendían al otro lado del

Vilcanota, por la meseta del Collao, hasta Ayavará y Ocurillo. Si los primeros Incas, como parece, eran ya sus aliados, tenían por fuerza que entremezclarse en las contiendas de los sapanas de Hatuncolla con los caris de Chucuito, muy enardecidas entonces. Y no repugna así admitir que las expediciones de la liga pudieran llegar hasta Chucuito y el Desaguadero, justificando el glorioso renombre de su jefe el soberano Inca. Las campañas aun más lejanas que en Pacajes le asigna Garcilaso, fueron, según dicho cronista, ejecutadas por medio de un hermano y de maestros de campo de su linaje. Se explicaría con esto el párrafo pertinente de Cabello Balboa: "Extendió su dominación sobre gran número de caciques y tribus". Gutiérrez de Santa Clara, que por una tradición exagerada supone a todos los primeros Incas residentes en el Collao, cree pacífico a Lloque Yupanqui; pero que "por sus capitanes conquistó algunos pueblos, y que tuvieron éstos medio ganado el Cuzco, y después lo perdieron por descuido de lo suyos y el Inca murió de pesar de ello". Recuerdo tan adulterado se refiere sin duda a las enconadas contiendas con los allcahuizas o ayaruchos, relatadas por Betanzos en el cap. V de la *Suma y narración*. Lo confirmado de esta reminiscencia de sus empeñosas rencillas con los allcahuizas, refuta otra descaminada hipótesis de Latham: la de haber sido Lloque Yupanqui del ayllu de Copalimaytas sin más razón que repetirse muchas veces el nombre de Mayta en la panaca de sus descendientes. Los Copalimaytas eran una fracción de los allcahuizas, aliada con los sahuasiray rama de los tampus. No es posible que Lloque Yupanqui perteneciera precisamente a las tribus orejonas orientales contra las que tanto y tan señalada y encarnizadamente combatió. El jesuíta Anello Oliva, que se pretende eco de las tradiciones de Catari, declara que Lloque Yupanqui fue el verdadero fundador de la ciudad del Cuzco, "habiendo edificado mucha parte de ella; que

conquistó nuevas provincias y salió tres veces a visitar sus reinos y vasallos y a reducir los rebeldes, que finalmente se sujetaban a su señorío; y que mientras vivió, fue éste en gran crecimiento” (Libro I, cap. II, párrafo 4º).

El Inca sucesor, Mayta Cápac, es confesado como belicoso por casi todos los analistas. Los que menos proclaman que venció a los allcahuizas o ayaruchos en reñida contienda dentro del mismo Cuzco, y dominó otras varias sublevaciones. En mi enumeración de pruebas, daré como de costumbre el primer lugar a las Informaciones de Vaca de Castro. Dicen a la letra, de Mayta Cápac: “No aumentó cosa alguna, porque siempre tuvo guerra con los suyos, que cada día se le alzaban”. Los alzados eran, a no dudarlo, principalmente los allcahuizas, vecinos y confederados de tanta importancia que el Oidor Santillán los tenía por los verdaderos fundadores del Cuzco (*Relación*, pág. 12, en el tomo de Jiménez de la Espada). Sarmiento narra que estas contiendas obstinadas de Mayta Cápac con los allcahuizas comenzaron bajo el reinado de Lloque Yupanqui, cuando allcahuizas y culunchimas asaltaron el Coricancha que era a la sazón residencia de los Incas. El príncipe heredero Mayta los rechazó y derrotó en tres ocasiones. Ya rey, mereció alentadores oráculos del pájaro totémico inti, el traído por Manco Cápac desde Pacaritambo. Confirmando tan lisonjeros auspicios “algunas naciones le vinieron a visitar de fuera”, lo que sin disputa significa adquisición de nuevos vasallos. Compendia Sarmiento las Informaciones de Toledo en lo relativo a Mayta Cápac, escribiendo de él: “Fue valiente y empezó a valer por armas”. Discípulo de la misma escuela, el Padre Cobo repite que “era valiente y animoso” y que su guerra contra los allcahuizas “fue el primer rompimiento y mortandad que hicieron los Incas, de muy gran momento para su reputación y para las guerras que después sucedieron”. Añade que celebró esta

victoria con muchos sacrificios, ofrecidos a su padre el Sol en el templo de Coricancha (*Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap, VII). Pero en este mismo pasaje se patentizan, o cuando menos se rastrean las lejanas alianzas y expediciones de Mayta Cápac, pues Cobo cuenta que se casó con una hija de los caciques de los collaguas, y que “los indios de aquella provincia le hicieron un palacio todo de cobre para cuando fuera a visitar a los deudos de la reina”. La interpretación más racional de este paso es que ejercía señorío en la tierra originaria de la Coya, pues parece extraño que de otro modo le construyeran un palacio para visitas problemáticas en comarca ajena e independiente. Confirma la conjetura lo que se lee en seguida. Continúa Cobo: “*Fue mayor señor de sus predecesores, su nombre ponía espanto a toda la tierra, y de muchas provincias los señores le enviaron a sus hijos para que le sirviesen en la corte del Cuzco, preciándose cada cual de tener un hijo en servicio del Inca. El mismo hubo muchos hijos legítimos, que eran los gobernadores de las parcialidades y lugares sujetos*”. Todo lo cual conviene perfectamente con la versión de Juan Santa Cruz Pachacuti, el cual le atribuye haber traído en rehenes, para ponerlos en los cimientos del gran templo (como lo hacían en el Oriente clásico) los ídolos de *Vilcanota*, *Puquina* y *Coropuna*, pruebas fehacientes de remotas conquistas en el Cuntisuyo, Repárese en que el cronista testigo es el heredero de las memorias de collas y collaguas. Ciertamente que a las huacas de dicha región agrega otras muy apartadas hacia el norte, como las de Aija, Chinchaycocha y aun los Cañaris, a donde de cierto no pudo llegar. Pero retengamos en cualquier caso los ecos de una gran expansión por el sur y el suroeste. Cieza bien leído los corrobora, al confesar que poco antes de morir preparaba Mayta Cápac la conquista de todo el Cuntisuyo. No hay por qué rechazar en consecuencia de plano y en redondo

la doctrina de Garcilaso que señala como conquistas de éste Inca el sur del Collao, más allá del Desaguadero, o sean las comarcas de Pacajes, Tiahuanaco, Larecaja, Chuquiabo y Paria, y en el Contisuyo o suroeste, las de Parinacochas, Coropuna, Collaguas, Arequipa y Moquegua. Coincide con él en esto, a más del citado Santa Cruz Pachacuti, el otro indio Huaman Poma de Ayala, que marcara las adquisiciones del cuarto Inca en el Collao, Potosí y Charcas, después añade "muchas provincias y pueblos". Explica que las de Charcas las ejecutó por medio de sus hijos Apu Mayta y Huillcac Inca, el cual parece haber sido el primogénito. Estos dos hijos y capitanes de Mayta, según Huaman Poma, sujetaron todas las Charcas, con Chuquiabo (actual La Paz), Chiquisaca y Potosí, y de otro lado Carabaya, de tal modo que "desde la ciudad del Cuzco todo el reino del collao estuvo sujeto, pero no se pudo conquistar el Chinchaysuyo", que es la región del norte. El Padre Román y Zamora expone que Mayta "comenzó a ser poderoso y fue heredero de todos los pueblos cuyos señores habían dado sus hijas a los Incas pasados". Nuevo indicio en favor de lo que hemos dicho sobre la anexión de los collaguas a este reinado. El Padre Anello Oliva asevera del Inca Mayta que "fue valientísimo de ánimo y fuerzas, inclinado a nuevas conquistas, gran guerrero y amigo de gente belicosa; que visitó todas sus provincias y procuró adquirir otras de nuevo, como fueron las de Hatumpacasa y Sacyaviri; que hizo la calzada famosa de Cuntisuyo". Gutiérrez de Santa Clara repite: "Salió muy valeroso y conquistó otros muchos pueblos, los cuales puso debajo de su vasallaje. Después emprendió la guerra contra el curaca del Cuzco, que se defendió muy bien y en esto murió ya viejo". El Palentino, que "Mayta Cápac fue valiente y sujetó a todos los indios que estaban alrededor del Cuzco, y a los mismos del Cuzco que nunca sus antecesores habían podido sujetar". La tan recor-

dada guerra en el interior del Cuzco contra los allcahuizas y copalimaytas y los demás aledaños, significa en la expansión lo mismo que la guerra latina de Roma (siglo IV a. de C.), que selló la hegemonía de la Urbe sobre sus aliados congéneres. No se opone en manera alguna a las posteriores campañas lejanas y externas, sobre cuya realidad o proyectos, por el lado del Cuntisuyo depone claramente el mismo Cieza. Repito que Mayta Cápac, vencedor y perseguidor de allcahuizas y copalimaytas, no pudo ser, como lo pretende Latcham, del linaje culumchima, íntimo aliado de sus conocidos opositores. Ni tampoco es de olvidar que el linaje o aylo derivado del Inca Mayta se llamó Usca Mayta y contaba cuando la conquista española numerosos miembros que lucían el apellido Mayta, porque ello refuta la hipótesis de la filiación matrilineal, defendida por Latcham con tan acérrima pertinacia, para estos tiempos de la primera dinastía.

El primogénito de Mayta Cápac, llamado Cunti Mayta por Sarmiento, fue postergado en el incazgo y hecho en compensación supremo sacerdote, como había ocurrido con Manco Sapaca dos generaciones antes. Heredó el trono Cápac Yupanqui, uno de los segundogénitos, a quien por versión oficial se declaró mayorazgo, según se lee hasta en las originales y divergentes tradiciones consignadas por Juan Santa Cruz Pachacuti. Ciertamente que en la terminología castellana de entonces, podía entenderse por mayorazgo a un segundogénito preferido, atendiendo a las condiciones del vínculo o a las razones de exclusión. Aumentan mucho con Cápac Yupanqui las pruebas de importantes conquistas, como es de ver en la muy curiosa relación sobre el linaje de los Incas existente en el Archivo de Indias, que le atribuye campañas contra los collas y chancas. Es también de advertir que los chancas y los collaguas, rama oriental de los collas, habitaban el Cuntisuyu, región conocidamente recorrida por los Incas. Las Infor-

maciones de Vaca de Castro fortalecen los anteriores datos. Dicen sobre el particular: "Cápac Yupanqui sujetó y conquistó hasta Vilcas y los soras y aymaras, hasta la provincia de Condesuyos y Parinacochas y las comarcanas. A éste se le venían a la obediencia más por temor que por voluntad. A la parte del Collao se le vinieron los collas hasta Paucarcolla, que no le osaron resistir por la potestad del Inga". Tal aserción supone que ya integraban el imperio, siquiera en calidad de tributarios renitentes, los dominios del gran curaca colla Sapaná. Las mismas Informaciones de Vaca de Castro atestiguan que Cápac Yupanqui "en el Cuzco conmenzó a labrar de cantería las casas del Sol". Juan Santa Cruz Pachacuti, por su parte, afirma que principió la fortaleza de Sajsayhuaman, "que fue dichosísimo en las armas", y que delimitó en muros las tierras hacia el Vilcanota, lo que ha de significar, muy probablemente, que construyó murallas y reparos del lado del Collao. Continúa Santa Cruz Pachacuti: "Le dieron obediencia muchos curacas y grandes de este reino, de temor". Refiere además que entró en el pueblo de Capacuyo, hacia los Antis, que para el nacimiento de su hijo heredero, trajo agua del Titijaja, en honor de Tunapa Huiracocha; y que de este culto trataba con los curacas de Asillo y Oruro (sin duda Orurillo), en el norte del Collao, y con los huancas, hatunjaujas y chinchaysuyos. La leyenda exagera aquí; pero las confirmadas guerras con el Contisuyu tenían que entablar relaciones con los quechuas de todo aquel lado, que por entonces peleaban con los chancas. Precisamente por esta época, en esta agitada zona del noroeste, los quechuas de Andahuaylas, amenazados por la invasión chanca, entraron en la alianza y vasallaje de los Incas, como se lee muy a las claras en Cieza (*Señorío*, cap. XXXIV). Contra los de Cuntisuyu, por donde debía avanzar la marea collagua y chanca, reconoce Cieza que libró Cápac Yupanqui junto al Cuzco

una gran batalla, en que les mató más de seis mil hombres, “y luego penetró en las tierras de Condesuyos, y les hizo guerra de tal manera que vinieron a pedir paz, ofreciendo de reconocer al señor del Cuzco, como lo hacían los otros pueblos que estaban en su amistad” (*Señorío*, *ibidem.*). Pero en Cieza, los hechos de este Yupanqui están divididos entre dos soberanos, el mencionado y un Yupanqui que corresponde al Yáhuar de los demás cronistas. El capítulo XXXVII del *Señorío*, ante la más mediana crítica, corresponde casi con evidencia al mismo soberano en que acaba la primera dinastía. Duplicaciones muy propias de la leyenda oral, de la narración poética y popular de las edades primitivas en todos los ciclos. Herodoto, Manetón y Diodoro presentan casos semejantes en sus relatos de historia faraónica, que hoy podemos depurar comparándolos con las inscripciones monumentales. Cuenta Cieza que este Inca Yupanqui se preparaba en el Cuzco para salir de campaña al Collasuyu y debelar a los sapanas de Hatuncollao, “muy poderosos y soberbios, que hacían junta de gente para venir contra él. Y como el Cuzco mucho tiempo no sufre paz, algunos capitanes de Condesuyos, trataron de matar entre sí al Inca, porque si de aquella jornada salía con victoria, quedaría tan estimado, que a todos querría tener por vasallos y criados” (*Señorío*, cap. XXXVII). Estando el Inca en sus fiestas y preparativos guerreros, lo asaltaron aquellos conjurados capitanes y lo hirieron en la cabeza. Cápac Yupanqui se refugió en el Coricancha, que, como ya he dicho, bajo esta primera dinastía sirvió como templo, palacio y depósito de armas. Penetraron con gran estrépito los rebeldes, haciendo huir a los sacerdotes, y en el templo mataron al Inca y a muchas de sus mujeres. Siguió a esto el saqueo del Cuzco. Las indias aullaban y se mesaban los cabellos ante el sacrílego espectáculo del Inca asesinado en pleno Coricancha, cubierto de sangre su cadáver y

abandonado como si fuera el de un hombre vil. La relación de la catástrofe, que fielmente extracto de Cieza, nos da una sensación de ambiente muy distinta de la afectada y ñoña historia incaica usual. Es la de una violenta y sanguinosa barbarie, que corresponde en todo a las de los similares imperios egipcios, asirio y mejicano. Recuerda a aquellos rebeldes reyes caldeos que perecían en el asedio de sus palacios suntuosos y sombríos, como hipogeos o santuarios. Es como la muerte del Faraón Ati de la sexta dinastía, el Otes de Manetón, asesinado por sus soldados, o la del otro Faraón Mentefufis II, como la del último soberano de Tlalatlulco, Muquihuixtl, que murió combatiendo en su teocalli, o la del joven rey de Chimalpopoca de Méjico, el llanto y alarido de los suyos y los debates sobre la elección de su sucesor. El poema incaico cuyos vestigios conservamos, emplea la máquina retórica de una gran tempestad, para acompañar el duelo del Inca y el espanto del saqueo, y supone que, amedrentados por el fragor de truenos y relámpagos, desampararon los rebeldes el Cuzco después de los destrozos cometidos. La verdad debió ser muy otra; pues, tras la revolución sangrienta y el interregno, aprovechando lo que probablemente habían instigado, los Ayllos de Hanan Cuzco impusieron su nueva dinastía, cuyo primer soberano fue Inca Roja. Hasta los cronistas menores y recientes guardan la resonancia de tales sucesos. Anello Oliva trae la reminiscencia confusa de Cápac Yupanqui muerto violentamente cuando iba en viaje a lejanas provincias, y que fue reemplazado, en su ausencia primero y a su muerte después por Quispe Yupanqui, en cuya cabeza acumula liviandades y delitos, como siempre ocurre en las tradiciones sobre dinastías derrocadas, para justificar la insurrección. Gutiérrez de Santa Clara denigra al propio Cápac Yupanqui, de quien dice "que fue para poco", pero indica su nexa con Hatuncolla y las revueltas que se concitó.

Muchos son los testimonios que acreditan a Inca Roja como fundador de una nueva dinastía e iniciador de una segunda época. Valera, Acosta y Montesinos lo apuntan. Hay huellas de lo mismo en el Padre Morúa. La dinastía de los Hanan Cuzcos hubo de tener comienzos difíciles, por el cambio de ayllos dominantes y porque la rebelión de los feudatarios se originó en el temor a los resultados centralizadores de las grandes campañas externas. De allí que Inca Roja se viera obligado a desplegar la severidad consiguiente a los poderes advenedizos y usurpadores, y a reprimir insurrecciones de aliados y de vasallos. Por eso dice Acosta que “este Inca no era gran señor, aunque todavía se servía con vajilla de oro y plata” (Libro VI, cap. XX). En otros escritores de bastante peso advertimos sus reformas y novedades, y las lisonjas y ficciones de la versión oficial. El Padre Valera lo tiene por autor de máximas morales y políticas y por creador de escuelas. Dicen que abandonó la secular residencia del Coricancha y que entregó el cuidado de ella y las funciones del culto a la tribu o ayllu de Tarpuntay, que era como él Hanan Cuzco, despojando sin duda de las tareas sacerdotales a los legítimos descendientes de Manco. Fue a instalarse en el barrio de arriba o hanan, al lado norte de la actual Plaza Mayor, donde edificó su palacio de Coracora y la contigua casa de los amautas o Yachahuasi. Las Informaciones de Vaca de Castro confirman que no pudo aumentar el territorio del imperio; que reglamentó los depósitos de víveres y las faenas de los indios, mandó labrar de cantería el nuevo templo del Sol, ordenó establecer acllas o mamaconas en numerosos conventos y que “fue muy devoto del Sol, más que ninguno de sus antepasados”. Las últimas palabras nos sirven como de un resquicio luminoso. Hubo vicisitud, alternativa y rivalidad entre los cultos de Huiracocha y de Inti. En los primitivos imperios, las dinastías recientes suelen señalarse por innovaciones o restaura-

ciones religiosas; y lo que se refiere del primer Hanan Cuzco, en contraste con lo que adelante relataremos de su nieto, nos trae a la memoria una vez más el Egipto con la oposición de las idolatrías tebanas de Anón Ra y las arcaicas de Horu y de Atón o Atumu. Otra razón muy principal había para que la confederación inca estuviera alterada y fuera necesario emprender campañas por el Cuntisuyu, o sea al oeste. Consta que entonces invadieron y conquistaron el gran valle quechua de Andahuaylas, ya unido por alianza a los incas, las hordas chancas, forasteras y bárbaras, que eran congéneres de los collas y collaguas al sur. Los primeros Hanan Cuzcos se vieron verosímelmente obligados a intentar, en circunstancias desgraciadas y con fuerzas disminuídas, la recuperación de lo perdido, como lo hicieron en casos análogos las nuevas dinastías de los imperios orientales y los cónsules romanos del primer siglo de la República. A todo esto se agregaba la reacción de los depuestos Hurin Cuzcos, que se trasparenta en el relato de la conjura de Tarco Huaman, heredero legítimo de Cápañ Yupanquí. Según Cobo Inca Roja guerrea contra los chancas, auxiliado por los canas y canchis, antiguos confederados. Continúa refiriendo que, después de vencer a los chancas, envió a su hijo y heredero Yáhuar Huájaj para que guerreará al este, en las provincias boscosas de los antis y en especial la de Paucartambo. Se comprende el rumbo, pues al comenzar tal camino estaban los urubambas y los tampus, que como hurincuzcos debieron de resistir a la nueva casa reinante. Por sus ulteriores empresas orientales, pueden atribuírse a Inca Roja y su hijo Yáhuar Huájaj la fundación de ciudades y fortalezas en aquel lado, que ofrecen carácter tan señaladamente incaico; y de allí puede arrancar el arte de los quecos, cuyos grabados denotan origen selvático, innegable procedencia del Antisuyu.

Cieza admite las campañas de Inca Roja por el Cuntisuyu. Cabello Balboa cuenta que tuvo que someter por sí y su hermano Apu Mayta a las naciones vecinas, todavía independientes. Puede esta vaga noticia aludir, tanto a las insurrecciones de los confederados, como al proceso de centralización y fuerte unificación monárquica, obra específica de los hanancuzcos. Prosigue Cabello Balboa atribuyendo a Inca Roja la victoria sobre los mascas y su jefe Huari Huaca. Advuértase que los mascas y chilques, dos viejos ayllos hurincuzcos establecidos en las comarcas de Paruro y Pacaritambo, probables hermanos de Manco Cápa, tenían por lo mismo que ser partidarios de la dinastía caída y del pretendiente Tarco Huaman. Al revés de Cobo y de otros, Juan Santa Cruz Pachacuti es adverso al fundador de los Hanan. Lo juzga "un gran descuidado, arrebatado, amigo de bailar y holgarse". Lo contrapone a Cápa Yupanqui, el cual gana todas sus preferencias por haber sido más ferviente adorador de Huiracocha y casi monoteísta. Huaman Poma de Ayala le reconoce conquistas por el lado de Antisuyu y los chunchos, que hizo mediante su hijo Uturunco Achachi, y le imputa haber introducido el uso de la coca. Le adjudica igualmente haber guerreado al principio y *con gran violencia y crueldad cerca del Cuzco* contra los indios de Muyna y Pinagua, todo en las cercanías de Pisaj, junto a los yucayes y tampus, pueblos hurincuzcos. Coincidiendo con Cabello Balboa, dice que obtuvo estas victorias su sobrino Apu Mayta, y que luego Inca Roja se entregó al ocio, placeres y disolución, lo que puede ser un reflejo interpretativo de la debilidad externa consiguiente a las dificultades con que tropezaba la nueva dinastía y al avance de los chancas en Adahuaylas. Garcilaso conviene en que sus mayores campañas fueron hacia el oeste, con el puente sobre el Apurímac, la consolidación del período inca en Abancay, Cochacasa y Curampa; la pretensa recuperación de Andahuaylas, en lo

que coincide con Cobo; y después la dilatación por Vilcas, Sullá y Hatunsullá hasta el mar. Añade que por medio de su hijo Yáhuar Huájaj ganó Antisuyo y Paucartambo, de acuerdo aquí con Huaman Poma de Ayala, y que avanzó algo por el Collao y las Charcas. Anello Oliva, que según dijimos lo llama Quispi Yupanqui, y lo vitupera por libertino y descuidado, recuerda que en su época se rebelaron las regiones del norte, las cuales en su tan estragada versión amplía hasta Quito, y que asaltaron el Cuzco, junto al que fueron al cabo derrotados los invasores. Me parece que hay aquí una ostensible contaminación con la posterior guerra de los chancas bajo el Inca Huiracocha.

El séptimo soberano incaico, segundo de la dinastía de Hanan Cuzco, debió de recibir el infausto renombre de Yáhuar Huájaj como consecuencia de las desdichas de su período. Otro fue su propio nombre, y tuvo además diversos apelativos honoríficos y rituales. Las Informaciones de Vaca de Castro y Montesinos lo llaman Mayta Yupanqui. Cieza lo identifica con Cápaq Yupanqui. El Palentino le dice Yupanqui a secas; y Sarmiento de Gamboa lo intitula Titu Cusi Huallpa Yupanqui. Casi todos los cronistas refieren la leyenda de su cautiverio cuando niño entre los ayarmacas, al sur del Cuzco, y su liberación por los de Anta y Jaquijahuana. Son éstos ecos de nuevas guerras intestinas entre los orejones, probablemente estimulados por el cambio de dinastía. Después, durante su reinado, las Informaciones de Vaca de Castro lo reconocen belicoso y emprendedor, y confiesan que ensanchó el imperio por el océano hasta el Cuntisuyu, y por el Collasuyu de una parte hasta el Desaguadero y de la otra hasta Huancané. Con diferencia de un reinado, la dirección de las conquistas es la que para esta época señaló más o menos Garcilaso. Juan Santa Cruz Pachacuti lo cree despilfarrado, benigno y liberal en demasía; y cuenta

que por los tributos que aumentó, se le alzaron los súbditos, y tuvo que amenazarlos con guerra a sangre y fuego para lograr que se aquietasen y le pagaran. Ya dije que Garcilaso, discrepando poco de las empresas que adjudica a su padre Inca Roja, declara que Yáhuar Huájaj por medio de su hermano Apu Mayta y de otros Incas de su linaje, dilató los dominios incaicos hacia el oeste por la costa del Cuntisuyu hasta incluir en ellos Tarapacá, y por el Collasuyu agregó las provincias de Caranga, Lípez, Chichas en las Charcas y Ampara. Desquitando alguna exageración, no parece falso que por dichos confines se extendiera ya la influencia del imperio. Huaman Poma de Ayala repite que por medio de su hijo el Inca Mayta, que murió en la campaña, conquistó Cuntisuyu, Parinacochas, Soras, Lucanas, Antamarcas y la región de los chancas; y por sus otros hijos, Urco, un nuevo Apu Mayta y Huíllac Inca, llegaron sus ejércitos hasta Angeraes, Yauyos y el Huarco en el Chinchaysuyu. La interpretación de estas noticias puede estar en que la primera invasión en territorio de los chancas tenía que repercutir hasta en las provincias mencionadas, que como las dos primeras estaban sometidas entonces a la mencionada confederación, o como el Huarco le era colindante. Fray Jerónimo Román y Zamora sabe que Yáhuar Huájaj “heredó los estados de su padre, que eran grandes”. Gutiérrez de Santa Clara, que “ya rey, se mostró muy valiente y belicoso, porque ganó y acrecentó a su reino muchos pueblos”. De los tres historiadores jesuítas, atestigua el Padre Acosta por su lado que Yáhuar Huájaj cuando era viejo fue vencido y preso de sus enemigos, lo que es confirmar que en su tiempo ocurrió la última y decisiva agresión de los chancas.

Anello Oliva, con su habitual escasa crítica, no lo cree conquistador, pero sí que estableció la institución tan militar de las colonias de mitimaes, lo que es casi una

contradicción formal; que acabó el nuevo Coricancha y comenzó la ciudadela de Sajsajhuaman. En fin, el Padre Bernabé Cobo (Libro XII, cap. X), lo vitupera de cobarde y asegura que en la memoria que de él hacían las historias y cantares, no se hallaba que después de coronado saliese del Cuzco a conquista alguna, y confiesa que al cabo de su reinado se rebelaron contra él los chancas y le invadieron el Cuzco. Ya se ve aquí como la atribución de la pérdida momentánea del Cuzco a Yáhuar Huájaj y la recuperación por su hijo y sucesor Huiracocha, tienen en su favor más apoyos que el del mero Garcilaso. No son de extrañar por otra parte estas confusiones en historia primitiva. Ya he citado la superabundancia de casos análogos en el antiguo continente. Nos acercamos al magno conflicto entre incas y chancas, con que se esclarece la protohistoria peruana. A él dedicaré la próxima lección. Pero antes quiero condensar en algunos puntos mis conclusiones acerca de estos primeros Incas.

Primero.—Eran jefes de una extensa confederación inca-quechua, que combatía por el sur con los collas y por el este con los chancas y sus afines.

Segundo.—En consecuencia, mantenían dos especies de guerras; las intestinas, en los alrededores del Cuzco, contra sus propios aliados, por defección de ellos, o en los intervalos de paz exterior; y las expediciones relativamente lejanas, comunes a toda la liga, como ocurría en Méjico y como sucedió también los primeros tiempos de Roma con los latinos.

Tercero.—La sucesión del incazgo tendía a ser hereditario de padres a hijos, habida cuenta de la designación de entre éstos por el mismo monarca o por el consejo de orejones, cuando el primogénito aparecía menos capaz.

Cuarto.—Usaban los Incas soberanos varios nombres. Uno de ellos era el propio, el cual solía quedar recubierto

por títulos laudatarios o de protocolo que le aplicaba el ritual cortesano, o por apodos provenientes de sus particularidades físicas o de las hazañas de su reinado. Esta multiplicidad o variación de nombres, que acarrea bastante confusión, es muy general en los imperios primitivos, como en Egipto y la China, y se observa en el régimen monárquico dondequiera.

Quinto.—No eran los primeros Incas los curacas mediocres y desdeñables que se complace en alegar la escuela pseudocrítica moderna. Muchos cronistas, y algunos muy abonados, les atribuyen haber emprendido grandes construcciones, como las del Sajsayhuaman, del Coricancha, los museos de Coracora, Jatunrumioj y Yachahuasi, fortines por el Vilcanota y la gran calzada del Contisuyo. Todas estas construcciones, cuando menos iniciadas, suponen recursos y población correspondiente a un territorio ya muy vasto, y no se explican si los Incas no contaban con más súbditos que los del exiguo cantón o distrito cuzqueño.

Sexto.—Las conquistas de los referidos siete Incas primeros, algunas de las cuales han debido momentáneamente de perderse y ser recuperados por sus sucesores, se olvidaron o se transfirieron en la versión oficial y la voz popular a los últimos soberanos, como tiene que ocurrir en toda historia leyendaria y en pueblos bárbaros, de medios mnemónicos deficientes. Recordamos que el mismo Cieza, columna de la escuela pseudocrítica, ha comprendido y expresado que la escasez de relatos sobre los primeros reyes Incas se debía, no a inercia e insignificancia de ellos, sino a haberlos preterido por muy antiguos la débil retentiva popular (*Señorío*, cap. IX). No olvidemos que en la inmensa historia egipcia (tan análoga a la nuestra incaica que aparece ésta a menudo como su fiel miniatura, y por eso necesito citar aquélla a cada paso), el insigne conquistador Tutmosis III, desapareció de las leyendas, y sus conquistas y templos se atribuyeron en muchos casos a

Amenopis III, a Ramsés II y a otros Faraones posteriores, del propio modo que los hechos de los Hurincuzcos y los mismos del Inca Huiracocha pasaron a Pachacútej, según he de explicarlo en la lección venidera.

I X

ATAQUE DE LOS CHANCAS AL CUZCO.— EI INCA HUIRACOCCHA

La guerra con los Chancas invasores, asunto de la presente lección, es importantísima en la historia de los Incas. Fue la decisiva crisis de la adolescencia, la amenaza vital y estimulante que en las naciones jóvenes y conquistadoras aparece siempre y determina al conjurarse el vigoroso rebrotar del imperialismo, la sistemática y triunfante expansión bélica. Por eso representó en el desarrollo del poderío cuzqueño, a pesar de la relativa brevedad de aquella contienda, lo que para las similares sociedades orientales significaron por ejemplo la invasión de los hicsos en el Egipto faraónico, y las luchas contra los hititas o contra los pueblos de Urartu para las primeras dinastías asirias, antes del gran Teglathalasar III; o acudiendo a comparaciones más usuales pero mucho menos apropiadas, las guerras médicas para Atenas y la segunda púnica para Roma.

Eran los chancas en su mayoría tribus pastoriles; habitantes de las punas y páramos occidentales de Ayacucho y Huancavelica. Agresivos y feroces, como los pastores suelen serlo, habían invadido, en el transcurso de muy pocas generaciones, los territorios quechuas aliados de los Incas, arrebatándoles la extensa provincia de Andahuaylas y amenazando muy de cerca las demás. Su pugna con los quechuas es un caso de la eterna lid entre los seminómades de las tierras altas y frías con los agricultores de las tem-

pladas, que es precisamente la etimología de la palabra quechua. A su vez los agredidos quechuas los denominaban *recientes*, *advenedizos* o *inestables*, pues tal es la traducción del vocablo *chanca*. Como efecto de sus irrupciones el idioma aymara había penetrado en las comarcas de Vilcas, Lucanas y Soras, influyendo en las numerosas lenguas que allí se hablaban. Hay varias pruebas entre collas y chancas. Cuando éstos, vencidos al cabo por los incas, se resolvieron a emigrar en crecido número hacia el norte, refugiándose en la cuenca del Marañón, impusieron a sus nuevos establecimientos el nombre, aun hoy subsistente, de Chachapoyas, que a las claras proviene de la voz *chacha*, varón en aymara, o sea los hombres por excelencia, equivalente a la traducción quechua *cari* con que hemos visto que se designaba, en el mundo quechua e incaico, a los antiguos invasores del Collao, destructores de Tiahuanaco y perseguidores de los huiracochas. Dos apelativos de principales curacas chancas, Hancohallu y Hancohuilca, parecen deducirse del *hanco*, blanco en aymara, color religioso que distinguía a los totemes collas. A no ser que dicho *hanco* se derive del *hancu* quechua (crudo, reciente o imperfecto), que vendría a expresar la misma idea que *chanca*, porque muchos de los patronímicos con que los cronistas conocen a los jefes chancas son probablemente sus traducciones quechuas, pues a menudo indican vituperio. Así, Uscuhuilca debía de venir de *uscu* salvaje; Tumayhuaraca, de *tuma*, vago, errante, merodeador; Tijllhuilca, de *tilla*, silvestre, cruel, hurraño. Umahuara en el presente caso ha de nacer de *uma*, odio capital, o de *umu*, brujo. Su hermano Astohuaraca, de *asta*, mudarse, vagar, andar errante. Los otros nombres propios de sus caudillos en Betanzos aparecen igualmente con raíces de significado quechua: Mallma, de *majma*, tinaja; Rapa, que quiere decir rama o ala. Según los últimos indicios, las lenguas de sus tribus pudieron ser de estirpe

quechua, pero muy mezcladas con la aymara. A la misma conclusión nos llevan los datos que sobre sus provincias y las afines traen las célebres *Relaciones Geográficas de Indias*. Por ellas se descubre que la marea inmigrante colla hubo de torcer rumbo al oeste, desde Canchis y Velille, penetrando en Collaguas y las punas de Cotohuasi y Lucanas, hasta la de Choclococha. La laguna que hay en ésta era la pacarina o lugar sagrado que adoraban los chancas. Más quizá por lo que acabamos de apuntar, no ha sido sino la imagen recordatoria y el símbolo de un mayor lago sagrado, o sea el Titijaja, como ocurría al sur del Cuzco con los cahuinas.

Más o menos vástagos o parientes de los collas, pero siempre adversarios y sojuzgadores de los genuinos quechuas, que eran de antiguo los ocupantes del Pachachaca y del Pampas, avanzaban los chancas, después de haber conquistado Andahuaylas, hacia Abancay y el Apurímac, contra los aliados de los Incas, aprovechando la debilidad que a la nueva dinastía de Hanan Cuzcos le acarreaban las dificultades y pugnas internas de la confederación. Por el norte, los dominios de los chancas englobaban las sierras de Huaytará, fronterizas de los chinchas marítimos, y las de Chocorbos, cuyo señor era el curaca Astu Cá-paj, de indudable filiación chanca y vecino de los yauyos (Véase la Relación del origen de los Incas, publicada por J. T. Medina, *La Imprenta en Lima*).

¿Habían reconocido antes los chancas la superioridad de los demás y la dominación de los Incas, según lo dice Garcilaso?. Es muy probable, a juzgar por lo que Juan Santa Cruz Pachacuti, Huaman Poma de Ayala y el mismo Cieza cuenta de las expediciones e influjos de los anteriores soberanos Incas por el lado oeste. Sea como fuere, nulas u olvidadas estas excursiones incaicas, o abolido por rebelión el leve protectorado que establecieron, los chancas, traspuesto el Apurímac, se aliaron con los orejones maras,

que pertenecían al bando de los Hurin Cuzcos y que en consecuencia se plegaban con facilidad a los adversarios del Inca reinante. Dueños de la llanura de Anta, los aliados conminaron al Inca para que se rindiera, pagándoles tributo y cediéndoles tierras de cultivo y habitación. Amedrentado el Inca, huyó del Cuzco, seguido de su corte y su guardia. Pasó por las alturas de Chita y fue a cobijarse en Saquisahuana, junto a Calca de Yucay. Es preciso distinguirla de la homónima Jaquijahuana en la llanura de Anta, que estaba ya en manos de los enemigos. Tal designación, que equivale a algo así como *hartazgo*, *saciedad*, *satisfacción plena*, se aplicaba a varias residencias reales campestres, como las *Huelgas* en la España medieval. Un hijo menor y desfavorecido del Inca viejo, llamado Cusi, Hatun Túpaj, o Yupanqui, condenó la cobarde huida de su padre; y afeando la conducta de los fugitivos se dispuso a defender la ciudad santa. Sobre el fondo de los sucesos convienen los cronistas, aunque en Garcilaso, como de costumbre, aparezca idealizada y edulcorada la realidad. Hay que acudir a los analistas primitivos para hallar los rasgos de significativa barbarie y las tintas de color local y época auténtica. Los chancas llevaban como paladión en la campaña los cadáveres embalsamados de sus antiguos caudillos. Interpretaban agüeros con el sacrificio de la *callapa*, examinando e hinchando los intestinos de las víctimas como los arúspices romanos. Traían tan feroces guerreros los cabellos largos y se los perfumaban con un unguento especial. Los maras, sus auxiliares incaicos, los imitaron.

En el otro campo el Inca mozo, para animar a sus milicias, contó que había tenido visión del dios Huiracocha, dentro de un espejo deslumbrador, en el cual aparecía con sus atributos tradicionales la antigua divinidad del Collao y de todos los quechuas; y que al confundirse la milagrosa lámina con las aguas de una fuente le había

hablado el numen, prometiéndoles victoria contra los enemigos. Sacó del templo el joven Inca los objetos sagrados para ponerlos en medio de sus combatientes. Habiéndose olvidado del cetro o *túpaj yauri* (probablemente se alude aquí también al *súntur páucar*, serpiente de plumas, alusiva a la religión de Huiracocha), volvió a oír la voz divina para que no dejara de tremolar tan expresivas insignias. Ponerse bajo el ostensible patrocinio del arcaico y supremo Huiracocha, indicaba la solidaridad con todos los miembros de la liga quechua, posponiendo el peculiar culto incaico del Sol o *inti*. No tardaron en acudir los contingentes de vasallos, y aun de los auxiliares canas y canchis, que eran medio collas por mestizaje, pero estaban ganados desde hacía mucho tiempo a la adoración de Huiracocha y al servicio de los Incas. La primera resistencia eficaz contra los chancas se hizo ya en la propia ciudad del Cuzco o en los suburbios septentrionales de Quillapata y Carmenca. Hasta las mujeres defendían aquellos barrios, como lo demuestra la leyenda de la viuda Chañan Currillcolca. Rechazados con gran mortandad los chancas en las afueras del Cuzco, siguió la pelea en los collados y sierras al norte; y la segunda y definitiva campaña se empeñó a los pocos días en la llanura de Anta. El número de combatientes que se computa, más de cuarenta mil por los chancas y cerca de treinta mil por los cuzqueños, comprueba la extensión considerable del territorio incaico y sus súbditos, pues por el sistema del ámbito exclusivo de seis leguas, no es explicable tal muchedumbre de soldados. Impresionaron estos combates a tal punto la imaginación popular, que el tono de los relatos es por entero el de un gran cantar épico primitivo. Betanzos nos conserva la oración de Huiracocha que se ponía en boca del joven Inca vencedor. Figuraban a los auxiliares salvadores las piedras míticas llamadas *pururaucas*, y señalábanse los mágicos manantiales que reanimaron a los combatientes,

como en la leyenda romana de la batalla del Lago Regilo y los Dioscuros lavándose en la fuente de Juturno.

En Anta perdieron los chancas, con numeroso botín, las momias de sus curacas Uscohuilca y Hancohuilca. El Inca mozo admitió a conciliación a los mascas; y al perdonarlos les permitió que de nuevo se cortaran las cabelle-
ras y se horadaran las orejas, en señal de restituirles la calidad de confederados y privilegiados. Mostró en cambio extraordinaria crueldad para con los cautivos chancas. Degolló a los principales e hizo clavar sus cabezas en las picas; a otros ahorcó a quemó, a otros empaló y desolló vivos; y reservó los cráneos para usarlos como vasos en sus banquetes. Los cuerpos de varios de los generales vencidos, embalsamados y rellenos de paja, le sirvieron de atambores. Los brazos de estos horrendos trofeos, agitados por el viento, golpeaban sus pechos y los hacían resonar. Se guardaban en un templo conmemorativo que construyó en el propio lugar del combate, donde aún los contemplaron, más de un siglo después, los conquistadores españoles. Todo de una atrocidad oriental, asiria. No son menos truculentos los sucesos que siguieron. El joven Inca remitió a su padre, todavía como tributo de homenaje, los despojos y tesoros de los chancas, las cabezas cortadas, los cadáveres de los principales caudillos y buen número de prisioneros para que los pisara en señal de triunfo. Como el anciano rey insistía que también los pisara su hijo heredero Inca Urco, al cual, según uso muy frecuente en estos primitivos imperios, había asociado sin duda al trono, el vencedor hizo matar a Urco por sus otros hermanos y arrojó los restos al río Vilcamayo de Yucay. En seguida desposeyó a su padre, al que recluyó en los palacios del mismo valle de Yucay. Viene luego el gran desfile triunfal en el Cuzco, sin que falten las circunstancias habituales de las análogas monarquías asiáticas: la litera o palanquín de oro, los ídolos cautivos, los trofeos y los prisioneros ten-

didos en el suelo y conculcados por el soberano, que los pisotea en señal de dominio, y los numerosos sacrificios de los vencidos a los dioses, como en Tebas y Nínive. Remate lógico de la victoria fue la campaña de liberación de los quechuas por Abancay, Curampa y Cochacasa, y la total reducción de las provincias de Andahuaylas y Soras.

¿Quién fue el héroe efectivo de esta epopeya, el noveno Inca Pachacútej Yupanqui, según lo declaran y repiten casi todos los cronistas, o su antecesor inmediato el Inca Huiracocha, como lo sostiene Garcilaso y lo arguyen expresivas palabras de las Informaciones de Vaca de Castro? Me inclino cada vez más en atribuírsela al octavo Inca Huiracocha, en virtud de diversas razones. Ante todo por el significado de los apelativos regios, los cuales se repitían de ordinario, como ocurre en casi todas las dinastías, o, cubriendo el nombre propio de los monarcas, se imponían después de la muerte de ellos y se referían a hechos culminantes de su período. El padre de Huiracocha tuvo por patrocinio a Mayta Yupanqui o más probablemente a Tito Cusi Huallpa. El apodo de Yáhuar Huájaj debe de provenir de los acontecimientos desgraciados de su tiempo, y principalmente de los que lo derribaron del trono. Es mucho más probable tal hipótesis que la consignada por Sarmiento, relativa a la leyenda de su cautividad en la niñez. A dicha conjetura se agrega la del título de Huiracocha del octavo Inca. Hasta entonces era desusado en las dinastías incaicas tomar como nombre propio el de esa deidad, y lo muestran las palabras de autor tan grave y bien informado como lo es Acosta (Libro VI, cap. XX). La imposición del nombre no se explica satisfactoriamente sino por un suceso extraordinario en que el príncipe invocó y creyó obtener la protección especialísima del dios que reputaba supremo. Hemos visto que así ocurrió cuando la invasión de los chancas y su derrota delante del Cuzco. Suponer que el padre del soberano se llamó a su vez Hui-

racocha, sin motivo de igual importancia, o porque se le atribuyó otra visión, en su caso ineficaz, es violar las reglas de la verosimilitud histórica. No negamos que en la vida ocurran duplicaciones inútiles e ilógicas; pero admitirlas sin necesidad y preferirlas contra los indicios más claros, va contra los dictados del buen sentido y de la crítica. Los títulos de los monarcas descubren sus hechos principales y no es objeción que el siguiente lleve el extremo laudatorio y encarecedor de Pachacútej, pues su actividad conquistadora y legislativa lo justifica, y varios analistas añaden que padre e hijo obtuvieron el mismo nombre, aunque se particularizó más en el segundo, lo que explica la confusión de las hazañas de ambos. Además, examinando los recuerdos arqueológicos del Cuzco, advertimos que los del Inca Huiracocha se situaban precisamente en el terreno de las victorias sobre los chancas, en el campo del asedio memorable, o en los llanos, donde la leyenda colocaba la aparición de dios. Así, en la cuesta de Carmenca había un adoratorio llamado Toxanamaru. Se atribuía su fundación al propio Inca Huiracocha y estaba destinado a rogar por la victoria de sus armas. ¿Se concibe tal atribución, si fue quien la instituyó el vencido y no el debelador de los chancas? El nombre era también muy alusivo a la pelea contra los chancas, porque *toxan* viene del verbo *tuxini*, que significa señalar, dar el golpe, herir, y *amaru* es el dragón mítico, estrechamente ligado con el culto de Huiracocha, cuyo atributo o símbolo primordial constituyó. Se da el caso, por demás significativo y concluyente, que *amaru* era el ídolo particular escogido como totem por el Inca Huiracocha y la panaca de sus vástagos. Consta que con dicho ídolo *amaru* este soberano se enterró, porque era su duplicado o simulacro (huauqui). Inmediato a este su adoratorio de Carmenca se hallaban el manantial sagrado de Quishuarpuquio en que apagaron la sed los guerreros vencedores de los chancas, las llanuras

de Cutirsajpampa y Queachili, señaladas como teatro de la famosa victoria (*cutirsajpampa* que significa literalmente el llano en que retrocedieron los agresores). Por allí cerca se indicaba la altura santa de Churuncana, que domina la de Carmenca y divide los caminos de la pampa de Anta y de Yucay, ejes en la historia de la invasión chanca. Este cerro Churuncana estaba dedicado al dios Huiracocha, protector del Inca, y en él se rogaba por la permanencia y dilatación de sus buenos sucesos guerreros. En el otro lado, por el llano de Chita, lugar designado en la leyenda con el nombre del destierro y la visión del príncipe bajo el mando de su padre Yáhuar Huájaj, se veían el manantial denominado Huiracochapuquio, que debió de ser el de la visión, pues según recordamos se realizó en una fuente; otra llamada Urcopuquio, quizá relativo a su desgraciado hermano; y la huaca de la abra o meseta Carahuacasa en que se conservaba un puma, por rara coincidencia el totem de los chancas. En el mismo rumbo, y nótese que al cuidado de la cofradía de los supanacas, representantes y descendientes del Inca Huiracocha, estaba junto al templo del Sol el duplicado del dios Tixi Huiracocha, que era una piedra semejante a las pururaucas. Otra piedra, llamada también de Huiracocha, se refería al propio Inca aunque estuviera al cuidado de los descendientes de su padre Yáhuar Huájaj. A más de estos indicios de carácter local, no deja de pesar el argumento de haber sido el entierro del Inca Huiracocha el de mayor fama de riquezas y de tesoros ocultos, razón por la cual lo descubrió Gonzalo Pizarro y al apropiarse de sus muchos objetos preciosos quemó la momia del soberano. No se compadece con esta opulencia extraordinaria, que expresa según costumbre numerosas victorias y conquistas, la imagen del monarca destronado y muerto en desgracia. El Padre Acosta dice de Huiracocha "Inca que fue muy rico, e hizo grandes vajillas de oro y plata", signo de im-

portantes conquistas. El manuscrito sobre la sucesión y gobierno de los Incas, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid y publicado con ocasión del litigio de límites entre Perú y Bolivia, confirma la importancia del rey Huiracocha, diciendo de él que “comenzó a poner más orden con la reforma del calendario”, dato que concuerda con el predominio otorgado a otra divinidad celeste. Huaman Poma de Ayala, que le adjudicaba igualmente reformas religiosas, expresa que conquistó las comarcas de Lucanas, Vilcas, Angaraes, Yauyos, Chocorbos, Huancas, y Jaujas; en resolución, todas las confederadas y vasallas de los chancas. Aun más explícitas en favor de nuestra tesis son las Informaciones de Vaca de Castro. Leemos en ellas que el Inca Huiracocha “fue mayor señor que ninguno de sus antepasados, belicoso y gran guerrero, más valeroso y poderoso Inca que sus ascendientes, y que muchas cosas que hizo, se han atribuído a sus sucesores, no *siendo así*”. Casi de bulto vemos y palpamos por las palabras citadas la confusión entre los cantares de Huiracocha y su hijo Pachacútej, que en cierta escuela ha venido a disminuir y rebajar al primero. Por su parte Cabello de Balboa no deja de ponderar la confusión y mendicidad de los poemas históricos incaicos. Parece que no obstante los ayillos peculiares que los aprendían, largas porciones de esos poemas se aplicaban indistintamente a varios emperadores, duplicando los hechos, como ya he recordado que ocurrió en el antiguo Egipto, donde las alabanzas de Tucmosis III se aplicaron a los Ramses y a Seti I.

La única objeción fuerte contra mi teoría es la del testimonio de Ondegardo, que asegura haberse hallado junto a la momia del propiamente conocido por Pachacútej el ídolo de la provincia de Andahuaylas. Si así fuera, atendiendo a la costumbre incaica de adjudicar las huacas regionales como trofeos al soberano que conquistó los respectivos territorios, habría que asignar a Pachacútej la

reconquista de las comarcas invadidas por los chancas, con todas las consecuencias lógicas que de esto se derivarían. Pero lo más seguro por varias razones es que Ondegardo no pudo distinguir con certeza a qué Incas correspondían los cuerpos que descubrió. La indeterminación en los hallazgos funerarios de Ondegardo la he sostenido desde hace mucho tiempo, y contaba ya con la autorizadísima opinión de Jiménez de la Espada.

Las conquistas propias de Inca Huiracocha, que se pueden separar de las de su hijo y sucesor Pachacútej, son las de los chancas y todas las provincias serranas enumeradas en las Informaciones de Vaca de Castro, que eran aledañas y confederadas de aquellas. Por el sur, el citado manuscrito de la Biblioteca de Madrid, nos confirma en la opinión de haber consolidado y extendido su poderío por el Collao. Era muy natural que los dominios de los Incas se dilataran de preferencia por las tierras altas y evitaran al principio descender a los llanos de la costa, insalubres para los andinos. El sistema de Garcilaso, que amplía por ese lado las anexiones de Huiracocha hasta las alturas de Charcas, Jujuy y Catamarca, tiene evidente justificación por el clima y por la antigüedad de las influencias incaicas en el norte de Tucumán. Dividiendo las grandes conquistas en la sierra del Perú entre Huiracocha y Pachacútej, obtenemos explicar la expansión cuzqueña por este lado de manera gradual y probable. Así nos apartamos de aquella tesis increíble sobre su rapidez y acumulación en solas dos generaciones, que es la de Cieza y Sarmiento, propugnada hoy todavía por notables arqueólogos como el ecuatoriano Jijón. Dicho historiógrafo defiende opinión tan inverosímil con el argumento de haber sido rapidísimo el ensanche incaico, por no advertirse sucesión de estilos en su arquitectura y cerámica. La suposición no es exacta. El mismo Jijón trae datos que la destruyen. Ya he explicado que la diversidad de aparejo

en las construcciones cuzqueñas no arguye estrictamente sucesión de épocas diferentes, porque han sido simultáneas las maneras de construcción. Mas no es posible exagerar el alcance de esta doctrina hasta el punto de negar que la mayor frecuencia y predilección por el aparejo pulido señale de manera muy probable una época más reciente. Hay bastantes otras importantes observaciones alegables al respecto. Las paredes cóncavas con puertas tropezoides parecen por regla general anteriores a las puertas y alhacenas cuadrangulares, que se observan por ejemplo en los edificios de Collcampata. Compárese sobre el mismo punto, fuera ya del Cuzco, las ruinas de Pisaj con Muyna y Tipón, y las de Machupicchu con las de Ollantaytambo y Tarahuasi. El propio Jijón reconoce que en el palacio cuzqueño de Hatunrumiyoc hay partes arcaicas recubiertas por otras, que me inclino a atribuir a la segunda dinastía y sus últimos representantes. Igual cosa ocurre con la cerámica incaica, que arranca, según dije, de la tiahuaquense, de la cual no la separan tan multiplicadas centurias como se ha pretendido, pero que presenta una definida evolución, diversificada por múltiples influencias locales en todo el Imperio. Y como ya he repetido que igual cuadro ofrece la lingüística, todo esto nos lleva de consuno a dilatar en algunas generaciones la expansión incaica y hacerla así normal e inteligible, no insólita y milagrosa. Varios soberanos han debido repartirse la tarea de componer el inmenso Tahuantinsuyu. No es posible concentrarlo todo en el período de Pachacútej. Los ejemplos propuestos por los de la escuela contraria, como la invasión de los hicsos en el Egipto, la de los persas de Ciro y los macedonios de Alejandro, no son pertinentes en modo alguno, porque tan rápidas conquistas son explicables cuando el pueblo conquistador se substituye a otro, de territorio y hegemonía muy extendidos, y eso es cabalmente lo que no pudo ocurrir en el Perú: la confe-

deración de los chancas no abarcaba términos tan vastos para que su mera derrota viniera a producir de golpe la dilatación del período remplazante sobre las muy diversas tribus y señoríos que se escalonaban desde el Cañar hasta el centro de Chile y el Argentina. El único sistema que me parece plausible, para dar razón de tan inmensa amplitud y tan considerable progreso, es el de aumentar las generaciones en que hubiese éste de realizarse. De allí que nos confirmamos en adjudicar al Inca Huiracocha una porción de los hechos que se apiñan en la cabeza de su hijo Pachacútej. Y si a pesar de la multitud y vehemencia de los barruntos que parecen abonarnos, se desestimam por la ingénita incertidumbre de la materia, nos defenderemos replicando que en la leyendaria historia de los Incas todo es conjetura; y que, como escribía de análogos tiempos el historiador romano, en tan vagas lejanías ni los hechos ni los autores pueden nimiamente puntualizarse. (Tito Livio Libro II, cap. XXI).

X

EL INCA PACHACUTEJ

Es tema de la presente lección el reinado de Pachacútej. A confundirlo con el de su padre y predecesor Huiracocha, ha contribuído bastante la comunidad de títulos de entrambos.

Los nombres oficiales o de entronización diferían casi siempre de los que llevaron los soberanos como meros príncipes. Así ocurre con Pachacútej, que se llamaba cuando heredero Manco Cápa; Titu, según el Padre Valera, con firmado por Garcilaso, pero el mismo apellido de Pachacútej, con el cual fue conocido y famoso como rey, le era común con su padre Huiracocha, a quien se lo dieron por apelativo a causa de haber renovado la faz del imperio

y sus instituciones, después de la derrota de los chancas. Los dos tenían también los sobrenombres honoríficos de Cápaj y Yupanqui, tan generalizados entre todos los incas, aun cuando fueran simples orejones. No es muy aventurado suponer que el hijo como el padre contaría entre sus renombres el de Huiracocha, por el culto enfervorizado de la divinidad protectora del Cuzco en la reciente crisis, y ser uso de los Incas, como en los análogos imperios orientales, imponer a sus monarcas nombres relativos a los mayores dioses (Inti Cusi Huallpa, por ejemplo). Un nuevo indicio en pro de la teoría garcilasista, que aquí defiende, de haber sido Huiracocha y no Pachacútej el que venció a los chancas y el que derrotó a su progenitor, está en que Valera adjudica a Huiracocha cierto apotegma contra el despego y la severidad de los padres para con los hijos, alusión clara a su disentimiento con Yáhuar Huájaj, y a la desgracia y destierro que la leyenda le atribuye en su obscura juventud. Así como el Inca Huiracocha tuvo por totem o insignia un dragón, *amaru*, que es atributo del antiguo dios Huiracocha del Collao, y se ve en su misma efigie de la Acapana, así el Inca Pachacútej adoptó como enseña, doble o *huauqui*, el relámpago solar, *inti-illapa*, que en el fondo es la propia *catuilla*, ídolo vinculado indisolublemente a los de Huiracocha y el Sol, cuyas tres imágenes se adoraban juntas en el Coricancha y en los principales templos. Era en rigor una advocación de Tixi-Huiracocha, lo que en terminología religiosa se llama *hipóstasis*.

Para entremezclar aún más las personalidades y hechos del Inca Huiracocha y su hijo Pachacútej, ha podido intervenir otra circunstancia importante: la de haber asociado el primero al segundo en el trono, haciéndolo coregente y encargándole en tal calidad la dirección de lejanas campañas. Juan Santa Cruz Salcamayhua nos cuenta que al regresar el Inca Pachacútej de una de sus remotas

conquistas, vivía muy viejo y retirado su padre Huiracocha. El caso no es insólito en la historia incaica, según veremos después. La diarquía imperial corresponde muy bien a las necesidades de pueblos bárbaros en momentos paralelos de su evolución, como es de ver en el Egipto faraónico del imperio medio (XII dinastía) y en el de la XIXa.; en cierto modo en la China de los Tang y de los Ming, y hasta en la Bizancio de la Edad Media. Se explica así de manera plausible la absorción de las hazañas de Huiracocha en el poema histórico propio de su hijo, que ha prevalecido como fuente principal en tantos analistas. En realidad, si participó éste de la corona viviendo el padre, no pocos sucesos podían con derecho imputarse a ambos monarcas. Los que la suscita historia leyendaria de casi todos nuestros cronistas concede a Pachacútej me parecen comparables a los de la fábula de Sesostris, que en la enorme escala de la verdadera historia egipcia ha englobado desde Senhuosret. I (el Senoncosis de Manetón) no menos que hasta los grandes Ramsés de posteriores siglos. Para que aún en lo occidental persista la analogía con el trabucado Faraón, el Inca Huiracocha es fama que compuso máximas, transmitidas algunas con mayor o menor exactitud por Valera y salvadas por Garcilaso. Recordemos incidentalmente que también al padre del primer Senhuosret, al Faraón Amenemhet I, se le atribuía haber compuesto sentencias rítmicas dirigidas al sucesor.

Si Pachacútej se ha convertido así en nuestro Sesostris, por haberse acumulado en su cabeza acontecimientos de varios períodos y si por ello puede igualmente compararse con los absorbentes casos de Menés, del primitivo Sargón caldeo de Agadé, de ciertos reyes en China (por ejemplo Kang de Song), y de Ciro y Carlomagno, hemos de reconocer que mereció, como sus mencionados padres, tal honor acumulatorio, por su largo y espléndido

reinado de sesenta años, que dilató como ninguno las fronteras del Tahuantinsuyu. Fue entre todos los Incas, el más célebre, el más temido y venerado, el más famoso conquistador; inventó, como dice Acosta, la mayor parte de ritos y ceremonias del imperio; fue su legislador por excelencia. No es maravilla que le añadieran adquisiciones y glorias, porque eclipsó en el recuerdo a sus predecesores y continuadores.

En el proceso histórico de los pueblos ascendentes, después de las reñidas victorias iniciales, viene la edad grandiosa del apogeo y la dilatación, que consolida y extiende aquéllas, el luminoso cenit de la prosperidad sistematizadora y legisladora. Pachacútej la personifica en el imperio incaico, tras el esfuerzo laboral y decisivo de Huiracocha; como después del liberador Ahmosis vinieron en Egipto los Tutmosis, Seti y Ramsés; Chi-Nuang-Ti, después de Chuang-Sian, en la vieja China; y en el occidente europeo, tras Carlos Martel, Carlomagno; luego de los Reyes Católicos y Carlos V, Felipe II; y continuando la obra de Enrique IV y Richelieu, Luis XIV. Pero las magnas tareas rara vez se llevan a cabo sin medidas rigurosas. Las supremas obras humanas necesitan cimientos de dureza, a menudo empapados en sangre. De ahí que Pachacútej, como casi todos los grandes organizadores, haya sido tachado de severo en extremo. No fue por ello una excepción aislada entre los Incas. Muy dudosa e intercadente resulta en la historia efectiva esa clemencia y mansedumbre incaica, manido lugar común y engañoso artículo de fe en el cuadro convencional de nuestro pasado. El colorido, más todavía que los hechos concretos, es falso en los Comentarios Reales, que parecen, por su almibarada monotonía, no relatos de época bárbara, sino vida leyendaria y monástica de santos. Garcilaso diluye en plata y azul lo que en las demás fuentes brilla con fulgor sombrío y rutilante de rojo y oro. Por su violenta crueldad, Pachacútej se

hermana con los déspotas orientales, con los monarcas asirios. Exterminaba, quemaba, desollaba a los enemigos y rebeldes. Sus cárceles, pobladas de fieras y vívoras, el pueblo las llamaba la *Sancahuasi* y la *Llachahuasi*, la *cavernosa* y la *pavorosa*. El analista indio Juan Santa Cruz Salcamayhua nos pinta los desfiles triunfales en que se llevaban las cabezas de los prisioneros degollados, untadas con sagre de llamas y enhiestas de picas. Hablando Sarmiento de la insurrección de los ollantaytambos y otros sútij, nos cuenta: "Pachacútej los mató a todos, quemó el pueblo y lo asoló;... y no dejó hombre a vida, sino algunos niños y viejas. Quedaron pueblos asolados hasta hoy". Destruídos los obstinados, mandó trasquilar a los otros tampus ya sumisos en signo de nivelación y reconciliación, como su padre lo hizo con los maras. Centralizó el gobierno, acabando con muchos de los privilegios de los confederados y obligando a tributar a los más genuinos quechuas (Provincias de Cotabambas, Cotanera y Ayмараes). Removía y nombraba a su sabor a los sinchis y curacas; y colocaba dondequiera representantes regios, *tucuyricuj*, delegados suyos provistos de omnímodos poderes, coincidiendo con los monarcas europeos más denodados en debelar el feudalismo. Tan grande uniformidad estableció en el imperio que en más de cien pueblos principales de él, los adoratorios de huacas repetían por nombres y series, la distribución de los lugares santos del Cuzco. Júzguese con esto si puede considerarse como una *libre confederación* de ayillos autónomos el rígido estado del Tahuantinsuyu, tal como salió de manos del mayor de sus monarcas. Otros rasgos completan el cuadro del absolutismo teocrático. Pachacútej se casó con sus hermanas, instaurando definitivamente el incesto ritual de los soberanos, para no mezclar la estirpe imperial y solar con las humanas: profunda semejanza con los conceptos predominantes en el Egipto y el Irán antiguos. Para las con-

quistas exteriores y la ampliación del territorio en el reinado de Pachacútej, son muy precisas las palabras que le dedican las Informaciones de Vaca de Castro: "Fue muy severo y gran justiciero. Reformó y sustentó lo que su padre Huiracocha dejó ordenado y mandado. Conquistó hasta lo último de los Charcas y Diaguitas, en los Andes, Carabaya y Apolobamba, Chunchos, Mojos y el Paytiti; y toda la costa hasta Tarapacá. No le quedó cosa en la costa que no la tuviese sujeta y debajo de su señorío, hasta los términos de Quito". Las enumeradas conexiones por el este, el sur y el norte (Antisuyu, Collasuyu y Chinchaysuyu), interrumpidas con frecuentes sublevaciones, no se hicieron sin duda en sólo sendas campañas, o sea en una expedición para cada rumbo respectivo. Se distinguen cuando menos en esta época tres jornadas para el Chinchaysuyu, con intervalos muy apreciables. La primera, encomendada por Pachacútej a su hermano Cápaq Yupanqui, debe de haber sido la de Pisco y Chincha, después de la pacificación de Lucanas, según se indica en la Relación del Archivo de Indias, publicada por Medina. (Véase también el capítulo XIII del Libro XII del Padre Cobo, y el cap. 49 del *Señorío de los Incas* de Cieza). Con esta expedición ha de relacionarse la reñida conquista del valle de Cañete o Huarco, porque es de todo punto inverosímil el parecer de Cieza, que la reserva, lo propio que la de Chincha, para el reinado de Túpaq Yupanqui, después de las conquistas de Quito, Puerto Viejo, Tumbes y el Chimú, contra toda probabilidad y toda conexión geográfica, como si un talismán hubiera protegido largos años a los yungas centrales en la Costa de la irresistible invasión incaica que ya se había adueñado de todas las comarcas circundantes. Igual cosa digo por supuesto de la sumisión de Pachacámac y Lima. En la Sierra el General Cápaq Yupanqui, asociado con otro hermano de Pachacútej que se llamaba Huayna Yupanqui, ganó, mediante una larga

expedición, las provincias de Jauja, Tarama (Tarma), Huánuco, Cajatambo, Huaylas y Conchucos. Estas últimas tenían el mismo dialecto y gobierno que las de Huamachuco y Cajamarca. Los ejércitos del Inca penetraron luego en Cajamarca y Contumazá, dominadas por Guzmango Cápaj, el cual había reducido a vasallaje los estados cuzqueños del Gran Chimú. Así vino éste a ser tributario del cuzco por el sojuzgamiento de su inmediato señor. Receloso Pachacútej del gran poder y triunfos de su hermano Cápaj Yupanqui, lo hizo ahorcar, lo mismo que a Huayna Yupanqui, en Limatambo junto al Apurímac, cuando se acercaban a la capital.

Aquí se coloca una terrible sublevación del Collao, sofocada por dos hijos de Pachacútej, Túpaj Ayar Manco y Apu Páucar Usno. Acudieron con sus contingentes, para combatir a los collas, los recién incorporados al imperio Guzmango Cápaj, señor de Cajamarca, y el Chimú, rey de Chanchán. Antes de salir a la debelación del Collao hizo el ejército incaico el gran sacrificio augural de la *callpa* y *capacocha*, enterrando niños vivos, simulacros de oro y plata, y quemando conchas marinas de *mullu*, cestos de coca y tejidos de cumbi. Vencidos los collas y destruida su ciudad de Ayaviri, que fue repoblada con colonos llevados de muy lejos, siguieron los generales de Pachacútej sosegando los Charcas hasta sus más extremos confines. Las dos últimas jornadas por el Chinchaystuyu las encomendó al hijo menor y predilecto, Túpaj Yupanqui, quien dominó en la fortaleza de Piajajalca al curaca Chuquisocta de Chachapoyas, no sin algún trabajo (Vid. Cieza y Sarmiento). Luego avanzó hasta Palta y Cañar, derrotando en esta última provincia al régulo Pízar Cápaj y a su aliado el quiteño Pillahuaso. Los nombres tetémicos de dichos caudillos de la región ecuatoriana, que significan respectivamente *perdiz* y *escarabajo* en quechua, si acaso no están traducidos en la versión incaica, serían

una prueba de la semejanza de lenguas entre quiteños y cuzqueños. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que las conquistas por esa parte meridional andina del Ecuador deben de remontar a Pachacútej, porque la Crónica de Cieza atestigua haber sido residencia de este anciano monarca cuzqueño el palacio de Tomebamba. Fueron también construcciones peculiares de Pachacútej los palacios de Yucay y otros en el valle de Urubamba, y los palacios y depósitos y templo del Sol en Ayaviri del Collao, recuerdos los últimos de una de sus victorias más preciadas. La postrera expedición a Chinchaysuyu bajo el largo reinado de Pachacútej, tuvo como la segunda un epílogo sangriento: mandó a matar por desobediente a dos hijos suyos, Tillca y Auqui Yupanqui, compañeros del Príncipe Túpaj. El receloso despotismo, la poligamia, la vida de serrallo, producían sin cesar tragedias demésticas. Con tales dramas familiares debe relacionarse la sucesiva asociación al trono de los dos hijos preferidos, Amaru y Túpaj. Un tiempo hubieron de ceñir ambos la borla en compañía de su padre, porque textos de antiguos cronistas, como Salcamayhua, nos muestran a los tres, en las solemnidades del Cuzco, asentados sobre iguales tronos o *tianas*, y coronados con iguales diademas, como ciertos faraones que llevo recordados y como la tetrarquía romana de Diocleciano. La corregencia de Amaru Yupanqui, es un verdadero aunque breve reinado, porque probablemente duró no sólo en vida de Pachacútej, sino también en los años posteriores a su muerte y quizá entonces sin colega de igual jerarquía, sino con el hermano como regente subalterno. Aquí está la clave de los dos Yupanquis sucesivos soberanos que Garcilaso reconoce y por los que tanto se le ha impugnado. Hace mucho tiempo que he expuesto mi teoría del caso, adoptada por varios modernos críticos, y que Means atribuye a D. Carlos Wiesse y al arequipeño

Morales del Solar, cuando éstos no han hecho sino reproducirla.

No es admisible hoy repetir, contra el sistema de los dos Yupanquis, la cansada cantinela de ser *una equivocación de Garcilaso*. No es Garcilaso el único ni el primero, entre los cronistas incaicos que la ha formulado. El tan primordial Betanzos, en la *Capacuna* o lista imperial que precede a su crónica, coloca después de Pachacútej, como décimo y undécimo de los emperadores del Perú, a Yamqui Yupanqui y Túpaj Inca Yupanqui; y es de advertir que no dice del segundo que haya sido hijo del anterior, como lo afirma de los otros. El Padre Acosta, que aprovechó tan buenas fuentes, pone de igual modo en su capítulo XXI dos Túpaj Inca Yupanqui sucesivos. La misma duplicación contigua de Yupanquis se halla en Pedro Pizarro y en D. Hernando de Santillán. Por fin, al describir Ondegardo las momias de soberanos incaicos que descubrió, designa entre ellas la de un Amaru Yupanqui. Este es el Yupanqui de Garcilaso, hermano y no padre de Túpaj Yupanqui. Antes que yo, lo había ya indicado el Dr. Pablo Patrón. Efectivamente, en casi todos los analistas incaicos se menciona a Amaru como heredero legítimo de Pachacútej, asociado a él en el gobierno. Ejerció el incazgo durante las largas ausencias de su padre y no es improbable que por tiempo breve, después de haber fallecido el mismo Pachacútej. Las Casas llega hasta señalar la duración de su corregencia: cinco o seis años, dice (cap. XXV de *Las antiguas gentes del Perú*). No sólo hay textos, sino monumentos del Cuzco, que descubren la realidad de ese reinado. En Collcampata, verdadero Capitolio de la metrópoli, se mostraba el palacio de la mujer de Amaru Yupanqui, con tal nitidez y énfasis como si hubiera sido la de una Coya, lo propio que el de su marido, Amarumarcahuasi, en las inmediaciones del Tambomachay del viejo Pachacútej. En la colina de Carmenca

se recordaba que el andén de Chacuaytapara, había sido jardín o chacra del mismo Amaru. Por los *Comentarios Reales* se echa de ver otra circunstancia en que estriba una conjetura de validez aún mayor, porque Garcilaso la ofrece inadvertidamente, creyendo distintos al Príncipe Amaru y al Emperador Yupanqui: y es que la hija del primero fue dada en matrimonio por Túpaj Yupanqui a Huayna Cápac, en calidad de esposa legítima y segunda Coya. La razón más verosímil de tan insólita autoridad y grado en un segundo matrimonio preexistiendo otra Coya, es que la hija de un Inca que había ocupado el trono y a quien siempre se le respetaron prerrogativas no obstante la abdicación, y de seguro hija también a su vez de otra Coya y hermana consanguínea, no podía entrar en el serrallo del príncipe heredero como concubina simplemente. Por eso Manco II, el contemporáneo de la conquistadora castellana, era reputado por los indios herederos legítimos después de muerto Huáscar, porque de ambos lados provenía de pura sangre solar.

El gobierno de Amaru Yupanqui se vió afligido y trastornado por grandes calamidades. La peste y la hambruna desolaron el imperio. Las campañas en el valle central de Chile fueron difíciles y conocieron descalabros. Una grande expedición a la Montaña por la región más frágil y tupida del Antisuyu, que logró el descubrimiento del gran río del Madre de Dios o Amarumayo, dió con sus penalidades y reveses pretextos a que los collas se salieran fugitivos de la selva y reanudaran sus terribles sublevaciones. Como no se les pudo reducir de pronto, el Consejo de los Orejones, apoyado por el dictamen del Sumo Sacerdote, que Cieza cita, decidió la deposición de Amaru Yupanqui. Lo acusaban de ser débil, pero belicoso, "demasiado humilde con todos y bien hablaba", como pintorescamente escribe Juan Santa Cruz Salcamayhua. Para legitimar el cambio de gobierno, la historia oficial expre-

saba que Amaru Yupanqui abdicó voluntariamente, en lo que puede haber buena parte de verdad, porque así se explica que lo dejaran vivo, y con honores y grandes privilegios. Decían además los cantares y los quipus que todo ocurrió en vida y por iniciativa del viejo Pachacútej, lo cual, aunque muy posible, no tiene la misma certeza. En las panacas reales, a lo menos según las palabras de Santa Cruz Salcamayhua, los descendientes de este Amaru se numeraban junto con los de su hermano y sustituto Túpaj Yupanqui; y así fueron, según Salcamayhua, del *Cápa* *ayllo*, en vez de haber integrado la *Inca panaca* del padre Pachacútej, lo cual de fijo habría ocurrido en virtud de regla constante, si no hubiera reinado por sí. Parece esto indicio fuerte de haber sobrevenido el fallecimiento de Pachacútej y la consiguiente constitución de su panaca antes del destronamiento de Amaru. Conjetura no desdeñable de hallarnos en esta ingerencia de Pachacútej revivido con una nueva mentira de la historia oficial, encaminada a cohonestar la revolución posterior mediante el amparo ficticio del gran soberano octogenario.

XI

EL INCA TUPAJ YUPANQUI

En la lección anterior expuse los argumentos para defender el reinado de Amaru Yupanqui, corregente cuando menos en los últimos años de Pachacútej, y muy probable sucesor suyo por algún tiempo en el supremo incazgo. Los textos que prueban la existencia de este monarca Yupanqui, distinto de los otros homónimos anteriores y predecesores de Túpaj, se hallan en Pedro Pizarro, D. Hernando de Santillán, el Padre Acosta y en la lista preliminar de la *Capacuna* de Betanzos, fuera de Garcilaso. De otro lado, Polo de Ondegardo enumera su mo-

mia entre las de los exhumados monarcas. Hay además los monumentos cuzqueños de los Amarumarcahuasi junto a Tambomachay, del palacio de Collcampata y del jardín de Chacuaytapara, que se atribuyen a él o a su mujer. Agregué como secundarios el matrimonio de su hija, en calidad de Coya legítima, con Huayna Cápac; y en fin la refundición de su *panaca* o cofradía gentilicia con el Cápac ayllu de Túpac, y no con el de su padre, según testimonio de Santa Cruz Pachacuti, lo que parece indicar, por la irregularidad de la agregación que ésta hubo de hacerse después de fallecido Pachacútej. Ha de considerarse como un arreglo imprevisto o urgente ficción legal, que no pudo provenir sino del forzado destronamiento de Amaru. Lo causó la tremenda sublevación del Collao, cuyo núcleo estuvo en la región del Azángaro, Asillo y Arapa, al norte de Huancane y del gran lago. Bien se comprende porqué fue la comarca de Azángaro el verdadero foco de la insurrección. Los caciques del Collao que la encabezaron, habían desertado del ejército del Inca al creerlo perdido y a punto de disolverse en el Amarumayu; y de allí se regresaron a las selvas de Carabaya. El nuevo Inca Túpac Yupanqui, tras largos años de esfuerzos, logró vencerlos en la batalla de Pucara; y prendió y ejecutó a los caudillos. En recuerdo de la decisiva victoria, erigió edificios y estatuas, junto a las construcciones y bultos preincaicos que allí existían, de todo lo cual Cieza habla. Los grandes curacas collas que escaparon de la matanza, como Cari, el de Chucuito, fueron presos al Cuzco; pero al cabo Túpac Yupanqui reunió en asamblea a éstos y a los demás; y en la misma ciudad de Chucuito les otorgó el perdón; imponiéndoles recibir y sustentar numerosas guarniciones de mitimaes. Volvió en triunfo al Cuzco. De allí salió luego para diversas campañas, sin que sea posible precisar, entre las divergencias infinitas de las versiones legendarias, el orden riguroso de ellas. Lo cierto es que Túpac Yupanqui

padeció muchas sublevaciones de provincias fronterizas y centrales, y algunas de los mismos orejones, como la conspiración de su hermano el visitador general Túpaj Cápaj. Prevenido de sus intentos, Túpaj Yupanqui lo mató, así como a sus consejeros y partidarios de más cuenta. A los inferiores redujo a la condición de siervos personales, llamados yanacunas, a diferencia de la gente común o vulgar, *hatunruna*, que venían a ser como siervos de la gleba en sus respectivos ayllos. No es imposible que corresponda a Túpaj Yupanqui, y no a su hermano predecesor Amaru Túpaj Yupanqui, haber aquietado la rebelión de los ollantaytambos, que es argumento del drama españolizado *Ollanta*. Estallaron otras insurrecciones en el norte del imperio. Al debelarlas, fue saqueada y destruída la ciudad de Chanchán, capital del Gran Chimú, vasallo infiel; y se rindieron las fortalezas de Jallca, Suta y Levantu, al sur de Chachapoyas. La indómita rebeldía de esta región de los chachas y maynas, frontera extremadura o *marca* oriental de Chinchaysuyu, se explica por su lejanía y fragosidad, y porque además la poblaban los emigrados chancas de Hanco Huallu, vecinos y confederados de congéneres de los mochicas, cuyos lejanos peregrinos parentescos marítimos he explicado ya. De ahí que en Chachapoyas, al lado de toponimia quechua y aymara (collacala por ejemplo), advirtamos nombres de la misma familia que las localidades de Trujillo y Lambayeque (Chilingote. Chisil, Mangalpón, Tupén, Yamón, Ocumal y Tadamal).

Tornando a vadear el Marañón hacia el oeste, Túpaj Yupanqui intentó conquistar la región de los bracamoros, poblada por flecheros salvajes, venidos del norte amazónico. Se vió obligado a desistir del empeño por la insalubridad del clima y las dificultades de la zona para el ejército serrano. Mucho mejor fortuna tuvo en la altura de lo que hoy se denomina Ecuador. Bien sea como prin-

cipe heredero o como único soberano reinante, ganó para el imperio las grandes provincias de Palta, el Azuay, el Cañar y Tunguragua. Continuando la conquista hacia Quito, reunió tan crecido ejército que los cronistas lo ascienden a doscientos cincuenta mil hombres (Sarmiento es el más puntual aquí y en todo lo de la historia externa). La mayor batalla se trabó en Latacunga, sitio estratégico en que se ha decidido varias veces la suerte de aquel país. La refriega fue muy reñida. En el momento de mayor indecisión, Túpaj Yupanqui, erigiéndose en su litera, llamó a la reserva de cincuenta mil hombres, cuyo empuje determinó la derrota de lo quiteños. Mataron los del Inca a los jefes contrarios, entre los que era el principal el curaca Pillahuaso. Fundó Túpaj Yupanqui, con mitimaes quechuas y orejones, la ciudad de Quito sobre su anterior poblado de los sojuzgados caras, proponiéndose tener en el Norte una segunda capital. La adornó con notables edificios; y aseguró con *pucarás*, o sea castillos, las comarcas inmediatas. Dejó como gobernador de la recién fundada Quito incaica al anciano orejón Chalco Mayta. Hubo de extender su poderío bastante más allá, por Otavalo y Caranqui, que su hijo Huayna Cápac no hizo después sino recuperar, pues consta en Cieza (*Señorío*, cap. 51) que Túpaj dejó en Caranqui un presidio o guarnición y porque ha de suponerse establecido en Imbabura su predominio para explicar la posibilidad y audacia de sus expediciones por las costas insalubres y remotas de Atacamez, Manta y Guayaquil.

La campaña más penosa e infructuosa parece haber sido la de Puerto Viejo y Manta. Entretanto, le llegaron nuevas de otro alzamiento reprimido en el Cuzco. Las comunicaciones con la lejana metrópoli eran ya muy fáciles y frecuentes, tanto que Cieza no vacila en compararlas de manera hiperbólica con las de Sevilla a Triana. Así, se supo luego el castigo de la alteración cuzqueña; y tran-

quilizado el Inca emprendió una larga navegación de cerca de 200 leguas por el Pacífico, en verdad atrevidísima y asombrosa para la inexperiencia y los escasos recursos de los conquistadores serranos. Durante sus jornadas por los litorales de Manabí y del Guayas, los mercaderes de la Puná le dieron noticias de unas islas remotas, y se resolvió a visitarlas. Eran las del archipiélago de Galápagos. Hay críticos que sostienen que fueron las mucho más próximas de Lobos, en la costa de Lambayeque; pero el nombre de Nina (fuego) que Túpaj Yupanqui aplicó a una de ellas, los puntos de partida y de retorno que Sarmiento señala (Manta y la Puná), y los largos meses que cuentan haber durado la navegación, convencen de que se trata de Galápagos. Conocida es la naturaleza volcánica de este archipiélago, y Nina pudo ser, en razón de sus cráteres, la isla de San Salvador, La Fernandina, o la de Santiago, ateniéndose a las denominaciones recientes. La otra isla que descubrió allí Túpaj Yupanqui, la de Afuera (*abua*), puede corresponder perfectamente a la Isabela, por su situación exterior. A ambas las apellidó *Chumpi*, que según la pronunciación suave o fuerte en el quechua significa, en el primer caso, ceñidor, faja, cíngulo, muy aplicable a una isla por metáfora, y en el segundo caso, color pardo o castaño, por el aspecto de sus rocas. El Inca llevó no menos de 20,000 hombres en gran número de balsas, sin duda de las de doble mástil y vela cuadrangular que usaban los naturales de aquellas costas, y en las que comerciaban con Panamá y Centro América. De vuelta de su excursión, envió los trofeos de esta jornada al Cuzco. Refiere Sarmiento que se conservaban hasta la Conquista en la gran fortaleza de Sajsayhuaman, y que todavía en 1572 era guardián de ellos el viejísimo orejón Urco Huaranca. Algunos de dichos trofeos, como la quijada de apariencia caballar, debían de provenir de las mismas Galápagos y en realidad corresponder a los

leones marinos (otaria jubata), que tanto abundaban en el archipiélago, conforme muy atinadamente lo indica Jiménez de la Espada en el curioso opúsculo relativo, cuyas noticias he aprovechado. Otros objetos, como pellejos de animales, habían de corresponder también a la privativa fauna insular (iguanes, etc.), y las madreperlas, de que habla Santa Cruz Pachacútej Salcamayhua, han podido extraerse de las mismas islas. Los restantes, como las esmeraldas (*umiña*), el oro y la gente de piel negra, han podido ser de la tierra firme de Manabí y Atacamez, porque es sabido que en esas comarcas tenían por ídolos las esmeraldas y los característicos asientos de piedra o de madera, dados a conocer por las exploraciones, arqueológicas verbigracia la de Saville. Uno de ellos pudo muy bien estar forrado de un metal raro y precioso, como refiere Sarmiento, porque en Atacamez se trataba por aleación hasta el platino. Los prisioneros de piel muy rege-negrada, mejor todavía que naturales de esas costas, habrían sido los grandes monos negros (mycetes), porque los Incas, como los Faraones, confundían a los cuadrumanos antropomorfos con los salvajes.

Otra gran conquista de Túpaj Yupanqui fue la del reino de Chile. Es probable que se iniciara desde los períodos de su padre Pachacútej y de su hermano Amaru, porque debió de requerir largo tiempo; y en Huaman Poma de Ayala aparecen un hijo del Inca Pachacútej, Apocámaj Inca, y varios capitanes conquistando Chile y sucumbiendo allí en aquel reinado de Pachacútej. Túpaj Yupanqui debió acudir, yendo por el lado de Tucumán, a extender y consolidar los primeros establecimientos incaicos en la región central de Chile. Ganó desde Coquimbo hasta el Maule. Todo el país, tras la extinción de la cultura de Tiahuanaco, había caído en el salvajismo antropófago. Lo habitaba una sola raza, la misma de los araucanos, que hablaba un idioma, apenas diversificado en

dialectos locales menos disímiles que los quechuas en el Perú. (Observación aplicable a cuanto hemos dicho de la homogeneidad de lenguas en el Perú). Dispersa la población, había infinidad de pequeños caciques o sinchis. Dos eran los más influyentes y mayores: el que tenía por apellido hereditario Michimalonco (tal vez de una palabra mapuche, que significa *hacer huir*, a no ser que venga del *mi-chij* quechua, pastor o gobernador, pero la segunda parte siempre será mapuche, lo que demostrará que no tradujeron por completo los nombres de jefes extranjeros), cuyos súbditos vivían en el valle de Aconcagua y Tancalonco, que ha de situarse por el Mapocho. Los Incas civilizaron a los indios chilenos. Les enseñaron a vestirse y a cultivar la tierra. Llevaron el maíz y el poroto; y los animales de carga andinas, el llama y el huanaco, se aclimataron en el valle central y fueron utilizados en él hasta mucho después de la Conquista castellana. Túpaj Yupanqui condujo a Chile numerosos mitimaes de todo el Tahuantisuyu, e impuso gobernadores o *tucuyricuj*. Hizo trabajar lavaderos de oro y minas de otros metales. Estableció los confines de sus dominios en las orillas del Maule, colocando allí hitos, y murallas o pircas divisorias.

Retornando de Chile, parece que tuvo que dominar otras sublevaciones en la porción central del imperio, con escarmientos muy crueles. Los rebeldes fueron desollados vivos para hacer de sus pieles tambores. La última expedición de Túpaj Yupanqui se dirigió al Oriente por el Antisuyo, hacia el lado de Paucartambo y el curso inferior del Urubamba, en que hizo plantar muchos cocales. Este ensanche por las zonas de la Montaña, que se continuó igualmente en las entradas de Camata, los Mojos y Santa Cruz, donde Túpaj Yupanqui levantó fortalezas, explica la moda incaica de los *queros*, vasijas grabadas con adornos de influencia amazónica.

En sus campañas, Túpaj Yupanqui se hacía preceder, como los soberanos aztecas, por mercaderes que le serían de espías. Esta clase de vendedores ambulantes adquirió alguna importancia en el Perú, aunque menor que en Méjico. Negociaban con oro, plata, pedrerías, telas finas y plumerías de lujo, permutándolas con artículos de los bárbaros y salvajes. Correspondiendo a la prosperidad general, el período de Túpaj Yupanqui se distinguió por construcciones suntuosas. Acabó la del Coricancha, en cuyos jardines artificiales incustró las esmeraldas y perlas traída del Norte, junto con las turquesas andinas; y prodigó las chaperías de metales preciosos. Adelantó mucho la gran ciudadela de Sajsayhuaman, comenzada por su padre y su hermano. Levantó además en el Cuzco el palacio de Pucamarca; en Chaca y Pucara del Collao, edificios que rivalizaban con los preincaicos, lo propio que en Huánuco el Viejo; y en el Norte, los de Tomebamba, Latacunga y Quito, y los templos anexos. El palacio de su predilección fue el de Chincheros, en las cercanías del Cuzco, hacia el Noroeste. Allí murió muy viejo, aseguran que de más de ochenta años. Su cuerpo, enterrado en Muyna con gran tesoro, fue profanado y quemado por Chalcochima y Quizquiz, Generales de Atahuallpa, quienes, como si hubieran querido vengarse del conquistador de Quito, diezmaron con ensañamiento el ayllu de sus vástagos y le arrebataron las joyas y tierras señaladas para su culto. Garcilaso se equivocó al imaginarse que entre las momias descubiertas por Ondegardo estaba la del propio bisabuelo del mestizo cronista. Ondegardo descubrió sólo las cenizas, recogidas en un cántaro, junto al cual estaba su doble o sea la estatua de *huauqui*, que se llamaba *cuxichuri*. Todo se halló en Calixpuquiú. Atribuíanse a Túpaj Yupanqui máximas en honor del dios Huiracocha y de la superioridad de éste sobre el Sol; y acerca de los hijos de los plebeyos, a quienes denegaba la instruc-

ción superior religiosa y política, confirmando las sentencias de su predecesor Inca Roja, el que fundó la dinastía de Hurin Cuzco. Nos transmite aquellos dichos el Padre Valera.

Fue tenido como el mayor de los Incas, porque era más amado que Pachacútej. Entre sus renombres, sus vasallos le dieron con insistencia el de Túpaj Yaya (Padre resplandeciente), como queriendo expresar su dúplice, mixto de majestad y amor. Hasta el mismo Sarmiento de Gamboa, acérrimo detractor del imperio incaico, lo alaba reconociendo que fue "animoso, franco, favorecedor de pobres y piadoso en la paz si bien cruel en la guerra y castigos". Regularizando y elevando a ley dinástica el incesto ritual establecido por Pachacútej, se casó con su propia hermana, para asegurar en el primogénito la integridad de la divina estirpe, al modo de los grandes Faraones. Si queremos compararlo, a más de éstos, con un monarca de tipo de veras homólogo, debemos acudir al azteca Ahuítzoltl, a quien nuestro Túpaj Yupanqui se parece mucho más que a Montezuma el joven, no obstante las coincidencias aristocráticas y esótericas con el último. Ahuítzoltl y Túpaj Yupanqui son hermanos por generosidad de carácter, extensión de conquistas, semejanza de glorias en el gobierno y por grandes edificaciones. Hasta se parecen en haberlos precedido en el trono hermanos de mando efímero y de menores méritos (Tizoc y Amaru Yupanqui), en las múltiples y porfiadas rebeliones que tuvieron que sofocar, aún en el centro de sus estados, y haber dilatado de preferencia sus dominios por las riberas del Océano Pacífico, que recorrieron como ninguno de sus antecesores.

XII

EI INCA HUAYNA CAPAJ

Huayna Cáraj se llamó de príncipe Titu Cusi Huallpa. Era hijo de Túraj Yupanqui y de su esposa y hermana la Coya Mama Ojlo. Así lo aseguran Sarmiento, Cobo, Garcilaso, Cabello Balboa, el Padre Morúa y las Informaciones de Vaca de Castro. No era el mayor, sino el menor de los legítimos, conforme lo recuerda el Padre Las Casas y los confirma el descubierto recientemente Huaman Poma de Ayala. Para el sistema incaico, la legitimidad de la herencia no dependía de la primogenitura sino de la previa elección por el antecesor y de la pureza del origen solar, prefiriéndose por eso a los nacidos en las Coyas, que durante los últimos reinados eran hermanas de sus maridos. Tales requisitos se reunieron en Huayna Cáraj, según las más fundadas noticias y conjeturas. El Oidor Santillán (*Relación*, párrafo 18) nos certifica que recibió la borla de heredero por designación de su padre Túraj Yupanqui, mucho antes de morir éste. El paradójico incanista Ricardo Latcham, sin acatar el peso de las citadas autoridades, declara porque sí que Huayna Cáraj no era hijo de Coya, ni su madre pertenecía a la raza de los Incas Yupanquis, ni fue instituido por Túraj, sino por los Orejones, contrariando la voluntad póstuma del monarca y atendiendo a que “el joven príncipe se había mostrado General afortunado y hábil en el reinado anterior” (*Los Incas, sus orígenes y sus aylllos*, pág. 318). Montón de afirmaciones gratuitas. Las palabras de Las Casas, que ni siquiera cuida de alegar, se limitan a decir que Túraj Yupanqui lo prefirió a los otros legítimos mayores, “porque mostraba más señales de virtud y cordura”; pero esa suposición del buen Fray Bartolomé no permite negar ni el nacimiento legítimo, ni la designación paterna, puntos

tan abonados por los restantes cronistas. Y por más que sea cuestión de importancia muy secundaria, sirve para enseñarnos a desconfiar de las antojadizas y dogmáticas afirmaciones de cierta escuela que se reputa modernísima reformadora de la protohistoria peruana. Ninguna muestra de gran talento militar ni político podía haber dado Inti Cusi Huallpa, pues todas las tradiciones convienen en reconocer que ascendió al trono muy mozo, casi adolescente, menor de veinte años y necesitado aún de curatela. El quipocamayó Catari, aunque alegado por Anello Oliva, que es autor de escaso crédito para la edad incaica, declara que no tenía más de diez y seis años; y así hubo de ser, ya que Juan Santa Cruz Pachacuti lo llama *muchacho de poca edad*, y explica que le era menester un gobernador y coadjutor. Las Casas repite que era *bien mancebo*, y Huaman Poma de Ayala que *era infante muy menor*. Así lo acredita su nombre de entronización Huayna (mozo) y la actitud que observó a los comienzos de su reinado, que es la incierta y retirada que corresponde a un pupilo inexperto.

El pretense nombramiento del bastardo Cápag Huari por Túpaj Yupanqui moribundo se redujo a una intriga de serrallo. La fraguaron dos concubinas del anciano monarca, Chuqui Ojillo, madre del pretendiente, y Curi Ojillo, que tenía con ella deudo próximo. Se tramaba esto en el palacio de Chincheros, situado entre Anta y el valle de Urubamba, y que fue la residencia en que falleció el gran Túpaj. La emperatriz viuda, Mama Ojillo, que parece haber sido de gran prudencia e influjo, una especie de *sultana validé*, dominó la situación con el auxilio de su cuñado el príncipe Huaman Achachi. Ocultaron en Quispicanchis a Inti Cusi, para salvarle la vida de la conjuración; y debelaron ésta en el Cuzco matando a las dos concubinas, a quienes acusaron de haber envenenado al Inca viejo, y desterrando o ejecutando al pretendiente, que no

volvió a aparecer en la corte. Enseguida coronaron a Inti Cusi. Tomó el apropiado nombre de Huayna Cápa, que significa el *Señor muchacho*, y como por serlo necesitaba un tutor, el Consejo de los Orejones, que es probable estuviera compuesto, a más de los cuatro virreyes, por los otros ocho príncipes mayores que tenían el privilegio de llevar las varas del palio imperial o *achigua*, eligió como *Inca Ranti* o lugarteniente del imperio a Apu Huallpaya, apodado el corcovado o *jumillu*, a quien tal vez su deformidad, muy apreciada en los bufones cortesanos del Cuzco, había granjeado el favor regio y que era, no tío carnal del soberano adolescente, como quiere el Padre Cobo, sino primo hermano de su padre, hijo de aquel General Cápa Yupanqui que conquistó el centro y norte del Perú y fue degollado por celos de Pachacúte, en Limatambo del Apurímac. La elección no era muy acertada, pues era presumible que con tal herencia de agravios y rencores contra la rama imperial, maquinara el regente el derrocamiento de su pupilo. Así sucedió. Huallpaya, el jorobado, procuró despojar de la suprema corona o borla a Huayna en provecho de uno de sus propios hijos. Pero velaban la Coya madre y el príncipe Huaman Achachi, ahora virrey del Chinchaysuyu y en consecuencia uno de los cuatro supremos dignatarios asistentes al trono. Descubrió en un pueblo de su jurisdicción, precisamente en el Limatambo recordado, las armas ocultas en cestos de coca, preparadas para la revuelta y denunciadas por unos mercaderes. Ante el repetido peligro, alejaron otra vez al joven soberano de la capital y lo llevaron a Quispipampa. El Consejo de los Grandes Orejones permaneció fiel a Huayna Cápa y Huaman. Hubo una sangrienta refriega entre ambos bandos: según Santa Cruz Pachacuti en el mismo Cuzco, porque alude al templo donde se guardaba el estandarte real, *cápa runancha*, que ha de ser el Coricancha; según Cabello Balboa en Quispipampa y en presencia del Inca. La nue-

va conjuración fue vencida y ahogada en sangre. Huallpaya, a pesar de su numerosa guardia de porteros y alabarderos, tuvo que comparecer ante sus enemigos. Fue increpado, arrojado por una ventana, preso por Huaman Achachi y decapitado con todos sus hijos y cómplices.

A poco de estos acontecimientos fue declarado Huayna Cápac mayor de edad y con grande ostentación casó con una o dos de sus hermanas, a fin de asegurar la sucesión legítima. Asumió igualmente la mayordomía del Sol o sacerdocio supremo, que antes desempeñaba el Huillac Umu denominado Apu Challco Yupanqui. Así se consolidó más el poder del Inca, concentrando en sí las facultades políticas y eclesiásticas, como lo hizo Pedro el Grande en Rusia. No obstante la mayoría de edad, Huayna obedecía los dictámenes de su madre Mama Ojlo y le fue tan apegado que no se ausentó del Cuzco mientras ella vivió. Compartían la influencia con el virrey del Chinchaysuyu Huaman Achachi, tío del monarca, el hermano entero de éste, Auqui Túpac, que era el secretario general o visir, y el hermano bastardo Sinchi Roja, que después fue *Inca Ranti* o Lugarteniente General en el Cuzco, cuando tuvo que ausentarse Huayna, a poco de haber muerto su madre.

Porque exigían una campaña rápida las sublevaciones en las remotas provincias, inevitables al sobrevenir cambios en el trono y minoridades regias. Esta vez las más alteradas fueron también las últimas del Chinchaysuyu. Huánuco y Chachapoyas, pobladas por emigrados chancas y yungas. El Palentino habla igualmente en este período de la del Gran Chimú, debelado y muerto con la oportuna venida de Huayna Cápac. En Cieza hay claras señales de dos guerras contra los chachapoyas y los bracamoros, y de las dificultades excepcionales de estas jornadas. No se trata ahora de duplicación de leyendas, ni de la transferencia de tradiciones de anteriores reinados,

en que tanto he insistido. Es la natural repetición de la vida, la reacción lógica que habían de provocar las desmesuradas conquistas de Pachacútej y Túpaj en tan extensas y quebradas regiones. Es muy verosímil que aquí se coloque el primer viaje de Huayna a Tomebamba, adonde lo atraían los recuerdos de su nacimiento y primeros años. Amplió y adornó las moradas en que vivieron sus padres; y como estaba reciente el luto de su madre, la Coya Ojlló, le erigió una estatua de oro en los aposentos del nuevo palacio. Se llamó éste Mullucancha o Mulluturu, porque decoraban sus habitaciones, templando la adustez del estilo incaico, las conchas marinas rojas, semejantes a los corales, puestas en moda por la mayor relación con las civilizaciones costeñas. En uno de los barrios de Tomebamba se levantó el Usnu, gran piedra consagrada al Sol y destinada a la proclamación de las sentencias judiciales. Aun se perpetúa su nombre en uno de los barrios de la moderna ciudad de Cuenca.

De Tomebamba y la región de Quito, hubo de volver entonces al Cuzco Huayna Cápa y emprender los otros viajes al Cuntisuyu y al Collasuyu. Fue gran peregrinante, muy solícito en su obligación de recorrer todos los dominios. Los indios contaban de él que no dejó porción alguna del Tahuantinsuyu por visitar y atender. Acudía en todas al reparo y apertura de los caminos, y a la esmerada distribución de las aguas. En Chuquiabo (La Paz actual) dispuso lo conveniente para el laboreo del oro y la cría de los ganados. En Cochabamba, que desaguó e irrigó, dejó establecidos mitimaes collas, porque esta raza multiplicaba mucho, y se mostraba entonces dócil y fiel, escarmentada con los castigos de Pachacútej y Túpaj Yupanqui. Por los tardíos mitimaes collas se explica el aymarismo en algunos distritos de Cochabamba. Hizo Huayna Cápa reparar luego las fortalezas de su padre contra los chiriguanas; y por el reino de Tujma y Umahuaca,

noroeste de la actual Argentina, penetró en Chile. Esa era la vía más ordinaria de las expediciones chilenas de los Incas. En las palabras de Cieza, que habla a tal propósito de cordilleras nevadas, hallamos que Huayna atravesó los Andes mucho más abajo de las Charcas y Chichas, al oeste de la región del Tucumán, dependiente de aquellas provincias. En cuatro puntos se hallan vestigios de los caminos incaicos del reino de Tujma al de Chile. El primero es al sur de la puna de Atacama, por el puerto de San Francisco, al norte del Salar de las Lagunas Verdes. El segundo, lo que todavía se llama Paso del Inca, en la cordillera fronteriza a Huasco. El tercero, señalado por el escritor colonial Olaverría, es el de Mendoza y Uspallata, que cruza la cordillera por la misma línea del ferrocarril, en donde un lago y un puente atestiguan aún por sus nombres los recuerdos incaicos. Y por fin, más abajo, el de Tupuncatu (onomástica por entero quechua) que conduce en derechura adonde hoy se levanta Santiago. Refiere Cieza que Huayna Cápac demoró en Chile "más de un año, entendiendo en refrenar aquellas naciones y asentarlas de todo punto". (*Señorío*, cap. 62). A la sazón, el Chile propiamente dicho era el valle de Aconcagua y Quillota, que estaba sometido desde Túpac Yupanqui. El sucesor trajo mitimaes para las nuevas tierras que los adelantos agrícolas permitían cultivar, y organizar el trabajo en los lavaderos de oro. Parece que los chilenos se resistían a ser transportados como colonos a otros puntos del imperio, lo cual motivó turbulencias, antes de la llegada del Inca, contra los gobernadores orejones. Por un texto de la crónica del Padre Anello Oliva se barrunta que dos de éstos se llamaban respectivamente Hananaya o Huaman Aya y Chalco. Huayna Cápac los separó, substituyéndolos con los curacas chilenos que llevaban los mismos nombres de los que sujetó su padre y eran seguramente hijos y herederos de ellos: Michimalonco, el de Aconcagua, jun-

to al cual asistía una guarnición en la fortaleza incaica de dicho pueblo, y Tancalonco, que ha de ser su vecino meridional, el de Malloco y Talagante, en cuyas tierras, inmediaciones de la actual Santiago y orillas del Maipo, existía otra fortaleza de los Incas. La substitución de gobernadores incaicos por jefes nativos, hecha sin duda para aquietar a los chilenos, ilustra sobre el régimen de aquellas extremidades o marcas del Tahuantinsuyu. Eran, no provincias unificadas, sino regiones vasallas o hereditarias satrapías, como las de los análogos imperios orientales, como las de los régulos sirios y fenicios que obedecían a los grandes faraones, como los sátrapas o virreyes aqueménides en los extremos confines de Saca y Maca del primer imperio persa, o los dinastas armenios y árabes y los *chatradar* y *marzbans* del sasánida. No cayó mal el sistema en Chile, pues bajo él hubieron de realizarse los mayores ensanches del poderío peruano, el cual rebasó considerablemente la frontera del Maule, indicada como definitiva en la mayor parte de las historias incaicas. Cieza, que la señala como tal en el período de Túpaj Yupanqui (*Señorío*, cap. 60), agrega que Huayna Cápac “anduvo por la tierra del Chile mucho más que su padre, hasta que dijo que había visto el fin de ella, mandó hacer memorias por muchos lugares para que en lo futuro se entendiese su grandeza”. En efecto, esos vestigios se descubren por restos arqueológicos o en páginas de los cronistas, y prueban que allende el Maule los ejércitos incaicos bajo Huayna Cápac conquistaron, no sólo el territorio llamado de los *purumaucas*, hasta el Itata, sino una parte del que se hizo tan famoso después bajo el nombre del Arauco. Huayna Cápac debió de pasar al otro lado del Biobío. El Padre Rosales en su historia refiere que a cinco leguas de la ciudad de Concepción había siete pequeñas pirámides incaicas en que celebró el Inca, con sacrificios humanos, el gran rito de la *callpa*. Y aun

hay tradiciones de haber llegado a La Imperial y Temuco, lo que se corrobora con el hallazgo de huacos de estilo incaico en pleno territorio de Valdivia. Así comprendemos por qué Montesinos, el Padre Las Casas, y lo que es más, el Cristóbal de Molina de la *Destrucción*, afirman que el imperio y sus caminos se acercaron al Estrecho de Magallanes. Huayna Cápac regresó por el camino de la Costa, el de Coquimbo, Copiapó y Atacama, como muy explícitamente lo dice Sarmiento. De allí volvió a Cochabamba, a vigilar los trabajos de repoblación y desecamiento y las colonias collas. Al este de Cochabamba y al norte de Mizque reedificó la gran *pucara* o ciudadela de Picona, construída por Túpac Yupanqui, principal defensa contra las depredadoras correrías de los chiriguanas. Formaba parte de un sistema continuo de fortificaciones, semejante al *limen* romano en Escocia o en Germania; pues si los chilenos eran como los partos y mesopotamios de este nuevo imperio romano de América, los chiriguanas venían a ser como los merodeadores germanos, que irrumpían de una región de bosques y ciénagas. Por el lado del Antisuyu en Charcas y las entradas de Mojos y Chunchos, constituyó el imperio incaico algunos pequeños reinos tributarios, iguales a sus curacazgos chilenos y al de Umahuaca en Tujma. Queda de ello testimonio en algunas relaciones, como en la del cura de Mataka D. Diego de Alcayaga, que habla del rey orejón Huacani, de otro Condori hermano suyo, y de las fortalezas de Sahuaypata y Huanacopampa, guarnecidas de presidios cuzqueños. Los reyes vasallos de Mojos, que venían a ser jefes de estas marcas o extremaduras del Tahuantinsuyu, daban a sus mujeres principales el título de Coyas, y vivían rodeados de eunucos y criadas quechuas (*chinas*).

Estaba Huayna Cápac recorriendo y reparando los monumentos del Titijaja y ordenando la construcción de un palacio incaico en Tiahuanaco (cuyas ruinas son aún

muy visibles y se distinguen perfectamente de las del primitivo imperio), cuando le llegó la noticia de la sublevación de Quito, Cayambi y Huancavelica, las provincias más indóciles del Norte, que había asesinado a los gobernadores incaicos. En la misma secular metrópoli de Tiahuanaco se reunió la gran asamblea de curacas que refieren Cabello Balboa, Sarmiento y Santa Cruz Pachacuti (la Pomacancha de Pachacuti debe de ser un barrio de Tiahuanaco). Otras juntas hubo después en el Cuzco en que se distribuyeron los contingentes de tropas y se designó como sucesor del trono a Titu Cusi Huallpa, el Huáscar futuro que a su primer nombre, el mismo usado por su padre antes de la coronación, agrega los sagrados de Inti e Illapa. Recibió Cusi Huallpa con toda publicidad la borla de heredero, según Santillán lo expresa, y para suplir la deficiencia de su memoria, fueron nombrados regentes, mientras no volviera al Cuzco Huayna Cápac, los viejos tíos de éste, Huaman Achachi, antiguo virrey del Chinchaysuyu, y Apu Ilaquita, y su hermano doble, el secretario general o valido Auqui Túpac Inca. El ejército que se puso en marcha, con los envíos de todas las provincias, era numerosísimo. Con precisión contaron los orejones a Cieza que llegaban a doscientos mil hombres de guerra (Iscaypachahuaranca-runá), sin los yanacunas y mujeres de servicio. Detuviéronse en Vilcas, leyendaria capital de los chancas, a inaugurar el nuevo templo del Sol. Se celebró allí la gran fiesta de la *cápac raymi* con abundantes sacrificios de niños y adultos. La milicia privilegiada de los Orejones regresó al Cuzco, a traer como talismán para la campaña la piedra divina de Huanacauri. Después de la reseña, la inmensa hueste se puso en marcha hacia el valle de Jauja, que fue el segundo sitio de reunión para el alarde y los sacrificios. De Jauja, según Pachacuti, bajó Huayna Cápac en persona a los valles de Pachacámac y Lima con el fin de consultar a ambos fa-

mosos oráculos. Hizo donativos muy valiosos a los dos templos de Irma, así al del Sol como al de la vieja divinidad local recordando la devoción que le tuvo su padre Túpaj Yupanqui. En el valle de Lima, al contrario exhumó y despojó una huaca que, según el Padre Morúa, era sepulcro de un antiguo jefe marítimo, venido de la isla de la Puná. Estas jornadas aparecen en Cieza posteriores a la primera campaña de Quito, pero es poco probable que Huayna Cápac regresara a la costa central interrumpiendo y descuidando las reñidas guerras del Norte. Por Cajamarca pasó a Tomebamba, que ensanchó y embelleció hasta convertirla en segunda ciudad del imperio, la verdadera capital norteña. Fue, en esta segunda parte de su reinado, su residencia ordinaria y el cuartel general para las campañas contra los rebeldes del Norte, las cuales cuando menos no bajaron de cuatro. Comenzó la primera con la ocupación de Puruhuay y de Quito insurrectos. La vanguardia penetró hasta las tierras de Pasto. Los ejércitos peruanos, descuidados después de la victoria, se dejaron en aquel confín sorprender por los naturales, que hicieron en ellos gran estrago, particularmente en los collas. Perecieron sus capitanes, nativos de Hatuncolla y de Ilave. Retrocedieron los soldados del Inca hacia Quito y tuvieron que contramarchar los mismos hijos del Emperador, Ninan Cuyuchi y Atahualpa, que iban con los socorros. Huayna Cápac se irritó mucho con este desbarato, que fue como el Roncesvalles del conquistador cuzqueño. Preparó una segunda expedición, que entró desolando toda la tierra y exterminando a sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Estableció guarnición y gobernador en Rumichaca y se regresó a Tomebamba. Aquí se intercalan expediciones secundarias para aquietar las provincias vecinas a Tomebamba, como la misma del Puruhuay y las de Macas, Bracamoros y Nolitria. La segunda campaña, con nuevos refuerzos cuzqueños y collas,

se dirigió al noreste de Quito, contra los cayambis y otavalos. Delante de las fortalezas de Cochasqui el Inca estuvo a punto de sucumbir. Ante el impulso de los enemigos, la milicia especial de los Orejones retrocedió. En el tropel de la huida, el soberano cayó de sus andas de oro, y tuvo que combatir a pie, con la lanza de su padre Túpaj Yupanqui (Santa Cruz Pachacuti). La batalla reñida e indecisa y la actitud del monarca nos recuerdan a Ramsés II peleando en Codshu contra los hititas. Salvado el ejército a duras penas, mostró Huayna Cápac en la retirada justo resentimiento contra el cuerpo de los Orejones, que se habían desbandado. Ofendidos éstos a su vez por el desvío del monarca, pretendieron regresar al Cuzco, llevándose la piedra sagrada de Huanacauri. Temeroso de perder el núcleo hereditario de su ejército, el cuerpo especial incaico que contaba no menos de veinte mil combatientes, se vió obligado Huayna Cápac a rogarlos y desenojarlos, repartiéndoles gruesos donativos de víveres, ropas finas y comidas, y sirviéndose hasta de la intercesión de antiguas concubinas de su padre y del recuerdo de la Coya Mama Ojillo. Remediada la disensión de los Orejones, se emprendió con ellos y con tropas de refresco la tercera campaña. El asedio de los cayambis fue también esta vez durísimo. En él pereció el hermano predilecto de Huayna Cápac, el General Auqui Toma Inca. Para vengarlo, acudió el mismo Huayna Cápac con refuerzo; y mediante algunos ardides de primitiva estrategia, alcanzó a tomar los fuertes y a empujar a los vencidos hasta una laguna que está legua y media al norte de la actual ciudad de Ibarra. Rodeados allí los cayambis, hizo degollar con espantosa crueldad más de veinte mil en las orillas. Por eso tomó el lugar el nombre de Yahuarcocha (laguna de sangre). Vino después la ejecución del jefe rebelde, Píntuj (nombre quechua totémico, caña brava), que fue desollado. De su piel hicieron un tambor,

enviado al Cuzco como trofeo. No quedaron con vida en toda la comarca de Imbabura sino mujeres y niños, por lo que fue denominada esta nación de *huambracunas* (los muchachos). Vino a interrumpir la guerra de Quito la noticia de una gran invasión de los chiriguanas en Charcas. Rompiendo la línea de fortalezas de la frontera como Cuzcotullo, penetraron hasta cerca de Chuquisaca. El Inca despachó un ejército de veinte mil soldados de la región de Chinchaysuyu al mando del general Yasca. Se puntualiza que cada una de las naciones que componía este cuerpo expedicionario conducía, como especial paladión, sus sendas huacas peculiares. Iban así la *Catequilla* de Cajamarca, las de Huamachuco y Bombón, y la *Curichaculla* de Chachapoyas. En el Cuzco, los lugartenientes o visires Auqui Túpaj y Apu Ilaquita proveyeron a Yasca de nuevos recursos. Se hizo otra leva en el Collasuyu. El robustecido ejército rechazó a los salvajes chiriguanas y reconstruyó el sistema de fortificaciones que les cerraba la subida a las provincias del Alto Perú.

Entretanto, Huayna Cápac avanzó desde Quito a Pasto para la ocupación definitiva de las provincias septentrionales. En las riberas del Angasmayo colocó sus confines, señalándolos con estacas recubiertas por planchas de oro. De allí bajó hasta el mar, penetrando en las calurosas e insalubres comarcas de Temuco, Cayapas, Atacámez y Cojimíes. Las penalidades de dichas jornadas fueron extraordinarias, y muy escaso el fruto. Muchas veces los soldados incaicos se vieron en riesgo de morir de hambre y sed, diezmados por los enemigos invisibles e inalcanzables en las espesuras. Fue como la campaña de Cambises en Etiopía o las de Darío en la Esticia o Alejandro en el Indo. El botín en Coaque se hizo algo más de apreciar: esmeraldas, turquesas y conchas multicolores. Bajó después el Inca a las provincias de Manabí, Manta y los Huancavilcas, que había recorrido su padre. Mandó cons-

truír la gran calzada que aun lleva su nombre junto a la ciudad de Guayaquil. Pasó a la isla de la Puná para castigar a su principal cacique Tumpalla (sobrenombre quechua de vituperio, que significa *el falaz o aleve*, el cual había hecho naufragar y asesinar a los Orejones de guarnición, desatando en alta mar las correas de las balsas que los conducían. Tanto enojo recibió el Inca de esta traición que ordenó componer sobre ella y su venganza un cantar triste, para que se lo entonaran los días de luto o de ayuno; rasgo muy oriental, que recuerda escenas de la corte asiria.

De la costa volvió a Tomebamba por el lado de Molluturu. Una terrible peste de viruelas despoblaba el imperio. En el Cuzco habían muerto de ella sus ministros Auqui Túpaj y Apu Ilaquita y su hermana Mama Cuca, la que no había querido ser su Coya y era *mamacuna* o abadesa de las ajillas, según la relación de Pachacuti. Huayna Cápac se fue a Quito, sobresaltado con los estragos de la epidemia y con las extrañas nuevas del desembarco de los españoles en las costas de Tumbes y la Puná, que él acababa de visitar. Pidió que le enviaran a los dos extranjeros blancos que se habían quedado en Tumbes; pero no llegó a verlos, porque ya los habían matado los indios, o porque no le dió tiempo de examinarlos el contagio de la peste. La leyenda contaba que cierto mítico mensajero le entregó una caja, de la que salieron las mariposas negras de la enfermedad y la muerte. Para evitarla, se había recluso en uno de sus aposentos de piedra, sujetándose a la más estricta penitencia ritual. Mandó consultar al favorito oráculo de Pachacámac, que prometió la curación si lo exponían a los rayos del Sol su padre. Tan luego como lo sacaron al aire, expiró. Cuenta Cabello Balboa, y no es improbable, que escribió sus últimas voluntades, a la manera del dios Huiracocha, sobre un bastón o *tauna*, por medios de signos y rayas de colores,

descifrados no sin discusión por los quipocamayos. Pretenden que por ellas dejaba la corona a su hijo Ninan Cuyuchi; pero parece ficción embustera del partido anticuzqueño, porque Inti Cusi Huallpa o sea Huáscar, estaba ya reconocido y publicado como heredero legal, se educaba en tal calidad dentro del Curicancha, y los más de los cronistas lo confirman. Como quiera que haya sido, Ninan Cuyuchi pereció también en Tomebamba en la gran mortandad de la peste, por la que sucumbieron asimismo muchos de los generales y de los dignatarios de la corte. No obstante, lo que puede inferirse de un estudio que publicó el Dr. Pablo Patrón en la Revista de la Sociedad Geográfica, es de creer que dicha pestilencia, mucho mayor que la que azotó el Tahuantinsuyu en el reinado de Pachacútej, fuera la misma que padecieron los conquistadores castellanos en las costas de Coaque y Puerto Viejo.

Huayna Cápac no debe de haber fallecido de avanzada edad como sus predecesores, a pesar de lo que Sarmiento por rutina escribe (pág. 111). Su muerte fue violenta, y dejó hijos chicos. Su reinado señala el comienzo de la decadencia incaica, que con tanta y tan dolorosa claridad había de patentizarse poco después, con la guerra de Huáscar y Atahuallpa. Se advierten bajo Huayna Cápac los primeros síntomas indudables: intrigas de serrallo y de corte; corrupción de las clases directoras; insubordinación y flaqueza bélica en la milicia especial de los Incas u Orejones; campañas difíciles, victorias dudosas e insurrecciones multiplicadas. Para castigar una conjuración del Cuzco, Huayna Cápac, después de ordenar el suplicio de los cabecillas, sujetó los cómplices comunes a extremos trabajos forzados, obligándolos a acarrear piedras desde el Cuzco a Tomebamba. Si el hecho no es auténtico, por lo menos la leyenda significa lo despiadado del castigo y lo gigantesco de las faenas penales impuestas a los súbditos rebeldes. Hemos visto cuál fue la cru-

deza de la represión en Yahuarcocha. El retrato que a través de los cronistas nos traza de Huayna Cápac la tradición de los propios indios, es el de un monarca infatigable pero suspicaz y muy cruel, propenso a escuchar lisonjeros y delatores. Era, dicen, pequeño, doblado y recio de cuerpo, aunque bien formado, muy grave de semblante y muy taciturno, celosísimo de su autoridad y de sus mujeres y desenfrenado en el harén. Con frecuencia se excedía en la bebida, aunque no perdió jamás la cabeza. Orgullosa, constante, emprendedor, vengativo, muy diligente en recorrer todo el imperio, su actividad y su recio pulso mantuvieron no sin gran trabajo la unión de los desmesurados dominios que ya pugnaban por dividirse. La mole enorme del Tahuantinsuyu tendía al divorcio y fraccionamiento, como en el Egipto y China, como en la Caldea e Israel, con las capitales antagónicas del sur y del Norte, del Cuzco, Tomebamba y Quito, que constituían respectivos centros de atracción y divergencia. Cuando Huayna Cápac combate junto al río Pisque, en las dudosas batallas de Cochasqui, nos trae a la memoria a los grandes faraones de la décima nona dinastía, como Ramsés II, triunfantes y esplendorosos aún, pero en realidad menos potentes que sus predecesores los Tutmosis y Ahmosis, que vencieron sin tantas dificultades y alternativas. Cuando recorre Huayna los confines de Coahuila y de Chile, y contiene con esfuerzo las incursiones de los chiriguano construyendo líneas de fortalezas y transplantando muchedumbres de mitimaes, nos recuerda a los soberanos persas aqueménidas o sasánidas, cuando visitaban las más lejanas satrapías, casi siempre en insurrección. A ellos se parecen, por cierto que maravillosamente, los últimos emperadores incaicos, en todo el régimen administrativo, en la teocracia solar y despótica, en el incesto dinástico obligatorio, y en la molice y los crímenes del serrallo, que produce la rápida decadencia de la monar-

quía. Pero a quien más se parece sin duda Huayna Cápac es a su émulo el azteca Montezuma II Xocoyotl (el joven), como él grave y silencioso, empeñado en guerras muy reñidas e inciertas, afligido por las incesantes rebeliones de miztecas y huezotzingos, y por las victorias de los tlascaltecas que, como en Quito a Auqui Toma, le mataron a su hermano Tlachuepantzin, y ensombrecido por los pronósticos sobre misteriosos blancos invasores. En el Perú y en Méjico, al mismo tiempo se habla de agüeros sobrios, águilas que caen, nubes que amenazan, aureolas fatídicas y voces sobrehumanas présagas del cumplimiento de antiquísimas y funestas profecías de Quetzalcoatl y Huiracocha acerca de la ruina de ambos imperios americanos. Era en ellos como la convicción de su caducidad irremediable, el presentimiento y la conciencia agonizantes de culturas que habían topado con infranqueables límites y que comenzaban por sí a descomponerse, en sus mismos elementos intrínsecos, antes del decisivo choque externo. Cuando el cadáver embalsamado de Huayna Cápac fue llevado con gran pompa al Cuzco, y se quedó su corazón en Quito, los lloros de las exequias y el horror de las cuatro mil víctimas inmoladas, parecían vaticinar el término de las prosperidades de los Incas; porque ya rugían las tremendas rivalidades dinásticas, atizadas por las de la casta y superior y las de las dos grandes regiones del Sur y del Norte, que habían de facilitar la civilizadora invasión castellana.

XIII

HUASCAR Y ATAHUALLPA

Importa, para la cronología del Perú, determinar, aproximadamente siquiera, la fecha de la muerte de Huayna Cápac. Los más conocidos autores van desde 1522,

que es la cuenta de Pedro Pizarro, y 1523, que es la de Blas Valera, Garcilaso y Cabello Balboa, hasta 1524, con Pedro Sarmiento. Llegan otros a 1526. Derívanse estos cómputos de los testimonios de cronistas primitivos, como Jerez, que la señala ocho años antes de la Conquista, y el mismo Pedro Pizarro, que la dilata hasta diez anteriores a esa fecha. La fuente se halla en las declaraciones de Atahualpa y los suyos, los cuales tenían grande interés en prolongar el tiempo que precedió a la deposición de Huáscar, para que se considerara al rival quiteño como pacífico y diuturno poseedor en sus pretensos dominios hereditarios. Pero hay conjeturas que contradicen dicha tesis, trayendo mucho más acá la época de defunción del último Inca indiscutido. Cuando Vaca de Castro levantó sus Informaciones, cuyo extracto disfrutamos, los pocos quimocamayos salvados de las matanzas atahualpistas, calcularon, según las cuentas de sus nudos, que el período de Huáscar no había durado sino dos años y cuatro lunas o meses. Como probablemente los reinados se computaban sólo a partir de la coronación y de la adopción consiguiente de nuevo nombre en la serie dinástica, todo lo cual siguió a las exequias de Huayna Cápac, que duraron largo tiempo, hemos de agregar cuando más de un año a los dos y meses que precedieron al de 1532, en el que se realizaron conjuntamente el destronamiento de Huáscar y el desembarco en Tumbes de Pizarro. Así llegamos para la muerte de Huayna Cápac a 1529, o en último caso a fines de 1528. Bastantes cronistas aseveran que Huayna supo ese desembarco de Pizarro, estando el Inca en Tomebamba, antes de su última ida a Quito. Los temores que abrigó sobre las incursiones de los castellanos y el mandato de traer a la corte a tres que se habían quedado en tierra, precisan el momento de aquellas inquietudes de Huayna Cápac. No es probable que se refirieran, como pretende Garcilaso, a las remotas expediciones de

Balboa y de Andagoya, que no pasaron del Puerto de Piñas y de Virú, puntos muy alejados del Tahuantinsuyu Incaico. Se trata casi con evidencia de la llegada de Pizarro a Túmbez en 1527. Los tres españoles que allí quedaron y por los que Huayna Cápa j envió, son Alonso de Molina, Morillo y Bocanegra, a los que no llegó a ver, como dije el otro día, porque ya los indios los habían asesinado o por que Huayna murió antes de que arribaran a Tomebamba. Los principales historiadores convienen en que Huayna Cápa j gobernaba cuando el efectivo descubrimiento del Perú por Pizarro, los Trece de la Fama y Bartolomé Ruiz. Así lo dicen o lo dan a entender Las Casas, uno de los Cristóba les de Molina y Montesinos; y por ello lo repiten Robertson y Prescott, y el Arzobispo de Quito González Suárez coloca la muerte de Huayna Cápa j en 1527, acercándose ya mucho a mi opinión. Cuando en 1532 volvió Pizarro a Túmbez, estaban frescos los recuerdos y estragos de la gran peste que asoló el Perú e hizo perecer al Inca; y ya expliqué que aun puede que fuera esta epidemia de viruelas la que en la misma expedición el año de 1531, afligió a los castellanos en Coaque, interpretada por muchos como de verrugas.

Jerez, irrecusable en calidad de testigo presencial, no lo es en manera alguna cuando trasmite los relatos indígenas, en los que con frecuencia yerra, porque no los entendía bien o se dejaba engañar de las patrañas populares. No sólo es reparable, como lo apuntan modernos autores, que llame a Huayna Cápa j y Huáscar respectivamente Cuzco Viejo y Cuzco Mozo (pues al cabo en esto pudo haber fundamento y denominarse los Incas por el nombre de su ciudad principal, conforme a los reyes europeos se les apellidaba familiarmente por sus reinos), sino es mucho más de advertir y tachar que coloque la ciudad de Chíncha en la parte central del gran camino incaico, que era la calzada de la Sierra y no la de la Costa, y

todavía agregue que están en el distrito más famoso por sus minas; y que asegure haber quedado el cuerpo de Huayna Cápac en Quito para enterrarse ahí, y haberse enviado no más que la cabeza al Cuzco, cuando nos consta que fue sepultada en el Cuzco la momia, y descubierta en una casa de dicha ciudad por Ondegardo. En Quito no quedaron sino el corazón e intestinos, que solían incinerarse y guardarse dentro de una estatua de oro.

Los funerales de Huayna Cápac se celebraron con la mayor pausa y solemnidad. No menos de cuatro mil víctimas humanas se inmolaron. En Quito duraron las exequias diez días. Enseguida lo condujeron a Tomebamba, al palacio en que había nacido, y allí se detuvieron todo un mes. Iba el cadáver ligado y sentado en las andas, como si estuviera en vida, cubierto con sus más ricas vestiduras y armas de gala, llevando en la mano el cetro o *túpajyauri*, y bajo el erguido guión sagrado o *súntur páucar* (Relación de Santa Cruz Pachacuti). Con la misma ceremoniosa lentitud continuó el largo viaje al Cuzco. Formaban la comitiva la Coya viuda, Rahua Ojlló, y los Orejones que componían el consejo y eran los encargados de ejecutar las últimas disposiciones del difunto soberano. Atahuallpa no pasó de Tomebamba. Los dignatarios, empleados reales y guarniciones del tránsito se agregaban al cortejo, a medida que tocaba en las cabeceras de las provincias respectivas. Venían también muchos ídolos locales y de las tribus incaicas, y los cautivos de las últimas campañas, para exhibirlos en la entrada triunfal póstuma. Al acercarse al Cuzco, por el Apurímac y Limatambo, se divulgó una de las conjuraciones que nunca faltaban al morir los monarcas. Es de creer que los recelosos del advenimiento de Huáscar y que contra él fraguaron ya en Quito la candidatura del príncipe Ninan Cuyuchi, muerto de la peste, fueran los que renovaron esfuerzos para suscitar otro competidor. Ahora era el hermano bastardo Cusi

Atauchi, y se proponían asesinar a la emperatriz viuda Rahua. Fue denunciada la conspiración. Cusi Atauchi, a sabiendas o ignorante de lo que se urdía, acudió a la ordinaria audiencia matinal de Huáscar; y lo detuvieron y despedazaron en los umbrales del palacio. No pararon aquí los castigos sino que algunos de los ancianos consejeros de Huayna Cápac se vieron arrestados y torturados, y fueron ejecutados en el trayecto de Limatambo a Anta. Con semejantes escenas, se alteraron los quiteños de la comitiva; y muchos retrocedieron para anunciar a Atahuallpa y los generales del Norte las agitaciones del Cuzco. Continuaron las exequias todo el resto del año. Concluídas, se procedió a la ostentosa coronación de Huáscar y a su matrimonio con la nueva Coya hermana, Chuqui Huipay, tras los obligatorios ayunos rituales a que tenía que someterse el Emperador. Oficiaba, como Huillac Umu, el Apu Chalco Yupanqui (nombre muy usado por los Sumos Sacerdotes), orejón descendiente del Inca Huiracocha, como de la *panaca* o linaje Socso *Ayllo*. Para las fiestas, se erigió en el barrio de Sappi un deslumbrante jardín artificial de oro, y se labró para las danzas de la gran plaza la maroma de oro en forma de serpiente o *amaru* esmaltado, que convenía al nombre de coronación del nuevo imperante (*huasca*, sogá gruesa, cordón largo). Este nombre le había sido impuesto, no por dicho adorno, sino en recuerdo del lugar donde nació, que era el palacio de Huascarquíhuar o Huascarpata, próximo a la laguna de Muyna. Allá fue el recién coronado en peregrinación religiosa, lo propio que a Huanacauri y a los santuarios del Titijaja y de Tiahuanaco, lo que es otra prueba del carácter solariego que se atribuía a la gran metrópoli arruinada del Collao. Huáscar, al culto de Huiracocha, cuidaba de agregar siempre la advocación solar, o *inti*, cuyo título llevaba.

No se sabe bien por qué Rahua, la emperatriz viuda, se disgustó con su hijo. Quedan de la discordia palaciega varios testimonios en los cronistas. Quizá uno de los príncipes de la conjuración frustrada era también hijo de Rahua, porque la Coya reprochó al Inca en diversas ocasiones la severidad del castigo. O quizá es simplemente otra invención de las muchas con que los atahualpistas procuraron denigrar al vencido. Saltante ejemplo de interpretaciones malévolas es que se le vitupere, en el relato de Santa Cruz Pachacuti, por haber entregado doncellas de los conventos o *ajlla huasi* a los curacas y a los indios danzantes en las pantomimas religiosas, cuando está probado que de continuo muchas de las escogidas se distribuían, aparte de las destinadas al culto del Sol y a ser sacrificadas a los dioses; y el Inca daba aquéllas en matrimonio a quienes deseaba premiar. Tal era uno de los fines principales de la instalación, porque la más preciada recompensa de caciques y vasallos, consistía en conseguir esposa de mano del Inca. A más de las voces calumniosas, atestiguan la efervescencia del imperio las habituales sublevaciones de los chachapoyas, que se encastillaron en la pucara o fortaleza de Lévento, y agitaron la provincia de Pomacocha, en los Antis de Maynas, al oriente de los bracamoros casi al propio tiempo que se iniciaba la ruptura con Atahualpa en Quito. Huáscar usaba antes de su coronación el mismo nombre que de infante o auqui tuvo su padre Huayna Cápac, *Titu Cusi Huallpa*, a que agregaba, como ya lo apunté, los apelativos indolátricos de Inti e Illapa. Dije que fue también mayordomo del Sol como Huayna y se educó en el Coricancha. Estaba reconocido como príncipe heredero, con la borla distintiva, desde que Huayna Cápac salió a la campaña de Pasto, según lo averiguó el Oidor Santillán. La legitimidad de su gobierno, en consecuencia, no admitía dudas. Además, era hijo de la segunda de las esposas hermanas, ascendida a

mujer principal de Huayna Cápa por infecundidad de la primera llamada Cusirimay o Pillco Huaco. Lo reconocen hasta los ecos de la tradición del bando de Atahuallpa. Algunos agregan que el Ninan Cuyuchi (fuego agitado), pretense heredero promovido en los últimos momentos por Huayna Cápa, era bastardo, aunque quizá se maquinó su adopción por la primera Coya (de la cual no vuelve ya a hablarse y al parecer murió en Quito) para colorear esas expectativas del joven príncipe. Sea como fuere, la muerte de Ninan Cuyuchi en la peste de Tomebamba y la coronación imperial del heredero previamente designado, Huáscar, quitaban toda incertidumbre. Los cortesanos y veteranos de Quito y los curacas de la extremidad septentrional del imperio se decidieron pronto, no obstante, a consumir el cisma dinástico que expresaba una enconada contienda de nacionalidades y se venía preparando por la desmesurada extensión del Tahuantinsuyu. Contribuyeron a facilitar las condiciones de Huáscar y el maleado ambiente de discordias entre los orejones de la capital y los de la frontera del Norte. El heredero legítimo, criado en los templos y palacios del Cuzco, debió de tener los defectos de los *porfirogénitos*. "Clemente y piadoso, pero de mucha presunción y valor" lo caracteriza Cieza de León. Lo acusan otros de sobrado altanero y retraído, de no haber querido alternar con los demás incas, magnates y caciques en los festines de las plazas públicas, y de haber procurado reducir los gastos de los incesantes banquetes funerarios y de las viejas panacas o cofradías, de ser algo así como un *desamortizador*, sin duda porque, como mayordomo del Sol y experto en los ritos, quiso reformar los abusos de las multiplicadas fiestas y las danzas o repetidísimos *taquis*. Mas todo debió de quedar en intento, porque su mando fue muy breve, mucho más de lo que la mayoría de los cronistas señala. No hubo de exceder de tres años, como arriba expuse, incluyendo en

el término los meses de poder efectivo anteriores a la coronación. Es esto tan cierto que los edificios cuya construcción se le atribuye y que era uso ordenar en cada nuevo período, han de haberse iniciado cuando gobernaba en el Cuzco como sustituto o *ranti* de su padre. Amaruancha, que es la actual Universidad y la iglesia de la Compañía, se indicaba como obra de Huayna Cápac, según lo leemos en Garcilaso; y el palacio de Collcampata debía de enumerarse igualmente entre los de Huayna Cápac, porque lo heredó como de la panaca Tumipampa el príncipe Paullu, quien lo habitó en la época española, en vez de haber pasado al ayllu particular de Huáscar como habría ocurrido si de su época datara la construcción. Todos estos datos nos corroboran la brevedad del gobierno de Huáscar.

Su rival Atahuallpa era ciertamente bastardo, como de consuno lo atestiguan los cronistas. Sin embargo, le era mayor en algunos años, contra lo que afirma la historia vulgar y rutinaria, atendida a los literales testimonios de los conquistadores primitivos, para quienes la legitimidad se confundía con la primogenitura. No es seguro el origen quiteño materno de Atahuallpa, pero dista mucho de ser una infundada y arbitraria conseja de Garcilaso. Lo precedieron en el mismo parecer las tan abonadas Informaciones de Vaca de Castro, Pedro Pizarro, Cristóbal de Molina el de la *Destrucción*, Gómara y Zárate. El nuevamente hallado Huaman Poma de Ayala dice que la madre de Atahuallpa era una india de Chachapoyas. Conviene, pues, en que fue concubina alienígena y del Norte. En ningún caso es admisible el sigular argumento que algunos modernos emplean, de haber sido necesariamente de sangre incaica la madre del usurpador, porque éste llevaba en su compuesto nombre la raíz de *huallpa*. Bien sabemos que la herencia de los apellidos no era materna por regla general, y que hasta los curacas de las más diversas ra-

zas, y lenguas tomaban sobrenombres quechuas o hacían traducir al quechua los suyos peculiares. No creo en la princesa Chiri Pacha del Padre Velasco, fantaseador regionalista dieciochesco, especie de sub-Garcilaso, cuya autoridad han destruído las agudas observaciones de Jijón. Pero sin necesidad alguna de recurrir a los tan dudosos chiris, la madre de Atahuallpa pudo muy bien ser una de aquellas infinitas concubinas norteñas que poblaban los serrallos imperiales y que no habían cesado de surtirlos desde los tiempos de Pachacútej. Cieza, que con tanta obstinación niega el nacimiento quiteño de Atahuallpa, reconoce que estaba muy difundida la especie, y que la leyenda señalaba como lugar en que nació el célebre bastardo los aposentos de Caranqui, al Septentrión de Quito. Atendiendo a los testimonios de los Incas que inspiraron a Cieza, aquella tradición será en consecuencia infundida. Así, Atahuallpa debió de nacer en el Cuzco, o ser conducido a la corte después del primer viaje del emperador Huayna Cápa a Tomebamba. Pero la madre, que hubo de morir joven y dejarlo de corta edad, no se sabe de cierto a qué linaje pertenecía. Hemos de descartar el de los Hurincuzcos, apuntado por otro, pero que hace de todo punto inverosímil la inquebrantable adhesión que los descendientes de la primera dinastía mostraron a Huáscar. Dicen algunos, como Sarmiento, que se llamó Tojto Cuca y que era descendiente de uno de los Incas Yupanquis. Posible invención atahualpista para mejorar la causa del pretendiente quiteño, porque no hay certeza alguna sobre el verdadero nombre de la concubina. Cieza asegura que era de nación quillaca, precisamente como se llamaban entonces los naturales de Quito y de su región al norte, y que de nombre era Túpaj Palla (*Señorío*, cap. 69). Tenemos, pues, la incertidumbre o la elección entre, cuando menos, tres títulos poéticos para la desconocida concubina madre de Atahuallpa: Túpaj Palla (*princesa resplandeciente*), Tojto

(que es la flor del maíz o flor en general). y Quilla Tuta sería noche de luna). Los tres no disuenan de la onomástica incaica y de la de los indios americanos en general.

Robusteciendo la presunción del origen quiteño, no falta quien asevere que Atahualpa fue salvado de la prisión de Tomebamba por otra Quillaco, pariente de su madre. En lo que no caben dudas es en la predilección que mostró Huayna Cápac por este hijo suyo, a quien sacó del Cuzco adolescente para que lo siguiera en sus campañas y que comía siempre en su mismo plato. En cambio, no consta que le dejara en herencia el reino de Quito, como Atahualpa se afanó en hacer creer a los españoles, porque esa división territorial del supremo poder no se acostumbraba entre los Incas. Conocemos casos de corregencia o asociaciones indivisas, que atrás he explicado; pero no de disgregaciones. Afirman al contrario los más afectos a la causa de Atahualpa, como Santa Cruz Pachacuti, que Huáscar tuvo que expedirle o confirmarle el nombramiento de gobernador o sustituto del Cápac Inca en Quito. A pesar de la subordinación y limitación del puesto, desde el principio contó con la adhesión incondicional de los veteranos de su padre. De ellos, muchos eran orejones, cómo hubo de serlo Challcochima, no obstante el tardío disenso del Padre Velasco; pero de Quizquiz se decía que era un advenedizo, antiguo barbero de Huayna Cápac, y de Rumiñahui afirma Huaman Poma de Ayala que era un indio plebeyo o vulgar. Con la extensión de de las conquistas y el despotismo sin valla de los monarcas, la jerarquía hereditaria se quebrantó, y penetraban en los altos cargos curacas alienígenas y simples aventureros afortunados.

La guerra entre Quito y el Cuzco debió de encenderse pronto. No es posible prestar fácil asenso al sistema de muchos cronistas, o sea a los siete años de pacífica convivencia de los rivales, muerto Huayna Cápac, porque, en

edad tan próxima a la Conquista y que ha dejado ya tantas tradiciones, no hallamos sucesos con que calmar estos largos años vacíos, y porque vemos que las rencillas comenzaron con acritud cuando en los funerales de Huayna en el Cuzco se quejó Huáscar de la sospechosa ausencia de Atahualpa y cuando envió a un ministro suyo para recoger el serrallo del padre, cuya apropiación constituía uno de los más claros signos de herencia imperial. Recuérdese el caso análogo de Absalón en Israel, que se adueña del harén de su padre David. Atahualpa no dejó de hacerlo (Cieza, *Señorío*, cap. 70); y una de sus primeras quejas se motivó en haberse llevado al Cuzco Atoja, el embajador de Huáscar, las estatuas y concubinas de Huayna que estaban en Tomebamba. No es de creer que tales disputas se amortiguaran y dilataran por varios años. Huáscar despidió afrentosamente a los embajadores de su hermano, enviándolos con las camisetas y las narices cortadas. Illa Túpaj, antiguo consejero de Huayna Cápac, quien lo había nombrado como tutor o coadjutor de Huáscar hasta su coronación, abandonó el partido del Cuzco y se declaró por Atahualpa. La guerra fue larga y empeñosa, aunque no llegara ni con mucho a los cinco años del novelesco Cabello Balboa; mas tampoco hemos de admitir que no hubo en ella sino una sola batalla campal y que fue rápida y sorpresiva la campaña, como tan erróneamente lo afirma Garcilaso. El primer encuentro fue favorable a los del Cuzco, que tomaron preso a Atahualpa, el cual se escapó luego de la prisión de Tomebamba aprovechando el descuido y la embriaguez de los vencedores. Se rehizo en Quito; y volvió a atacar a los de Huáscar muy cerca de los lugares en que había sido vencido, o sea entre Ambato y Riobamba, en Molle-Ambato, Mocha o Ingaurcu, donde aun quedan señales de estos combates. Apayaban decididamente la causa del Cuzco los habitantes del Cañar, incanizados desde hacía varias generacio-

nes. Los Cañaris vivían en derredor de Tomebamba, residencia favorita de los Incas. Recientemente habían jurado fidelidad a Huáscar en el templo de Mullucancha ante la estatua de oro de Punchau, traída del Cuzco y en cuyo seno se guardaban las cenizas de los corazones de los Incas antiguos. Uno de los enviados de Huáscar debió de ser colla, porque se llamaba Janco, como hubo de ser colla igualmente el leal gobernador o *Tucuyricuy* de los cañaris, Urcu. En esta segunda campaña alcanzó Atahuallpa al frente de sus aguerridas tropas una victoria completa contra los cuarenta mil hombre que acaudillaba Atoj. Murieron cerca de quince mil. Los generales de Huáscar, que eran Atoj y Urcucolla, cayeron prisioneros y fueron torturados de manera atroz, con refinamientos de barbarie. Les sacaron los ojos, los asaetaron, de sus cráneos forrados en oro hizo Atahuallpa copas en que beber, y de los cadáveres de cuantos murieron en el campo de batalla mandó levantar pirámides horrendas, como un conquistador asiático. En castigo de su fidelidad, Tomebamba fue asolada. En vano salieron a implorar la piedad del vencedor columnas de hombres y niños que agitaban ramas verdes en las manos. Atahuallpa no perdonó sino a las *ajllas* del Sol y a algunas criaturas. Pasó a cuchillo a sesenta mil personas. Repartió entre sus soldados las viudas y huérfanos de las poblaciones destruídas y dejó yerma Tomebamba, la cuna y capital predilecta de su padre. No sólo Jerez, sino el decidido atahualpista Santa Cruz Pachacuti lo confirma.

Después de esta catástrofe de los ejércitos cuzqueños, hubo al parecer una pausa en las operaciones de guerra. Atahuallpa, que al principio de su gobierno como *ranti* había dominado una sublevación de los huancavilcas, aprovechó la temporada de semi quietud para contener a los quijos y cocamas del Oriente, que amenazaban la desguarnecida Quito. Por su parte Huáscar congregó tro-

pas frescas y acabó de apaciguar los confines de los bra-camoros. Al frente del nuevo ejército peruano puso a Huan-ca Auqui, que unos creen hermano suyo y otros primo-hermano, como hijo de Apu Ilaquita, el antiguo gobernador o virrey del Cuzco Bajo Huayna Cápa. Los cuzqueños y cañaris, apoyados por los contingentes chachapoyas, que se mostraron en esta coyuntura muy fieles, ofrecieron resistencia en Cajas de Palta, que puede ser la sierra o nudo de Cajanuma al sur de la moderna Loja. Desbaratados allí, hicieron frente de nuevo, al norte de Huancabamba, en otra Caja (frecuentísimo nombre para los puertos o *angosturas* de las cordilleras peruanas), junto a la laguna que se llama todavía de las Huarangas, y las estancias de Jumbre y Sapalache. Por un movimiento que acredita cierta pericia estratégica, los capitanes de Atahuallpa cortaron en dos porciones el ejército de Huanca Auqui, arrojando las tropas de los chachapoyas al Este, hacia la provincia de los huambos, y los pueblos de Cutervo y Socota. Huanca Auqui no logró rehacerse sino entre Cajamarca y Huamachuco. Sus fracasos habían despertado graves sospechas en la corte cuzqueña; y se refiere que poco después de las derrotas entre Tomebamba y Cajanuma, le enviaron por escarnio ropas y preseas femeninas. Acude a la memoria la anécdota bizantina de Narsés.

Atahuallpa se fue a Túmbez, a proveer la defensa contra los isleños de la Puná, que se habían declarado por Huáscar y que habían destruído los principales edificios tumbecinos. Cuentan algunos que en esta expedición salió herido Atahuallpa de un flechazo; otros, como Cabello Balboa, la niegan. Más abajo de Huamachuco, entre Conchucos y Huari, hubo otra reñida batalla. Challcochima señaló con precisión el sitio, cuando volvió a pasar por él ya en compañía de los españoles que regresaban de Pachacámaj. Según consta en el diario de Estete, refirió Challcochima que junto al pueblo de Huari tuvo un en-

cuentro con los de Huáscar, en las orillas de un río grande y hondo. Los peruanos se resistieron dos o tres días, quemaron el puente; y Chollcochima y los suyos tuvieron que pasar a nado e hicieron gran mortandad en los cuzqueños que estaban en la otra banda. El río a que Challcochima se refiere, entre Huari y Piscobamba, puede ser el Marañón, o el de los Conchucos, que pasa junto a Chavín. A estos combates los denominan otros cronistas los de Huánuco, porque efectivamente se dieron en lo que constituía la jurisdicción de la ciudad de Huánuco el Viejo. Otros se libraron en Pumpu o Bombón, en las riberas de aquel lago de Chichaycocha, en que tuvo Huayna Cápac sus balsas o navíos de placer. Con refuerzos de huancas y yauyos, los derrotados cuzqueños presentaron una nueva batalla en Yanamarca, lugar que está entre Tingo y Jauja. Siguiéron defendiendo encarnizadamente el valle de Mantaro, que se llamaba Angoyaco; y la resistencia fue de más de un mes en las cercanías de Izcuchaca, que por su posición ha sido hasta en la época republicana el perpetuo eje de las guerras en el Centro del Perú. A fin de socorrer a Huanca Auqui, el orejón Mayta Yupanqui trajo una hueste nutrida de soldados del sur del imperio, cuyo principal campamento se estableció en Paucaray, lugar de puna, capital antigua del Hancohallu chanca, desde la cual se domina la cuenca del Mantaro. Los tenientes de Atahualpa, Challcochima y Quizquiz, habían engrosado mucho sus ejércitos, obligando a incorporárseles a los curacas de la región conquistada, bajo pena de exterminar a las familias de los que fueran remisos. Cuando cedió la línea del Angoyacu, después del mes de resistencia, los generales de Huáscar retrocedieron hasta la otra capital chanca, Vilcasuaman, centro religioso y político de esta porción del país. En la inmediata cuesta ofrecieron otra batalla de resultados tan infelices como las anteriores. Desde Vilcas al río Aburímac, advertimos en diversas crónicas las hue-

llas de la reñida y luctuosa retirada, en que menudearon los combates: en Andahuaylas la grande (llamada así para distinguirla de la vecina al Cuzco), Pincos, Curampa, Huancarama, Cochacasa y Abancay (Véase Cobo, Sarmiento, Cabello Balboa y Juan Santa Cruz Pachacuti).

Las abultadas cifras de combatientes que trae Santa Cruz Pachacuti demuestran la profunda impresión que los lances de esta guerra hicieron en la imaginación popular. Ordenó Huáscar plegarias y ayunos extraordinarios; y le acudieron nuevos ejércitos del Collao, Carangas, Tucumán y Chile, y hasta escuadrones de flecheros de los Antis, Chunchos y Chiriguanas. Debió de ser una masa heterogénea, comparable a las muchedumbres orientales, a los abigarrados contingentes de los reyes egipcios y persas, por ejemplo. Aunque de razas belicosas, carecían sin duda del empuje y la disciplina de los veteranos que capitaneaban Challcochima y Quizquiz. Atahuallpa entretanto se vino a Huamachuco; y para vengarse del famoso oráculo del lugar, que vaticinaba en favor de Huáscar, rompió la efigie, deshizo el adoratorio, mató al principal hechicero y ordenó perseguir y extirpar a los demás de ese distrito.

En Curahuasi, a catorce leguas del Cuzco, defendiendo el paso y la ribera occidental del Apurímac, los collas y chilenos de Huáscar alcanzaron a contener y desviar la arremetida de los de Quito. Otro golpe de auxiliares subió por Velille y Chumbivilcas para atajar a los de Atahuallpa en el lado de Cotabambas. Aquí los collasuyus vencieron en un combate a los invasores. Por las palabras de Huáscar después de esta victoria, han querido inferir algunos que confesó el monarca la descendencia colla de los Incas. No hay tal cosa. Esos comentadores han leído muy de ligero el texto de Sarmiento de Gamboa y no se han tomado el trabajo de compararlo con la aproximadísima versión que da la *Miscelánea* de Cabello Balboa, por la cual se ve muy al contrario que Huáscar exhortaba

a los Orejones a no mostrarse menos valerosos que los collas y chilenos, sus antiguos y constantes súbditos. Huanca Auqui, el desdichado general, había presentado de rodillas sus descargos a Huáscar y obtenido el más amplio perdón regio. Parece que siguió en su cargo de comandante; pero el mismo Huáscar, después de una visita al templo de Huanacauri, asumió en persona la dirección de la guerra y puso su tienda en medio del enorme campamento asentado en la llanura de Anta. Tal vez se imaginaba repetir en esas mismas tierras las felices proezas de su antepasado contra los chancas. No está muy claro cómo Challcochima y Quizquiz vadearon el Apurímac y subieron a las alturas de Limatambo. Los cuzqueños en un encuentro les quemaron mucha gente, incendiando el pajonal de Huanacopampa. Mas, a pasar de estas parciales ventajas, la batalla definitiva se empeñó y a no más que a legua y media del Cuzco, en el lugar llamado Chontacasa o Quepaypa. Hubo en ambos partidos las consabidas escenas de agorería, la inspección de entrañas en los sacrificios humanos de la *callpa* y otros sortilegios de los umus o hechiceros. Refiere Santa Cruz Pachacuti que lo generales atahualpistas entraron con gran confianza y denuedo en la pelea, porque de los dos bultos que representaban a los hermanos contrincantes, puestos al fuego, había prendido el de Atahuallpa y se había apagado muy pronto el de Huáscar.

El ejército cuzqueño se vió dividido en varios trozos. Challcochima y Quizquiz obtuvieron la más completa victoria. Exterminados los cargadores del Inca, que eran los naturales de Lucanas y Camaná, los quiteños se apoderaron de la litera imperial y derribaron de ella a Huáscar, como los españoles habían de hacerlo pocos meses más tarde con Atahuallpa en Cajamarca. Su hermano Titu Atauchi fue preso en la retaguardia de los fugitivos. Mientras continuaba el desbande general de los cuzqueños,

condujeron los vencedores a Huáscar y a sus principales familiares y magnates a unos aposentos a cosa de media legua del Cuzco, donde lo depositaron encadenado y bajo buena guarda. En recuerdo de tan triste espectáculo pusieron a este lugar el nombre de Quehuipay (dislocación, subversión, revolución o traición). Las columnas enemigas dieron vista a la capital por la cuesta de Carmenca y por el cerro de Yahaira y Piccho, allí donde el propio Huáscar había hecho erigir dos halcones de piedra en honor de su *huauqui* o totem particular. Los cronistas cuentan que de la ciudad se elevaba un gran rumor de llantos desgarradores y desesperados alaridos. Los indios, por su natural gemebundos, tenían que lamentar calamidad tan inaudita como el vencimiento de la metrópoli sagrada; y comprendían que iban a proseguir las venganzas y mortandades. En efecto, la ciudad fue saqueada. No respetaron más que el Coricancha y el convento de las *ajllas*. Quizquiz y Challcochima convocaron en Quehuipay a los clanes de los orejones más principales, para que junto con los ya presos rindieran homenaje y adoración a la efigie de Atahualpa, promediando perdón a cuantos obedecieran. Con esta esperanza desfilaron los ayillos incaicos ante su rey cautivo, amarrado de pies a manos, sobre una yacija de cuerdas. Entonces o poco después le horadaron los hombros, astillándoselos, para pasarle por dentro de la herida una soguillas, tal como lo hacían los asirios y babilonios. Lo atestiguan en este caso los primeros conquistadores castellanos. En estado tan lamentable tuvo que sufrir Huáscar los reproches de sus vencedores y hasta los de su madre, que al parecer quería congraciarse con ellos. Los orejones cumplieron con la ceremonia de adorar, o como en el Perú se decía *mochar*, al bulto que representaba al nuevo soberano, prosternándose ante él en dirección al norte, por hallarse Atahualpa todavía en Huamachuco,

de donde no se movió hasta que la venida de Pizarro lo obligó a regresar a Cajamarca.

Después de haber los Incas del Cuzco acatado en Quehuipay la imagen de Atahuallpa, besando el aire y ofreciendo cabellos y pestañas, y de aclamarlo como *Ticci Cápa*j (Señor de todas las extremidades del mundo), se vieron defraudados en sus esperanzas de amnistía, porque muchos fueron presos y algunos muertos allí mismo. Huáscar y la Coya viuda, su madre, continuaron vituperados y maltratados. Peores cosas aún ocurrieron en los días siguientes, cuando llegaron órdenes expresas e implacables de Atahuallpa. Delante de Huáscar mataron a muchas de sus hermanas y concubinas, ahorcándolas en estacas que formaban hileras por el camino de Jaquijahuana al Cuzco. Mataron también a todos los hijos de Huáscar, que pudieron haber a las manos, sin reservar por entonces para que lo acompañaran en su cautividad sino a los dos legítimos. A las mujeres preñadas les abrían el vientre, y les sacaban los fetos por los ijares. Para mayor tormento Huáscar maniatado asistía a martirios tan horribles. La carnicería se extendió a los ayllos que se habían distinguido más por adhesión a su causa. Tal fue el caso del *Cápa*j ayllu de Túpaj Yupanqui, que fue diezmado. La momia del gran emperador, que había conquistado Quito y que era abuelo común de los dos adversarios, fue quemada públicamente en el lugar llamado Rocramuca, junto al Coricancha. El mayordomo de su cofradía, ahorcado, lo propio que casi todos los asistentes, yanaconas y ajllas que le estaban dedicados en especial. Se encarnizó la matanza contra los pueblos cercanos al Cuzco, habitados por determinados parcialidades de orejones, y contra los cañaris y chachapoyas de guarnición en la capital, que como sus conacionales habían sido tan fieles al partido de Huáscar. Este cúmulo de horrores está probado por el concorde testimonio de los cronistas españoles e indios, hasta de

los más inclinados a Atahuallpa. Años hace que rebatí las impugnaciones y atenuaciones formuladas por Prescott. Los que salvaron, entre los innumerables miembros de la familia imperial y de la casta de los orejones, debieron la vida a haber huído a las selváticas quebradas de los Andes o a las regiones del sur, que los atahualpistas no llegaron a ocupar. Así escapó Manco, heredero presunto por ser hijo de la tercera Coya. Se alejó a tiempo, en compañía de uno de los sacerdotes del Sol, cuando ya el primer Huillac Umu y su auxiliar Rupaca estaban presos junto con Huáscar y los supremos dignatarios. Manco vagaba disfrazado de indio del pueblo, seguido de un solo paje, hasta que la invasión de los españoles le permitió recuperar sus insignias y jerarquía. En cambio, el otro hermano Paullu fue perdonado por los generales de Atahuallpa, porque había reñido con Huáscar, quien lo tenía preso a consecuencia de una intriga amorosa del serrallo. Una de las hermanas y mujeres de Huáscar, Cusy Huarca, con una hija suya del mismo nombre, que fue después la esposa de Sayri Túpaj, se ocultó en los bosques de la región oriental. También se salvaron entre otras ñustas hermanas de Huáscar, Quespi Cusi Huayllas (cristal de alegría), que era la futura doña Inés, manceba de Pizarro, luego casada con el conquistador Ampuero en Lima.

Por fin, se puso en marcha hacia el norte la miserable caravana de los principales rehenes. Acompañaban a Huáscar la Coya su mujer Chiqui Huipa y sus dos hijos, sus dos hermanos Titu Atauchi y Túpaj Atau, la Coya madre Rahua, los capitanes Huanca Auqui, Ahua Panti y Páucar Usnu, el sumo sacerdote Challco Yupanqui, el segundo mayordomo del Sol Rupaca, y otros altos ministros. Todos ellos fueron ejecutados de manera salvaje clandestina, como en una célebre tragedia monárquica de nuestro siglo. Los ahogaron a los pocos meses en Andamarca (la actual Mollepampa), junto al río Marañón. De-

ció su muerte el temor de Atahuallpa a verlos libertados y restablecidos por los españoles a cambio de promesas de mayor rescate.

La ceguera regionalista, el afán político espectacular y la ignorancia de la historia, tres dolencias que a menudo van juntas, han intentado rehabilitar la repulsiva figura de Atahuallpa; y arreciando en sus empeños estos últimos años han llegado a presentarla como prototipo de peruanismo, elevación moral y entereza. Basta revisar lo poco que he apuntado y hojear lo que dicen los testigos presenciales para saber a qué atenemos sobre tan descabellados y absurdos propósitos. Hay que adulterar por completo la historia para que resulte modelo de peruanismo el caudillo quiteño, desde el principio separatista, después usurpador y felón, que dividió el imperio, violó y halló todas sus leyes, quebrantó y profanó sus tradiciones, procuró extirpar las memorias de sus quipus, como las Informaciones de Vaca de Castro lo comprueban, y fue el principal culpable de la escasa o nula resistencia que los conquistadores españoles encontraron. Los mismos que reconocemos los méritos de la conquista castellana y nos enorgullecemos con su herencia, no podemos menos de lamentar que, por obra de Atahuallpa, los indígenas con quienes nos hemos fundido y colaboramos no presentaran aquella defensa porfiada y heroica, que si bien hubiera aumentado las dificultades de la colonización cristiana, la habría hecho al cabo más robusta y viviente, infundiendo el respeto mutuo que es prenda de unión fecunda y gloriosa. Pero el Tahuantinsuyu, con la devastadora y sacrílega guerra civil emprendida por Atahuallpa, era un país moralmente deprimido y exhausto, que había perdido la fe en sus principios tutelares, ultrajados y vulnerados todos por la soldadesca atahualpista, según lo demuestran a cada paso los sucesos que hemos referido. La clase directora de los Incas, aniquilada casi y profundamente desmoralizada